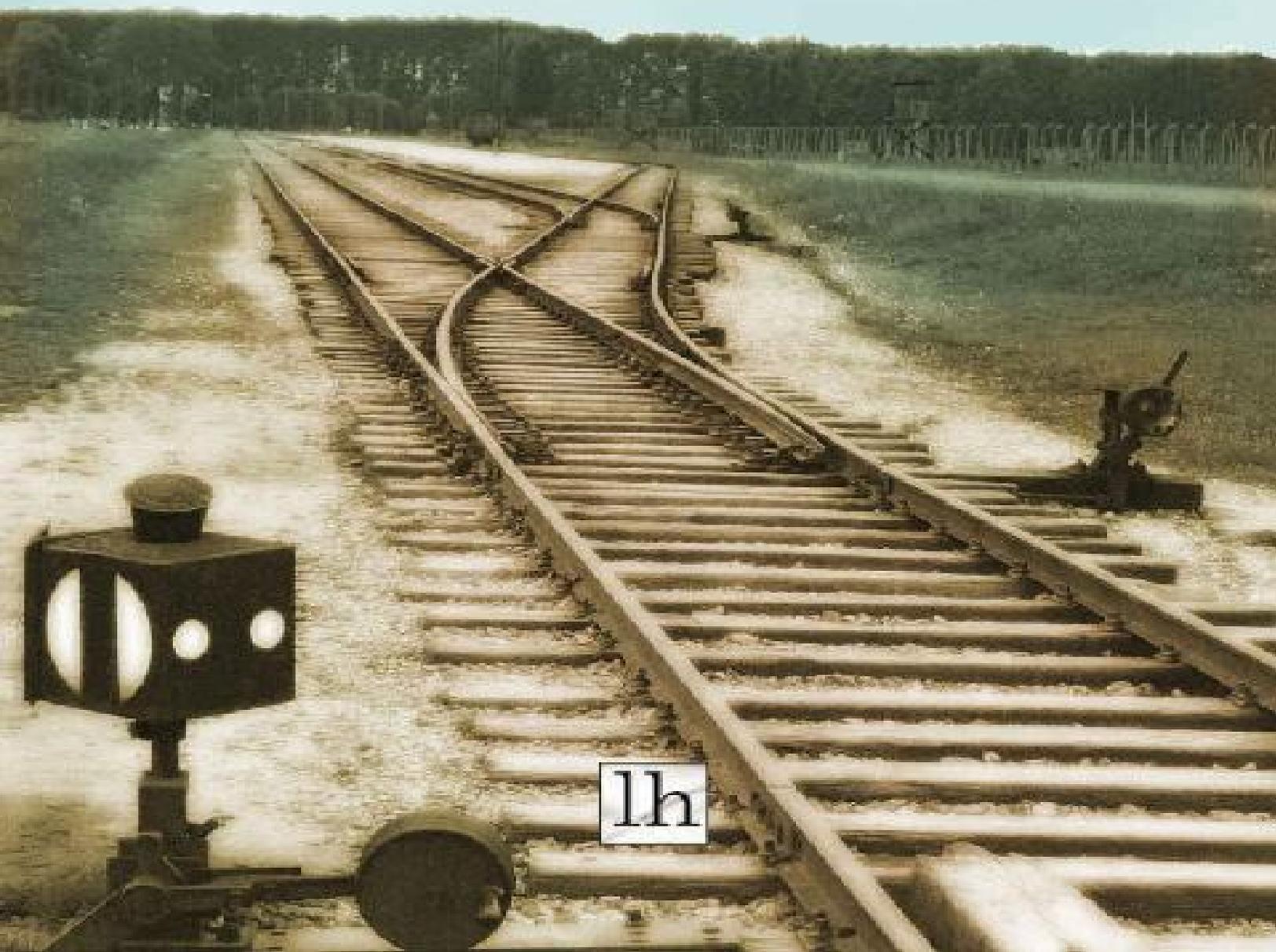


ANTONIO  
ENVID MIÑANA

*El enigma del*  
**DOMADOR**  
*de PULGAS*



lh

# *El enigma del domador de pulgas*

Antonio Envid

Lecturas hispánicas (2017)

---

---

Antonio Envid ("El tenue aroma de la acacia", 2013; "La invención de la taberna", 2014, y "A beneficio de inventario", 2015) nos sorprende con esta nueva y excitante novela negra con la que, con su siempre sabia pluma, consigue sumergir al lector en una apasionante trama policíaca, a menudo impregnada de su característico y sutil humor, en el interesante contexto de la España del final del franquismo, con un inspector y un comisario que tratan de esclarecer el enigma de un personaje de enigmático pasado: un domador de pulgas. La investigación nos trasladará hasta la Guerra Civil y al cruel destino de aquellos españoles que acabaron en el amargo exilio de la Europa de la Segunda Guerra Mundial.

ANTONIO ENVID es economista y consultor de empresas. Hombre de vasta cultura, versátil y prolífico, colabora habitualmente como articulista en diversos medios de información y revistas culturales, habiendo aportando asimismo su capital labor creativa en el blog literario y de opinión "desde mi barricada". Es autor de numerosos poemas, relatos y viñetas de humor y del interesante y entretenido ensayo "La invención de la taberna", así como responsable de una edición de "Confusión de confusiones" de José Penso de la Vega, obras ambas también editadas por "lecturas-hispánicas.com".

*El enigma del*  
DOMADOR  
*de* PULGAS

—

Antonio Envid Miñana



[lecturas-hispanicas.com](http://lecturas-hispanicas.com)

*El enigma del adiestrador de pulgas*

Antonio Envid Miñana

Colección Lecturas hispánicas

1ª Edición: 29 de enero 2017

© Para esta edición, Servando Gotor, 2017

[www.lecturas-hispanicas.com](http://www.lecturas-hispanicas.com)

Zaragoza (España)

ISBN-13: 978-1540863874

ISBN-10: 1540863875

## ÍNDICE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

[TAMBIÉN EN LECTURAS-HISPANICAS.COM](http://TAMBIÉN EN LECTURAS-HISPANICAS.COM)

# 1

Según las indicaciones que me había proporcionado Mr. Chapelton, esta tenía que ser su vivienda. Orientarse en aquel dédalo de callejas no era tarea fácil. Era una de las pocas casas que quedaban con la tipología del antiguo barrio, de planta y piso con un pequeño terreno en la entrada cerrado con una valla de madera. El resto del barrio primitivo había quedado destruido por su reconstrucción con manzanas de apartamentos todos iguales, como celdas de abejas y materiales deleznable.

Me recibió con la cortesía que le caracterizaba, haciéndome pasar. Su vivienda era como una instantánea de una época periclitada. Espesos cortinajes de damasco rojo con dibujos orientales, oscurecidos por los años cubriendo los vanos del salón, sombríos muebles de caoba y nogal con bajorrelieves trabajados por algún buen artesano y lámparas de vidrios venecianos, reposteros en las paredes. Todo con aspecto más de viejo que de antiguo. Mister Chapelton, con su batín de terciopelo, su monóculo y sus ademanes de una cortesía antigua, parecía salir de una litografía de principios del siglo veinte. Incluso el aire parecía de otra época, conservado en una ampolla estanca para su análisis por arqueólogos futuros. El conjunto de muebles y enseres, que habían conocido, sin duda, mejores tiempos y alguno de ellos era de valor, mostraba un aspecto tan avejentado, que resultaría poco apropiado calificarlo de lujoso.

—Me alegra mucho su visita. Tengo tan pocas visitas, que casi supone un acontecimiento recibir a alguien. Tomaremos té, si le parece. Si prefiere otra cosa...

Agradecí su bienvenida y acepté el té, aunque ese brebaje nunca me ha producido el menor entusiasmo, y me dispuse a soportar una tediosa velada escuchando episodios de pasadas glorias.

—¡Pascual! —exclamó, con un grito seco, y de pronto apareció un bonito lebrel caminando sobre sus patas traseras y vistiendo una ligera casaquilla—. Sírvenos el té, por favor.

Dirigiéndose hacia mí, explicó que desde que falleció su viejo mayordomo no lo había sustituido. En su recuerdo había bautizado a su perro con el mismo nombre de su fiel sirviente. Al poco volvió el simpático chucho portando en la boca una bandeja con dos servicios de té. El anciano Chapelton fue a por una tetera. A tanto no llegaba la habilidad del can.

Tras servir el té como lo haría una duquesa británica, se dispuso a contarme su vida.

—Ya sé que corren muchas leyendas por el barrio, hasta he oído que fui espía del Imperio Austrohúngaro, ¡fíjese! No le negaré que haya hecho algún trabajillo para los aliados en la segunda guerra europea, que me pilló de gira fuera de nuestro país, pero lo cierto es que yo me he dedicado siempre al espectáculo. He trabajado en teatros y circos de todo el mundo, y con mucho éxito, todo hay que decirlo. —Bajó la voz para decir en tono entristecido, como para sí mismo—: Después lo perdí todo, pero eso es otra historia.

Tras unos segundos de ausencia durante los cuales viajaría por alguna de las grandes capitales por él visitada, prosiguió:

—He preparado algunos sándwiches ¿le apetecen? ¡Platón! Tráete una bandeja de sándwiches que hay en la cocina. Cuidadito con comerte alguno. Ya sé que te mueres por los de pepino. Ya tendrás tu ración. Estos son para nuestro invitado.

Ahora quien compareció a la voz de Platón fue un conejo gigante australiano, también ataviado con una casaquilla, que muy circunspecto y serio trajo asida por la boca una bandejita con cuatro bocadillos.

—Gracias Platón, puedes retirarte. Lo llamo Paltón porque es un filósofo, se pasa las horas muertas sobre un cojín meditando. Es vegetariano, ¿sabe?

Vegetariano estricto, no permite en su dieta nada que no sean verduras y hortalizas.

Sumergido en el mundo de aquel valetudinario viejo, de pronto noté cómo algo frío y viscoso me recorría la nuca y bajaba por el pecho y asustado proferí un grito.

—No se preocupe, es Berta, muy cariñosa y friolera. Busca el calor de la gente para enrollarse en su regazo. Ven Berta conmigo, que el señor no te conoce y todavía no tiene confianza.

La tal Berta era una boa de respetables dimensiones, o al menos, eso me pareció a mí, todas las serpientes me parecen igual, una cosa larga y desagradable.

-Es una culebra bastarda, totalmente inofensiva, mucho más útil que un gato, no tan esquiva como ellos, y tan eficaz para mantener a raya ratones y otros bichos no deseados. No molesta en absoluto, es otra filosofa, más profunda si cabe, pues pueden pasar días sin hacerse notar, meditando en cualquier rincón. Ven aquí, acurrúcate sobre mis piernas. Ya verá como no nos molestará. Algo de música nos animará.

Puso en marcha un viejo tocadiscos de estos que se encontraban embutidos en un mueble y cuando comenzaron a oírse las primeras notas de la batalla del acto primero del Cascanueces de Chaikovski, contemplé con asombro cómo salían corriendo de la habitación vecina una tropa de ratones que a continuación se pusieron a bailar siguiendo el ritmo de la música. Aquella serpiente come-ratones ni se inmutó, continuó sin enterarse de nada enrollada en el regazo del viejo, sumida en sus profundas meditaciones.

—Estos ratones son de la casa —explica mi anfitrión—, tanto la culebra como ellos están tan familiarizados que se asombraría de verlos a todos en cercanía sin que se observe la menor alteración en su comportamiento.

Mr. Chapelton creyó llegada la hora de hacer algunas confesiones para

disipar el asombro que, sin duda, se reflejaba en mi cara. Con la calma con que hablaba siempre y frotándose las manos, un gesto que realizaba de manera mecánica y frecuente, comenzó a explicar:

—Como le he dicho, desde siempre me he dedicado al espectáculo, en concreto he sido adiestrador de animales para circos y he trabajado mucho con ellos. Remarco lo de adiestrador y no domador, una palabra que aborrezco. Domar a un animal, cualquiera que sea, doblegando su naturaleza a base de premios y castigos es matar el alma de ese ser. Adiestrar es muy distinto, el adiestrador consigue que el animal se convierta en su amigo, que confíe en él, pero que siga manteniendo su naturaleza. Adiestrar supone crear vínculos entre el adiestrador y el animal, reparto de papeles y respeto a la dignidad de la bestia, es descubrirle que tiene habilidades que permanecían ignoradas para él. Se trata de una educación, no de una doma, dominio, no de la anulación de su voluntad sustituida por la nuestra, sino de la emergencia de una conciencia superior desconocida. Es tanto como el descubrimiento de su alma.

Tomó un descanso y aprovechó para escanciar en dos copas un excelente coñac.

—Es un buen napoleón de por lo menos treinta años —aclaró—. Los coñacs franceses de hoy en día son, en general, una porquería. No sé cómo me las compondré cuando se termine mi provisión. Beba, beba, sin prisa, paladeándolo, calentando la copa con la mano, como debe ser, hagámosle el aprecio que se merece.

Tras unos sorbos, tomados con unción litúrgica, continuó.

—Bien, ¿por dónde iba? Ah, sí, he actuado, como le dije, en circos y teatros de todo el mundo, y, como ya le expresé, con aceptable éxito. Este coñac que estamos disfrutando me lo regaló un ministro francés que admiraba mi trabajo. En la última parte de mi vida artística me convertí en empresario y gané bastante dinero. ¿Sabe por qué? Porque no tenía que pagar a los artistas, y eran unos veinte, nada menos y ¡no querían cobrar dinero!

—Cómo, ¿no cobraban los artistas?, ¿eran esclavos, tal vez?

Esperaba sin duda la pregunta. Era otro golpe de efecto.

—No va del todo desencaminado, mi joven amigo, no del todo. Pronto lo entenderá.

Salió de la habitación y volvió con una caja. Sobre la mesa comenzó a montar lo que parecía una pista de circo de juguete. A esas alturas ya nada me maravillaba de tan atrabiliario personaje, podía ponerse a jugar como un niño con aquellos adminículos y me parecería natural. Yo seguía con atención todos sus pasos.

—Ya ve, este era mi negocio, mi circo particular, no necesitaba medios de transporte para llevarlo de un sitio para otro, cabe en una maleta. Un ayudante y un servidor integrábamos toda la plantilla.

Cuando todo estaba montado, —¿Pero dónde están los artistas, eh?—, sacó una pequeña caja, que puso en medio de la pista y comenzó a decir con aire autoritario. ¡Hala, hop! Jeannette, a trabajar. ¡Hala, hop! Pili y Montse, salid. Jeannette, al trapecio de en medio, Pili y Montse a los trapecios laterales.

Con asombro vi salir unos diminutos insectos de la cajita que obedecían las órdenes del jefe de pista Mr. Sapelton. Eran pequeñas pulgas que realizaban acrobacias y saltos sorprendentes. Luego le tocó el turno a otras participantes, que simulando caballos arrastraban una carroza donde viajaba una vestida de La Cenicienta. En la puerta de un diminuto castillo esperaba otra ataviada como un príncipe de cuento infantil. En fin, no voy a aburrir contando toda la representación, que duró tres cuartos de hora largos.

Terminada la sesión vi como se subía la manga del batín y disponía en fila sobre las venas de su brazo desnudo a las reputadas artistas.

—Os lo habéis ganado. Hora de la comida. ¿Ve lo que le he comentado antes?, están adiestradas, no domadas. Vea, Vea, con que placer me succionan

la sangre. No han perdido su carácter. Son pulgas, tan rematadamente pulgas como antes de conocerme. Mire a Montse, se comporta igual que cuando habitaba aquel mísero hostel de La Barceloneta, con la misma avidez por la sangre humana, se refocila en ella perdiendo cualquier compostura. Yo la saqué de aquella cloaca, la eduqué y la llevé por los mejores teatros del mundo, pero cuando termina el espectáculo vuelve a su primitivo estado salvaje. Jeannette es la vedete, sin duda, recuerdo cuando la encontré, trabajaba en una miserable taberna parisina, al verme entrar en el establecimiento dio un prodigioso salto de medio metro desde la cabeza de un pestilente borracho hasta mí. Fue una atracción a primera vista, a pesar de que ha recibido los aplausos de la mejor aristocracia europea en mi teatro de Montecarlo, mucho antes de la actual decadencia del bello principado, no se le ha subido el triunfo a la cabeza y sigue sintiendo por mí el mismo afecto y agradecimiento del primer día, no se le olvida que yo la saque del arroyo. El multimillonario Charles Rochild me la quiso comprar, ofreciéndome un precio astronómico, con ocasión de una visita que hicimos a Nueva York. Todas estas que ve formando un corro son de Barcelona, parece que están oyendo todavía los sonos de una sardana. Barcelona ha dado al mundo pulgas extraordinarias, sobre todo el barrio de Sants. Aquellas dos de allá son más refinadas, son pulgas londinenses, Lady Flea, de mucho carácter y su íntima amiga, Lady Frigid, una sosaina que tengo que soportar para que la otra trabaje; y la de más arriba, berlinesa, otra estrella, la conocí en un delicioso pubis adolescente durante una larga temporada de representaciones en esa ciudad, cuando la gran metrópolis alemana disputaba a París la capitalidad del mundo del espectáculo. ¡Ah, cabarets de Berlín, cómo os añoro! Puede comprobar que tengo artistas de varios países, lo mejor de cada sitio. Forman una compañía internacional. No le extrañe que el grueso de mis artistas procedan de Barcelona, en realidad, Chapelton es mi nombre artístico, como se me conoce en el mundo, pero mi verdadero nombre es catalán y yo, un noi del Poble Sec, de modo que el núcleo de mi cuadro artístico, las coristas, proceden de Barcelona. Yo —continuaba con su extensa perorata— fui discípulo de Míster Quevedini, Melchor Quevedo, así se llamaba en realidad. Él me enseñó todo lo que sé sobre este arte, un gran maestro en esto de adiestrar pulgas. A principios de siglo mostraba en Barcelona, en El Paralelo, un espectáculo con trescientas pulgas, trescientas, ha oído bien, y las conocía a todas por su nombre. Él me enseñó que debía de alimentarlas con mi propia sangre, para

que me fueran fieles, y también que las mejores eran las del barrio de Sants, aunque en su compañía había artistas de todos los países de mundo, que él había visitado con su espectáculo. Ya entonces pagaba una peseta por una pulga sobre la que él hubiera puesto el ojo, nunca se equivocaba, cuando le echaba el ojo a una es que tenía condiciones.

## La historia de Jeanette

Voy a contarles la verdad sobre mi vida porque quiero aclarar algunas murmuraciones que corren por aquí, siempre malintencionadas; que hay mucha envidia en este mundo de los artistas. Desde luego que soy francesa, nací en París, no en un poblacho de esos des vaches et des paysans, no, soy del mismo París. Claro que no vine al mundo en los Champs Elysees, es verdad, he de reconocerlo. No puede decirse de mí que sea una fille chic, vamos, una pija, como dicen por aquí, la Place de L'Etoile no fue el escenario de mi niñez; soy bastante más que eso, soy una parisina genuina, de Montmatre.

Mi madre, muy conocida en el barrio y de buena educación por frecuentar a los artistas más conspicuos de la época, trabajaba en una taberna de la colina de las artes. A mi padre no lo conocí, pero barrunto que era un tipo chulo y con modales de canalla que a veces se le veía por el establecimiento, un tipo vulgar del que no puedo sospechar qué encantos podría haber encontrado en él mi madre, tan insignificante individuo; en fin, la debilidad de un momento la tiene cualquiera, ¡Qué me lo digan a mí, qué he sucumbido a tantos! Nunca vi que mi madre le dirigiera la palabra, aunque él la buscaba con interés. Mi madre me inculcó desde el primer momento la idea de que tenía que prepararme para ser libre, no sujetarme a ningún macho, no depender de nadie.

Mi infancia fue alegre y confiada, en la taberna se vivía bien, siempre reinaba allí la alegría y no me faltaba de nada. En cuanto a mi educación, no podría haber pedido mejor universidad, allí se discutía de todo lo divino y humano, a veces, hay que reconocerlo, no precisamente con silogismos

escolásticos, pero eso lo hacía mucho más interesante. Yo podía pasar de mesa en mesa, de corro en corro, sin ser molestada, y oír todas las conversaciones, algunas, verdaderas ponencias que habrían sido escuchadas con respeto en la Academia Francesa. Especialmente seguía con gusto las disputas de un grupo de artistas españoles, que discutían con el ardor que les caracteriza sobre corrientes estéticas. De esas conversaciones, amén de lograr un doctorado en artes, que no lo habría alcanzado mejor de haberlo cursado en La Sorbona, me quedó el deseo de ser artista y de visitar España. Ambos deseos, como pueden comprobar, los he visto sobradamente cumplidos.

Desde siempre he gozado de una gran agilidad, siendo por ello el orgullo de mi madre y del resto de la población sifonáptera del lugar —cómo se nota la cultura que adquirí en esa taberna—. Ganaba todos los concursos de salto de longitud, hasta el punto de que terminé actuando como estrella invitada fuera de competición, ya que de otra manera los concursos quedaban desiertos, al enterarse de que yo participaba, las demás se retiraban. Es claro que saltaba de mesa a mesa sin dificultad, más bien, de concurrente de una mesa a concurrente de otra, y a la vez que alimentaba mi espíritu absorbiendo las fluidas ideas que por allí circulaban, alimentaba mi cuerpo absorbiendo otro tipo de fluidos, no era cosa de perder el tiempo, mientras me mantenía atenta para esquivar algún que otro manotazo.

Sin embargo, la vida alegre y despreocupada del lugar ocultaba otra llena de peligros. Algunas de mis compañeras malograron su vida por no saber elegir su camino, una de ellas, la más íntima, se encaprichó de un pintor español de febril mirada y rasgos muy latinos, cetrino, de delgada cintura, flexible como un junco; una noche desapareció del local, se había fugado con él, al poco tiempo nos enteramos de que había muerto de inanición y frío en la buhardilla donde habitaba con su amado. Nunca agradeceré como se merece las recomendaciones de mi madre de no atarme a nada ni a nadie, vivir en libertad. Sin embargo, tampoco yo quedé incólume ante los peligros de aquel género de vida, mis fuentes de alimentación eran pródigas, es cierto, pero contenían, en general, una pérfida sustancia cuyas adversas consecuencias solo a largo plazo se hacen notar: el grado alcohólico de la sangre de los parroquianos solía ser elevado. No solo eso, pronto comprobé que el dulzón

sabor de la sangre quedaba mejorado con unas gotitas de alcohol, de modo que fui seleccionando a mis huéspedes de acuerdo con el nivel alcohólico de sus líquidos orgánicos. En una palabra, sin eufemismos, con el tiempo, en plena juventud, me encontré siendo una declarada alcohólica.

Una tarde apareció por la taberna un curioso cliente, elegante, cubierto con una chistera, abrigado con capa española y vistiendo traje de buen paño inglés y de correcto corte, portaba un monóculo, que utilizaba de vez en cuando, aunque no parecía necesitarlo habitualmente. Pidió en un aceptable francés, que por su academicismo, no propio del argot parisino, denotaba a la larga su condición de extranjero, un pernod. A pesar de que me precio de saber controlar mis emociones, esa tarde mi corazón me traicionó y se impuso sobre mi razón, de inmediato, desde la mesa donde se debatía la supremacía en la creación artística del talento natural sobre la academia, salté hasta el hombro del caballero forastero, que me recibió con una sonrisa, como si me hubiese citado allí, precisamente, para nuestro encuentro. Luego me enteré de que se trataba de un adiestrador de pulgas al que impresioné con mi extraordinario salto, pero eso fue más tarde, mi primer contacto con él fue un impulso irrefrenable que cambió mi vida. Dejaremos la continuación del relato de mi asendereada vida para otro día.

## **La Monserrat**

Pasé mi infancia y adolescencia en una mísera pensión de la Barceloneta. Éramos una familia muy amplia y tanto yo como mis hermanas pasábamos la vida tratando de esquivar, por pliegues y costuras, los poderosos pulgares de marineros borrachos, descargadores de muelle y zafios individuos de toda

condición que componían la selecta clientela de aquel sórdido hostel.

Mi vida, en realidad, carece de interés hasta que conocí a Mr. Chapelton. En aquellos momentos mi actual patrón era poco conocido, trataba de abrirse paso en el difícil mundo del espectáculo de aquella Barcelona surreal e inicios secular, ofreciendo sus actuaciones en un local de El Paralelo. Apareció Mr. Sapelton un día por el desastrado hostel en busca de mercancía, atraído por la fama de sus pulgas, o sea, de nuestra fama, pues nuestra capacidad para sobrevivir a las peores condiciones y nuestra resistencia y vigor eran la comidilla de la zona. A nuestra patrona, una gorda de mediana edad, algo hombruna y de alegre carácter, le hizo mucha gracia la oferta del joven de maneras delicadas y aire de artista.

—¿Que si le puedo suministrar unas cuantas pulgas a buen precio? Caballero, se las regalo todas si es capaz de atraparlas y me libra de ellas. No hay manera de deshacerse de tan desagradables huéspedes, cuando las tienes acorraladas para hincarles los pulgares, te dan un brinco tan largo que les pierdes el rastro, son inmunes a lejías y jabones y me están arruinando el negocio. Joven, tiene permiso para entrar en las habitaciones que encuentre vacías y llevarse cuantas pueda, cuantas más, mejor.

De modo que no solo yo, sino, además, dos de mis hermanas y unas cuantas amigas nos fuimos con él encantadas.

Luego vino el adiestramiento, éramos listas y aprendimos enseguida, y descubrimos una vida de glamour totalmente impensada. Focos, lupas sobre nosotras, vestidos lujosos y brillantes, aplausos al terminar el espectáculo. El día que apareció ese joven por el hostel cambió totalmente nuestras vidas. Nosotras que no habíamos conocido nada más que las tristes paredes de aquel mezquino hostel, visitamos el mundo y nos hospedamos en los mejores hoteles, desde el Ritz parisino al Plaza de Nueva York. No cambiaría esta vida por nada en el mundo.

## **Lady Flea**

No me confundan con estas rudas barriobajeras de por aquí, yo me he criado entre la mejor sociedad londinense y he recibido una educación esmerada. Nací y crecí en una de las mansiones de Regent Street, residencia de un antiguo mayor retirado que había servido a su majestad en la India. Me alojaba en el cuarto de las niñas, de modo que mi crianza lo fue a la par de ellas, con institutrices alemanas, amas francesas y un boy indio que el mayor trajo cuando se repatrió.

El húmedo clima de Londres es muy adecuado para nosotras y esas viejas mansiones de Regent Street, con sus paredes forradas de maderas, papeles pintados y cierta aversión de los londinenses a airear las habitaciones, suponen un verdadero paraíso para nosotras; únanle a todo ello las delicadas y ebúrneas epidermis de las damas inglesas.... En fin, no sigo porque la nostalgia me corroe el alma. Pero no siempre seguimos el camino recto, cuántas veces hemos de equivocarnos y seguimos los torcidos senderos que nos dictan nuestros deseos y emociones.

Una de las mejores actrices de la escena inglesa solía ser huésped de la familia durante sus largas temporadas en el Royal National Theater. Yo asistía arrobada a aquellas veladas en las que la actriz narraba, seguida con gran atención por la familia de mis anfitriones, las numerosas anécdotas, chascarrillos y aventuras de su última gira por el continente. ¡Cómo la envidiaba! Recorrer ciudades, conocer tantas personas educadas y elegantes de otros países, las aventuras que se viven en los viajes, todo era para mí un excitante mundo que me esperaba ahí afuera, mientras yo veía pasar mi juventud en un eterno aburrimiento, días grises, conversaciones sin sentido de las niñas, bostezos del mayor...

Convencí a mi íntima amiga —las malas lenguas le han puesto el mote de Frigid, acusación completamente falsa, les aseguro; también corren chismes sobre la naturaleza de nuestra relación, en lo que no voy a entrar porque no le importa a nadie— para que nos fuéramos con la famosa actriz. Me costó convencerla, carece de espíritu aventurero y dejar nuestra sedentaria y cómoda vida londinense por otra viajera e incierta no entraba en sus cálculos, pero ante la amenaza de irme yo sola, accedió. Escondidas en el cuello de renard de uno de los abrigos de la diva salimos un día de aquella casa, donde tan bien nos habían tratado, a correr mundo y ¡vaya si lo corrimos!

Ya solo el viaje de Londres a Paris nos fatigó, de modo que cuando nuestra anfitriona abandonó la habitación del Hotel de la Ópera, donde se alojaba, nosotras nos quedamos en aquel lugar. Afortunadamente, el siguiente viajero en alojarse fue un caballero elegante que regentaba un teatro de pulgas. Este caballero, tras inquirir cuál era nuestra procedencia y educación, nos propuso enrolarnos en su compañía, lo cual aceptamos, yo entusiasmada, sería una artista de circo, nada menos, mi compañera no tanto. Pero tendrán que aguardar a otro momento para saber más de nuestra vida, porque ahora me reclaman mis ejercicios de estiramiento, es la hora.



### 3

Fue un momento inolvidable, habíamos actuado con motivo del cumpleaños del príncipe Carlos y fuimos llamados a Buckingham Palace donde nos recibió la reina Isabel para nombrarme Caballero del Imperio Británico. Uno de los hitos de mi carrera artística. Tomaremos un coñac para celebrarlo ¿no le parece, joven amigo?

Mis visitas al viejo comediante se hicieron habituales, yo dejaba que me contara historias de su vida y degustaba su excelente coñac, porque lo del té, una vez cobrada suficiente confianza, le confesé que no era algo que me entusiasmara y podía suprimirlo, con cierto contento de Pascual, que me saludaba al llegar moviendo alegremente la cola.

—Hay que tratar con sumo cuidado a estos animalitos, en primer lugar hay que saber que no todas las pulgas sirven para este trabajo, se han sufrido grandes fracasos tratando de entrenar pulgas de perro, no sirven, se lo aseguro, sus picaduras, por otra parte, acostumbradas a la piel coriácea de los cánidos, son muy molestas en los humanos, además, en sus saltos han de esquivar una especie de bosque que forma el pelaje de su huésped. Las únicas pulgas útiles para esto son las humanas, la “pulen irritans”, inteligente animal que se encuentra muy cómodo en contacto con los hombres; de hecho, mis pulgas necesitan estar cerca de la gente, verse rodeadas de personas que asistan a sus ejercicios y acrobacias las estimula, precisan, como vulgarmente se dice, el calor del público, como cualquier artista de espectáculos. No lo olvide, joven, a las pulgas no se las adiestra, se las entrena, por eso yo nunca he permitido que se me llamara domador de pulgas, sino entrenador; soy un entrenador como quien prepara a un deportista o dirige los ejercicios físicos de un bailarín o un cantante. Claro, que también soy coreógrafo, director artístico y hasta tramoyista. Hay zafios domadores que tratan a sus pulgas como si fueran

tigres o leones, a base de castigos y algún premio, utilizando métodos brutales. Comienzan por someterlas, metiéndolas durante una temporada bajo una campana de cristal, los pobres animales tratan de escapar de tal prisión, pero en sus vanos saltos lo único que consiguen es golpearse contra el vidrio, de modo que cobran miedo a saltar y dejan de hacerlo. Eso es, aparte de un cruel método, un gravísimo error, es ir en contra de la naturaleza de los bichos, quebrar su carácter, de ahí se conseguirán individuos que se creen minusválidos, frustrados, que han perdido el vigor y la alegría que suele caracterizarles. A la pulga hay que tratarla con cariño y, como a todo virtuoso, halagándola, ensalzando sus capacidades, con elogios. Si sabe que tiene cerca un brazo amigo donde no solo saciar sus necesidades sino disfrutar del dulzón sabor al que está acostumbrada, no tratará de escapar, al contrario, se esmerará en realizar con exactitud sus ejercicios por su recompensa, con saltos precisos, ejercitará sus patitas motoras, en especial su tercer par, que es donde concentra su extraordinaria fuerza, dotándolas de energía suficiente para poder impulsar con ellas pelotas y otros juguetes, arrastrar objetos mucho más pesados que su cuerpo, y, en una palabra, para maravillar a los espectadores y recibir su merecido aplauso. Todos los números de mi espectáculo se basan precisamente en la gran fuerza que pueden desarrollar en sus patas estos animalitos: tirar de objetos, por ejemplo, nosotros tenemos uno que es una carrera de cuadrigas, bueno, para ser precisos, de bigas, en él compiten varios carros como los de los romanos tirados por dos pulgas cada uno y conducido por una pulga-auriga, el éxito está asegurado; otros números, con análoga base, simulan ataques a una diligencia en el oeste; también hacemos ejercicios de trapecio, alcanzando el aparato con saltos de precisión; además practicamos saltos de longitud, admitiendo apuestas, esto tiene mucha aceptación y es muy rentable; hay ejercicios de equilibrio sobre esferas, de funambulismo; en fin, todo lo que mi imaginación crea, mis artistas son capaces de realizar. Comprenderá que he de tener a mis animalitos en plena forma física y lo conveniente es que se ejerciten mediante saltos; es lo que a ellas más les gusta y lo que a mí me interesa, todos contentos.

En una de mis visitas hallé a Mr. Chapelton con otra persona. Al recibirme recogió apresuradamente unos documentos, y con una breve presentación, “aquí un amigo, ahora se iba”, casi empujó a su visitante hasta la puerta y se

despidió apresuradamente de él. Esta escena se repitió otras veces y nunca me presentó a ese individuo ni hizo ninguna alusión sobre él, lo cual me pareció algo extraño.

No estaba el artista-empresario tan aislado de la sociedad como en un principio pensé. Corrían rumores de que recibía extrañas visitas de hombres jóvenes, nunca mujeres, y eso unido a su condición de célibe, alimentaba el pábulo de tener una vida algo oscura. Sin embargo, en una ocasión me aclaró, como de paso, el motivo de esos visitantes: no siempre alimentaba a sus artistas con su propia sangre, hubiera dejado de ser un premio y convertirse en una rutina, aparte de que le convenía descansar, en ocasiones alquilaba brazos, eran jóvenes y sanos, escogidos precisamente por ello, y, en general, varones, las chicas cuidaban más su piel, no les agradaban las marcas que dejan las picaduras y no se prestaban fácilmente a ello, si lo hacían era impulsadas por una gran necesidad, y esa necesidad, a menudo, era causada por algún vicio, por lo que había prescindido desde antiguo de esta clase de nodriza.

—En mis muchos años de trato con las pulgas he llegado realmente a conocerlas. Tienen sus virtudes y sus defectos. Una de sus grandes virtudes es su fidelidad, una vez que encuentran un huésped a su gusto, ya no lo abandonan. De eso pueden hablarle todos los que han soportado esa leal parroquia, no hay manera de librarse de ellas, ni aun mostrándoles los pulgares, el arma más eficaz y a la que más temen. Pero esa fidelidad la extienden a todos los órdenes de la vida, así un jefe para ellas es una autoridad sagrada. Yo, como director de una compañía de estos animalitos, puedo dar fe de ello, mis órdenes no se discuten, se acatan de inmediato, nunca he tenido huelgas, plantes ni nada parecido. Ojalá mucho personal laboral fuera de esa guisa, otro gallo nos cantara. No conocen sindicatos ni delegados de personal, nada de nada.

Otra virtud es su pundonor y valentía, trabajan lo mejor que saben, buscando la perfección, incluso encontrándose con problemas físicos. El absentismo es casi nulo, han de estar medio muertas para faltar a sus obligaciones. Recuerdo el caso de una pulga-cañón que tuvo un accidente al realizar su número, se quebró una patita al caer; no solo terminó como pudo su

representación, ante un público entregado por su coraje, sino que rechazó cualquier ayuda para retirarse de la pista mientras recibía una cerrada ovación. La entablillamos y hubo de convencerla de que lo mejor para ella y para la compañía era que descansase y recuperase su motilidad, pues quería seguir representando su número con muletas y todo. Vicios tienen, desde luego. Si no fuera por la disciplina que se les aplica, serían ingobernables, pues cada una quiere que prevalezca su opinión y sus discusiones son interminables, sin que ninguna logre imponer su criterio. Pero la ley y el orden razonablemente aplicados por un jefe con autoridad, como digo, son acatados con respeto. Agradecen que se les haya sacado del mundo mísero del cual, en general, proceden, donde la promiscuidad y la falta de valores morales van de la mano con la suciedad y el vicio. En fin, utilizando la mano dura y el afecto, de ellas se obtienen excelentes resultados, como he podido comprobar. En una ocasión se me coló en el cuadro de actrices una pulga rusa, que hacía un número muy vistosos con otras dos compañeras, ella haciendo de jinete y las otras de cabalgaduras, era bastante apreciado. Pero amigo, sus ideas eran disolventes, quería cooperativizar la compañía, abolir al patrono, expropiar al capital, y poner en común todos los bienes y habilidades, yo sería un compañero trabajador más, todo lo que se ganase se repartiría equitativamente. Oiga, una serie de doctrinas disolventes que nos habrían llevado al caos. No le hacían mucho caso, pero algunas comenzaron a pensar que la idea de la cooperativa no era descabellada. Hube de despedir a las tres de inmediato, las puse de patitas en la calle.

## 4

A la hora del vermú *La Espiga*, la cervecería preferida por la juventud de la localidad, estaba muy animada. Lugar de cita obligada para los jóvenes *à la page* de aquellos años, finalizando los sesenta del siglo pasado, de orden y modesta prosperidad; tanto al mediodía, como al final de la tarde, era el lugar de encuentro de los hijos de las buenas familias locales. Cuando Luisito entró, tirando sobre el mostrador las llaves del Mini que le acababa de regalar su padre, un coro de niños y niñas para lo saludaron alegremente. "*Ponme una cerveza, Pedro*", se dirigió al camarero con confianza.

En el local se junta la juventud dorada de la ciudad, niños bien con politos de marca echados sobre los hombros y cuyas mangas, por delante, se entrelazan de un estudiado modo que se había convertido en canónico, camisas y pantalones impecablemente planchados; niñas pindongas con altos peinados cardados y ropas adquiridas en las tiendas de moda de la ciudad, faldas de vuelo y suéteres que marcan los pechos como si fueran dos conos de afiladas puntas. Algunas son más atrevidas y visten minifalda, peinando sueltas melenas, tal como se ve en las revistas que visten las chicas por Piccadilly Circus. Conversaciones que quieren ser ingeniosas y son solamente banales, salpicadas de frases hechas y de sobreentendidos. Barra cromada, mostrador de mármol con relucientes grifos de cerveza tras el que offician ágiles camareros que confraternizaban con la clientela, pero sabiendo guardar la compostura, sin traspasar la barrera social, cada uno en su sitio, tú detrás de la barra para servirme, yo, delante tomándome una copa. Estanterías impolutas donde reposan botellas de los más variados licores. Para acceder al bar hay que descender una breve escalera y cuando penetra un cadete, de los que suelen frecuentar el local, su sable se arrastra sobre los escalones con un ruido metálico característico, toque de atención que hace que dos o tres de aquellas adorables cabecitas femeninas se vuelvan dedicando una amplia sonrisa.

Luisito era hijo de don Luis Sánchez Pérez, industrial, como puntualizaba al notario con ocasión de otorgar alguna escritura pública o al funcionario de turno al suscribir los documentos oficiales. Conocido en la ciudad con el sobrenombre de “El Rey del Inodoro” por su actividad. Don Luis tiene una empresa de instalación de fontanería, calefacción, sanitarios. "Proyectos e instalaciones de fontanería en general", rezaba en sus tarjetas comerciales. A esas horas estará en la cafetería *Las Vegas* cerrando un contrato con alguno de los constructores de la ciudad, la nueva aristocracia del dinero. Don Luis realiza la mayoría de las instalaciones de fontanería de las nuevas construcciones que se está levantando en una ciudad en pleno desarrollo urbanístico. Gana dinero y le gusta hacerlo notar, reloj de oro en la muñeca y gran sello del mismo noble metal en su anular, traje bien cortado, peinado con gomina. Toma carpano normalmente, a veces martini, pero ha de ser seco, con unas gotitas de ginebra, no el vulgar martini rojo, y si la noche anterior ha sido dura, un zumo de tomate con vodka, lo mejor para espabilar, según asegura. Don Luis es bajito, rechoncho, de mejillas sonrosadas y bigotito recortado, maneras que estima elegantes, pero que para cualquier observador revelan su origen de obrero manual, expansivo y muy aficionado a dar abrazos, palmadas en la espalda y mucho “*A ver ¿qué quieres tomar? ¡Cóbrame lo de todos estos!*”, con lo que busca su aceptación general. Un hombre hecho a sí mismo, de las primeras letras al taller, de aprendiz, y de allí, con bastante osadía, a independizarse, creando un pequeño taller de fontanería. Con el rebufo de la construcción su pequeño negocio comienza a crecer hasta convertirse en una empresa acreditada en el gremio de proyectos e instalaciones de fontanería y calefacción, con ingeniero industrial a sueldo y unas docenas de operarios. Un lince de los negocios. Don Luis solo tiene un hijo, Luisito, muy amado, en quien tiene puestas todas sus complacencias. Don Luis está convencido de que su hijo, pésimo estudiante de medicina, está realizando un esfuerzo intelectual notable, nada menos que unos estudios universitarios, cuando él apenas ha pasado de las primeras letras y las cuatro reglas, y le consiente todo. Hace poco le ha regalado un pequeño coche, un Mini 1000, para que no vaya a la facultad en tranvía, no vayan a creer que es un pobre estudiantillo, es el hijo de don Luis. El padre realiza en el hijo su sueño de ser una persona culta y respetable y poder codearse con las buenas familias de la población, piensa que por no tener una carrera lo miran con displicencia, a pesar de su dinero. Él no tiene estudios, pero es padre de un estudiante universitario y con eso ya

siente compartir el prestigio intelectual.

El hijo es un perdis, simpático, que gasta el dinero sin mirar, que tiene engañada a su familia, toda gente sin estudios, haciéndoles creer que sus cursos en la universidad exigen un gran esfuerzo y muchos años por delante. Está lleno de amigos, que se aprovechan de su generosidad, y lleva una vida alegre y despreocupada.

El animado grupo conversa y Luisito contesta a la pregunta de una de las chicas ¿Qué donde se ha puesto tan moreno? Desde luego, no en un andamio. Piluchi, Santi y él han estado una semana esquiando en Baqueira.

—Qué diferencia, chicos, qué pistas tan bien señalizadas y la nieve de veinte centímetros de espesor, los remontes, rápidos y cómodos, no como en Candanchú, que los remontes son de cuando Carlomagno pasó por allí. La próxima ocasión iremos a Andorra, que creo que tiene unas pistas fabulosas.

—Si vais a Andorra...

Luisito le corta rápidamente.

—Si vamos a Andorra, nada de encarguitos, que tú, Pepita, eres capaz de pedirme que te traiga una cristalería de duralex. Como mucho traeré alguna botella de güisqui y algún cartón de tabaco, y punto

—Como eres —protesta la interpelada con un mohín de disgusto—. No te iba a pedir nada especial, unos discos que por aquí no encuentro, pero da igual, eres un desustanciado.

Luisito, que ha sacado el rasgo paterno de tratar de agradar a todo el mundo, se arrepiente de su brusquedad y ensaya arreglarlo:

—Que no es eso, Pepita, que precisamente la última vez que fui me pillaron todo en la aduana y me pegaron una clavada, que me salió el pan como una torta

La chica le explica que unos discos se meten en cualquier parte y no les interesan a los de aduanas, que buscan, precisamente, güisqui, tabaco y electrodomésticos. Se le acerca, le hace una carantoña y Luisito se derrite, se pliega ante ella, los discos serían algo de The animals, *House of the rising sund*, por ejemplo, o *I can't get no* de los Rolling Stones o algo de The Mamas and the Papas. Anda esta, piensa Luisito, si nos ha salido políglota, políglota e intelectual, ¿dónde ha aprendido inglés?, seguramente hablando con su chacha que es extremeña. ¿No podía contentarse con el Dúo Dinámico? La chica empieza a ponerse demasiado intelectual y pesadita, según la opinión del chico, y Luisito cambia bruscamente de conversación, no le van estas sabidillas, muy modernas y a la hora de la verdad, unas estrechas. La conversación toma otros derroteros, preguntando por algún ausente, y centrándose en organizar el plan del fin de semana.

\* \* \*

Mr. Chapelton adopta un aire serio, están tratando de negocios y eso requiere seriedad, caballero. Ha sustituido el monóculo habitual por unas gafas de présbita, que cabalgan en la punta de su nariz, para redactar un recibo, se limpia la moquita de vez en cuando y deja encima de la mesa la pluma con que escribe para frotarse las manos, mientras puntualiza alguna cosa. Parece un personaje extraído de algún relato de Chesterton, con su rojo batín y su monóculo o sus gafas montadas en la punta de la nariz. Sentado delante de él, una mesa camilla entre ambos, Luisito finge tomar muy en serio sus advertencias.

—Mire, caballero, yo le presto cien mil pesetas a devolver en diez meses. Le aplico un módico dos por ciento de interés, esto es un dos por ciento por cada mes, es lo mínimo que puedo cobrarle, este dinero puedo invertirlo en algo más rentable, y usted me devuelve lo prestado en diez cómodos plazos mensuales con un recargo del dos por ciento mes. O sea, el primer mes me

devolverá diez mil, más dos mil de intereses, el dos por ciento del capital prestado, total, doce mil; el segundo diez mil, más el dos por ciento de intereses por dos meses, catorce mil, el tercero serán dieciséis mil, y así sucesivamente hasta pagar los diez plazos ¿Ha quedado claro?

Luisito no entiende ese galimatías financiero, nunca le han interesado los negocios, ni los papeles, eso es cosa de su padre, tan aburrido y prosaico, para quien lo único importante son los negocios y ganar dinero, cuando hay tantas cosas verdaderamente interesantes en la vida. Necesita el dinero con urgencia y es lo único que cuenta. Dice que sí, que le agradece que le aplique un módico dos por ciento de interés, que puede estar tranquilo, no fallará en la confianza que en él deposita. El infeliz no hace ninguna cuenta y no sabe que por el singular procedimiento que tiene el usurero de calcular los intereses, ese módico dos por ciento mensual se convierte en más del cien por cien de interés anual; en diez meses tendrá que devolver ciento ochenta mil pesetas por las cien mil prestadas.

Mr. Chapelton pone ahora sobre la mesa una pequeña máquina de escribir y rellena un contrato y diez pagarés que tiene ya pre-impresos. Saca de un cajoncito una caja metálica que abre con una llavecita que lleva colgada al cuello y cuenta unos billetes. Mire señor, en estos préstamos se suelen pedir garantías, porque hay caballeros tan poco escrupulosos que se olvidan de que yo les he prestado dinero, pero en este caso, tratándose del hijo de mi buen amigo don Luis, no es necesario, yo sé que usted no se olvidará, porque cada principio de mes le llegará un pagaré de los diez que usted me va a firmar a cambio del dinero que ahora le entrego, y tendrá que abonarlos. O sea que con su sola firma es suficiente ¿le parece bien? Sobre todo no se olvide de que cada primero de mes tiene que abonar un pagaré, porque si se olvidara tendríamos problemas.

El usurero sabe que lo más probable es que el señorito Luisito no le pague, pero su padre, para evitar habladurías, se hará cargo de los pagarés. La recuperación del dinero y el cobro de los sustanciosos intereses está asegurado.

—Cuenta el dinero don Luis, el dinero es para contarlo. —Y ante las protestas del muchacho—: Insisto, cuéntelo delante de mí, he podido equivocarme.

Luisito cuenta con avidez los billetes, tiene prisa por abandonar esa madriguera donde todo es viejo y rancio, el aire parece estancado desde hace décadas, y hay un extraño olor a excrementos de animales, que le causan agobio. Se mete el dinero en el bolsillo tras firmar cuanto papel le pone delante el usurero y sale respirando con alivio el fresco aire de la calle.

Luisito entra decidido en el Golden Club, local que pretende pasar por un club londinense y se queda en un vulgar, a fuerza de pretencioso, establecimiento provinciano. Allí descansan los poderosos de la tierra. De tarde en tarde se dejan ver por el lugar Marcelino o Lapetra, dos de los delanteros que forman con otros tres compañeros “los magníficos”, que tantas tardes de gloria han dado al equipo de fútbol local, unas cuantas copas, del Rey, de Ferias, y hasta una Recopa, han llevado a la ciudad estos ilustres visitantes, que atraen al local a un selecto número de seguidores, los cuales con solo cruzar un saludo con ellos, tienen materia para hablar dos horas seguidas en su tertulia nombrándolos como íntimos amigos. “*Ayer mismo se lo decía a Marcelino en el Golden*”, comentarán ufanos. Divanes de cuero negro acolchado, maderas trabajadas por buenos ebanistas, lámparas y apliques que proporcionan una luz tenue, mobiliario, en fin, de buena factura; suave jazz de fondo, pero no en directo, enlatado, camareros lacayunos que más que hablar, susurran, “me permite sugerirle al señor..”, “nos preguntábamos si el señor estaría cazando venados en su finca, pues no lo veíamos por aquí”, y rituales por el estilo, pero que cuando se quitan el uniforme de smoking y pajarita, se van a la taberna a echarse unos tintos y hablar a voces con sus vecinos.

El muchacho se sienta en un velador, pide un güisqui y espera. Con quien haya quedado aquí se hace esperar. Pide otro güisqui, alguien llega por fin y se saludan estrechándose la mano con cierta tibieza. Se sientan, se acerca el camarero y el recién llegado le pide un chivas con soda.

—Voy a saldar mi deuda —dice Luisito y le entrega un sobre que el otro se

mete en el bolsillo—. ¿No lo cuenta?

—Usted es hombre de palabra, ¿no? No es necesario contarlo, todo estará correcto.

No tienen mucho de qué hablar, por lo que se les ve incómodos. Mientras apuran su consumición, las únicas palabras que se cruzan son las necesarias para que el recién llegado informe de que el viernes se organiza otra timba en el mismo lugar y que será bienvenido.



La niebla que cubre el Tiergarten impide ver más allá de una veintena de metros, el bosque se difumina y pocos son los que pasan por el extenso bosque en esa tarde del invierno berlinés, que empieza a declinar. Dos oficiales de la Wehrmacht caminan a buen paso por uno de los senderos del parque, mientras hablan. Se les nota absortos en su conversación y deambulan al azar. Uno de ellos es el Oberst Henning von Tresckow, de maneras aristocráticas, bien parecido, aunque, a pesar de su juventud, ya muestre una declarada calvicie, que la gorra militar cubre, el otro, su acompañante, es el Generalstab Hans Schröder, oficial de estado mayor, algo mayor y más alto que el coronel, que escucha con atención y respeto las palabras de Von Tresckow, a quien tiene en gran estima, un militar prestigioso, que ya ha probado su valía en la ocupación de Polonia y Francia y es sobrino del mariscal de campo Fedor von Bock.

Von Tresckow le está comunicando a su compañero de armas, con quien ha intimado con ocasión de la invasión de Francia, su preocupación por el cariz que está tomando la guerra para las armas germanas.

—Y no es solo mía la preocupación, sino de muchos altos oficiales. Hitler se ha envalentonado con los rápidos éxitos en Polonia, Bélgica, Holanda y Francia y cree que nuestro poder es ilimitado y nuestra capacidad no conoce fronteras, y eso es muy peligroso. Es cierto que hemos demostrado una capacidad portentosa, que en pocos meses hemos conquistado más de media Europa, pero ahí está la Gran Bretaña, dañando gravemente nuestra flota, sometiéndonos a bloqueo naval, y no somos capaces de doblegarla. En estos momentos nuestros destinos como potencia militar están en manos de un cabo, un cabo además envanecido por sus triunfos, que en el fondo de su ser nos desprecia, desdeña a los militares de carrera a los que nos considera oficiales de manual, carentes de su poderosa intuición y sus innatas dotes de gran

estratega. Sí, querido Hans, innatas, ciencia infusa, porque ya me dirá, mi apreciado compañero, en qué academia ha podido aprender estrategia, creo que era pintor y no muy bueno.

Ante alguna objeción de su interlocutor, el coronel le aclara.

—Estoy de acuerdo con usted en que los éxitos obtenidos en este corto espacio de la guerra desmienten mi opinión, pero hemos de tener en cuenta que hasta ahora las operaciones las han dirigido esos despreciados oficiales de la Whermacht. Este momento es especialmente grave, la corte de lisonjeadores que rodean al Führer le han hecho creer que el éxito es solo suyo, que es un hombre providencial para nuestra patria, lo malo es que hay una parte del ejército que también lo cree. Ahora está dispuesto a dirigir él personalmente a la milicia.

Tras una breve pausa en la que su acompañante le comenta que la tarde está decayendo y conviene abreviar, continúa:

—Mi preocupación viene desde que en una reciente audiencia en Posen a un grupo de oficiales de alto rango, entre los que me encontraba yo, nos comunicó su intención de atacar a la Unión Soviética, atacarla y devastarla, en una guerra de aniquilación. Eso es lo que nos inquieta, porque una cosa es invadir los pequeños países de Bélgica y Holanda, o luchar contra el ineficaz ejército francés, y otra internarnos por las inmensidades de Rusia. Hasta ahora nuestros triunfos los debemos a nuestra capacidad para realizar una guerra relámpago, a la disciplina de nuestras tropas capaces de una movilidad que deja sorprendidos a nuestros enemigos. Pero esa movilidad de poco nos servirá en las inmensidades de la estepa rusa, además, algo que conoce cualquier oficial recién salido de la academia, a medida que las operaciones se alejan de las bases de aprovisionamiento, la intendencia se convierte en una terrible soga que cuelga de tu cuello y que cada vez te pesa más. Atacando a Rusia, nuestras tropas tendrán que alejarse miles y miles de kilómetros y cada vez las líneas de suministro serán más débiles y vulnerables. Qué le voy a contar a usted, es el error de Napoleón, y eso que sus tropas estaban habituadas a vivir sobre el terreno, y sus caballos comían forraje, no petróleo,

como nuestros tanques.

Hans no tuvo más remedio que dar la razón a su interlocutor, si Alemania se decidía a combatir a Rusia, eso no iba a ser ningún desfile militar. Aunque la operación se comenzara al principio del verano, en primavera es impensable, gran parte de la estepa es un barrizal, por mucho que se avanzara nos sorprendería el invierno y las cosas se pondrían muy complicadas. De Berlín a Moscú hay mil ochocientos kilómetros en línea recta, no le digo más. Nos vencería, como a Napoleón, ese general tan poderoso que tienen los rusos, el General Invierno.

Von Tresckow le comunica al fin el objeto de tan singular paseo: estaba formando una red de oficiales dispuestos a deponer a Hitler en el caso de que se atreviera a declarar la guerra a Rusia, porque eso podía ser la tumba de la nación alemana y dar al traste con todo lo logrado hasta el momento. No obstante, no debía de intranquilizarse, porque la mayoría de los generales pensaban como él y disuadirían al Führer de tan descabellada idea. Llegando a este punto, ambos oficiales se dieron un abrazo, se juraron secreto, se desearon buena suerte y cada uno tomó un sendero distinto para salir del parque.





## 6

El comisario González miró con fastidio por la ventana de su despacho. Fuera debía soplar un viento del demonio. Siempre ese molesto viento, el perenne cierzo que sopla sobre esta ciudad. Su profesor de griego, que parecía habitar siempre en el Olimpo, le tenía dicho que el nombre “cierzo” venía del viento céfiro de los clásicos, que Boscán y Garcilaso cantaron sus dulces caricias. Desde luego, ni Boscán, ni Garcilaso, se molestaron en venir nunca por aquí, piensa el comisario, de otro modo habrían cantado a cualquier otro viento o habrían compuesto una oda al huracán, o se habrían callado. Tener que salir de la comisaría con este perro día. ¡Manolito, venga que nos vamos! Y continuó rezongando para él durante un largo rato.

—A tus órdenes, comisario. ¿A dónde vamos?

El viejo comisario se dirigió hacia el joven inspector dulcificando su siempre adusto gesto para decirle: Vamos, vamos, Manolito. No seas siempre tan formal, cuando haya extraños, bien que utilices lo de “a sus órdenes señor comisario”, y que yo te llame señor Buendía o inspector, pero entre nosotros, como siempre, yo González o Andrés y tú Manolito. “Está bien, González” contestó el joven con una sonrisa, “es que no me sale, y abríguese bien que hace un frío del carajo”.

Por aquel dédalo de callejuelas donde se asentaba el viejo barrio, un barrio obrero levantado con las ideas de Belmás, que la especulación urbanística estaba transformando rápidamente, sustituyendo las “parcelas” de planta y piso por horribas edificaciones de apartamentos baratos, el viento se colaba por todas las esquinas, levantando remolinos de hojas secas, papeles y polvo. El comisario González con su irremediable temor al catarro, caminaba encogido dentro de su gabán, tocado por su inseparable boina, una bufanda le

cubría la boca hasta los ojos. Rezongaba dicterios contra el cierzo. Seguido por el Inspector Buendía, de paso ágil y flexible, los dos formaban una curiosa pareja.

Empujó la puertecilla de la empalizada que limitaba el pequeño y descuidado espacio delante de la fachada y él y su ayudante entraron en la casa. Un guardia les saludó circunspecto y les puso al corriente del caso: un asesinato, había que descartar por lo evidente cualquier otra causa de la muerte del habitante de la casa. Habían avisado los vecinos por los aullidos de un perro de la víctima. No, no habían tocado nada, se limitaban a realizar su guardia e impedir que los curiosos entraran en la casa. El comisario González con aire aburrido y mecánico dio las órdenes acostumbradas, que nadie entre aquí sin mi permiso, señor inspector haga una inspección rápida de la casa e infórmeme, ya sabe, lo de siempre, si hay señales de violencia, cajones y armarios revueltos, cuidadito con todos los sitios donde puede haber huellas. Después, que se llame al Juez y al forense para que levanten el cadáver. La policía científica que tome huellas y muestras. En fin, ya sabe, a chequear el formulario.

El comisario se dirigió al dormitorio donde le aseguraron que estaba el cadáver y quedó algo sorprendido. A él ya no le impresionaban los cadáveres y las víctimas, eran muchos los años de oficio, pero este caso ofrecía algún aspecto extraño, lo intuía, quizá por lo teatral de la escena del crimen, quizá la profusión de rojos, desde los granates de las cortinas al encarnado rojizo de la luz que proyectaba la lámpara de la mesilla. Sobre un lecho revuelto y atado de pies y manos a la cabecera y los pies de la cama, yacía un cadáver de una persona de bastante edad, carnes fofas, grueso, pero no obeso, con señales de golpes, moratones y pequeñas laceraciones, en posición decúbito prono y, llamando mucho la atención, una escobilla de las que se utilizan para limpiar el inodoro clavada en el ano de la víctima.

—Ahora que lo hemos movido un poco, un hilillo de sangre se escurre de alguna parte del tórax.

—O sea que no hay señales de que se haya rebuscado por las ropas y

enseres de la vivienda, no se aprecia, de momento, quebranto de ventanas o boquetes en la pared, todo parece estar en orden, solo el macabro espectáculo del dormitorio. Mire si hay alguna documentación identificativa de la víctima, cójala y vamos a ver si podemos tomar un café por ahí y me quito este maldito frío de encima, mientras viene el Juez y ordena el levantamiento.

Volvió a abrigarse como si fuera a cruzar el Polo y dirigiéndose al guardia, que se cuadra mecánicamente, “lo dicho, no deje entrar a nadie, salvo el juez, el forense y los de la científica. Cuando lleguen esos entrometidos periodistas de El Caso, los manda a freír espárragos. Estaremos en ese bar que se ve más abajo”.



En el macizo de Vercors, una zona serrana de intrincada geografía cercana a los Alpes, se encontraba el grueso de la resistencia francesa frente a la invasión alemana. El macizo, situado en un desolado altiplano y de difícil acceso, es una verdadera fortaleza natural. Por una carreterita de vértigo, una vez coronado e internarnos en el bosque se llega a una pequeña granja camuflada entre el arbolado donde uno de los mandos del maquis se halla reunido.

El comandante del grupo anuncia al resto de *maquisards* la oportunidad de dar un buen golpe de mano. Le ha llegado una precisa información del desplazamiento desde Vichy hasta Lyon de un Generalstab de la Wehrmacht, que debía producirse dentro de pocos días. El desplazamiento se produciría en coche y el oficial alemán viajaría con la sola compañía de su chofer y un escolta. El atentado sería rápido y elevaría la moral de los compañeros por haber puesto fuera de combate a un alto oficial alemán, demostrando el dominio que el maquis tenía sobre la región. El asalto se realizaría con bombas de mano contra el automóvil en las cercanías de Lyon, a la altura de Sant Cyr au Mont d'Or, donde hay un bosque que serviría de escondite de la partida y de refugio posterior, facilitando la huida por caminos locales hasta Vercors.

Los partisanos muestran la tensión en su rostro, el golpe había de llevarse a cabo muy cerca de Lyon, muy vigilada por la Wehrmacht. Todo el macizo y el altiplano donde se asienta Vercors era zona controlada por la guerrilla, pero lo que se extiende más allá está fuera de su alcance, nunca se habían aventurado tan lejos, y solo cabía confiar en la rapidez del golpe y su repliegue a zona segura. Uno de los españoles republicanos integrantes del estado mayor del grupo aseguraba que podían desplazarse al objetivo y replegarse a zona segura

con rapidez, se contaba con una buena red de informantes y simpatizantes en toda la región, y al fin y al cabo gran parte del trayecto era zona controlada por el ejército italiano, que no ofrecía muchas garantías de eficacia.

Los españoles, supervivientes de una larga guerra en su patria, tenían fama de expertos y arrojados guerrilleros, rara vez fallaban y si él opinaba que podía realizarse con éxito, no cabía duda de que era así, pero la dificultad que él planteaba era otra: hasta qué punto era fiable la información. Acostumbrado a traiciones e infiltraciones durante su larga epopeya militar, primero en la cruenta guerra española, y como guerrillero, después, en Francia, recelaba de todo. Esa información podría ser una trampa: se les hacía salir de su madriguera, donde eran inexpugnables, para cazarlos a campo abierto. El Jefe del comando aseguraba que la fuente era totalmente confiable, que desde el mismo origen les había llegado en otras ocasiones informaciones que resultaron siempre ser exactas.

El desplazamiento del oficial se produciría el lunes por la tarde, de modo que cuando fuera a llegar a Lyon ya habría anochecido y esa circunstancia facilitaba la acción y también el repliegue, pues el comando volvería a la posición de Vercors de noche por caminos locales muy bien conocidos por ellos. Que la única dificultad estaba en organizar bien la acción y ser precisos y no fallar. El español insiste sobre la condición del informante; vuelve a repetir el comandante que era alguien muy afín a un coronel de la ABWHER, el servicio de inteligencia del ejército nazi, que siempre obtenía informaciones de primera mano y había sido puesto a prueba anteriormente con resultado positivo. En un aparte, en voz baja, le confió el nombre del espía de la resistencia para tranquilizarlo, era otro republicano español.

A la triste luz de acetileno se desplegaron mapas, se marcaban los senderos, se medían las distancias y se calculaban los tiempos, la partida sería de tres o cuatro *maquisards*, conocedores de la región. Se indicaron los lugares donde podían pedir ayuda en caso de necesidad, el maquis tenía una buena red de simpatizantes en la región de Lyon. Se trazó el plan, se designaron los hombres integrantes del comando. Como maniobra de distracción, otro grupo lanzaría algunas granadas en los arrabales de Lyon, un

lugar en las afueras para salir con facilidad de la ciudad, con objeto de que el enemigo pensara que los guerrilleros se habían refugiado en la urbe, atraer hacia ellos la atención y así facilitar la huida de sus compañeros. Montar todo el operativo les llevó toda la noche, ya alboreaba el día cuando el grupo, tras beber unos sorbos de aguardiente como único desayuno, se dispersó por el bosque, tomando distintas direcciones. Hacía un frío que se internaba hasta los huesos, los hombres marcharon rápidos.



Acurrucado cerca de la estufa eléctrica de su despacho el comisario escucha, con la mirada perdida en un punto de fuga más allá del pequeño cuarto de trabajo, el informe preliminar de su ayudante. Que la víctima es, a falta de identificación por familiares o conocidos íntimos, pero con escaso margen de error, tal como reza en su cédula de identidad, que encontró en la casa, Pascual Vázquez Barber, natural de Barcelona, hijo de Pascual Vázquez Ibáñez y Monserrat Barber Vallbona, de profesión, empresario teatral. De una somera información obtenida de los vecinos del barrio resulta que estaba retirado de su profesión, domador de pulgas, decían, vivía solo y, al parecer, había pasado gran parte de su vida por el extranjero o de viaje por España con su circo de pulgas, lo que parecía natural dada su profesión artística, de modo que no se le conocen parientes próximos. Sobre los años sesenta había llegado al barrio, pero no se le veía mucho, hacía sus compras por allí y nada más, no era muy comunicativo. Era visitado por varios individuos, sin que se pudiera precisar el motivo de estas visitas, decían que para alimentar a sus pulgas, pero la maledicencia asegura que sus visitantes son jóvenes varones sin profesión u oficio conocido o con trabajos eventuales e inclinaciones sexuales anómalas.

En mi opinión, afirma con gran seriedad profesional el inspector Buendía, nos encontramos ante un crimen pasional. La forma de matar a la víctima, a golpes, atado a una cama, el detalle del plumero empalado en su ano, la saña con que se produce el asesinato, fruto de un odio que solo la pasión puede producir; las extrañas visitas de jóvenes muchachos de vida poco convencional, que no haya quebranto de puertas ni ventanas, lo que demuestra que al o a los asesinos les fue franqueada la entrada por el propio difunto; ¿y el perro?, sin duda le administraron un narcótico, pero no ladró cuando entraron en la casa, fue a la madrugada, cuando despertase, sin duda, y viera a

su amo muerto cuando sus lamentos alarmaron al vecindario; la ausencia de indicios de robo... O sea, todos los detalles apuntan a que pueda ser un crimen cometido por alguien conocido del difunto, y seguramente fruto de un odio pasional, entre homosexuales, si me permite decirlo.

El comisario parece llegar de un viaje desde una profunda introspección para aflorar a la superficie de la realidad y felicita a su ayudante por la exacta descripción de las circunstancias. Muy bien, si hubieras dado detalles sobre la escena del crimen, los cortinajes y muebles tapizados en colores burdeos, la lámpara de luz roja, la angustia que produce el ambiente de la habitación donde parece que se ha cometido el crimen, todavía se tendría de una manera más contundente la sensación de un asesinato por motivos sexuales, celos, pasión desenfrenada, enajenación amorosa, venganza por alguna infidelidad.... Lástima que en la vida real casi nada es lo que parece, eso queda para la ficción, para las películas policíacas a las que tú, Manolito, eres tan aficionado, esas que, a la postre, han de hacer taquilla y las emociones son las que venden, pero la realidad es muy prosaica, no precisa vender nada, ni convencer a nadie, o sea, que va a su aire y hace lo que le apetece. ¿No te parece que todo es demasiado evidente?

El inspector Buendía muestra su admiración por la perspicacia de su jefe, a quien, sin duda, admira. Sí, es muy evidente, pero, a veces las cosas son así de simples, son lo que parecen y parecen lo que son, sin más retórica.

—Aún hay algo más, querido Manolito. ¿No te sorprende que nos haya caído un crimen? Hartos de tramitar denuncias por insultos y faltas entre vecinos, reyertas de taberna, pequeños robos, tirones de bolsos, escalas de viviendas por ladronzuelos de poca monta, de pronto nos cae un asesinato, y, además, con pintas de solución fácil y felicitación posterior por nuestra sagacidad. No, querido Manolito, las cosas en la casa no funcionan así, tú debieras saberlo. Este asunto debería ser para la BIC, como es normal, sin embargo las órdenes son claras, que investiguemos el caso, o sea que a obedecer. Esto es un marrón, seguro, un marrón que nos ha caído y ya podemos ir con cuidado.

El inspector Buendía todavía abre más los ojos ante la sagacidad de su viejo compañero, que meneando la cabeza y con aire tristón prosigue con su discurso, bajando mucho la voz y hablando de modo confidencial. Esto que te voy a decir, en confianza, deberías de haberlo intuido por tu cuenta, pero tú eres demasiado profesional y honesto para adivinarlo. ¿No te das cuenta de que entre los pocos profesionales que por aquí andamos estamos tú y yo? Yo soy de la vieja escuela, ingresé mediante oposición, bastante reñida, por cierto, en el cuerpo de policía durante la República. Suerte que tuve de caer en la zona que se sumó al alzamiento del ejército en los primeros días del golpe militar, que si no, andaría exilado o barriendo las calles para ganarme la vida, porque de haber caído en la otra zona, seguramente habría sido depurado al terminar la guerra, como les ha ocurrido a bastantes de mis compañeros de oposición. Como durante la contienda me limité a actuar como guardián del orden, nada pudo reprochárseme, y he continuado mi carrera sin especiales problemas, eso sí, ascendiendo por riguroso turno de escalafón, ninguna preferencia, ningún atajo, a golpe de reglamento. Tú eres de las jóvenes generaciones donde funcionan otra vez las oposiciones para la entrada en el cuerpo, y con mejor preparación, no cabe duda, donde la ideología ya se supone, si no hay ningún indicio en contra, con carecer de antecedentes y jurar los principios del Movimiento ya es suficiente, se te supone afecto. Pero mira a tu alrededor ¿Quiénes ocupan los cargos de relevancia, Jefe Superior incluido? Gentes afectas, que han entrado sin oposición alguna. Desde la Falange o el Movimiento a la jefatura de servicio directamente, sin engorrosas oposiciones, sin escalar penosamente por el escalafón, así, de buenas a primeras, tan lindamente. Nosotros los ponemos en evidencia, somos la constante denuncia de su procedencia espuria, de su falta de conocimientos y de profesión, por tanto su éxito está en nuestro fracaso.

Dando por terminada la entrevista:

—Esperemos a ver el informe del forense y lo que nos dicen los de la científica. Mientras tanto cita a declarar a algunos de esos amigos que dicen que frecuentaban la casa, si es que están identificados. Además, consulta la ficha de la víctima y si tenemos algún informe de sus actividades, sobre todo revisa ese montón de carpetas que hice traer de la casa, parecían papeles

comerciales, letras y todo eso, que seguramente nos darán alguna pista sobre a lo que realmente se dedicaba el pájaro.

Dicho todo esto, sin molestarse en despedir a su ayudante, el comisario volvió a concentrarse en sus meditaciones, a su esfuerzo por ahuyentar su habitual frío, acercando las manos a la estufa, ¡Maldito frío! Cuando no sopla el viento, la niebla se apodera de la ciudad, como hoy, la envuelve en su algodón húmedo y todo cobra un sentido atemporal, como si la población entera se sumergiera en un pesado sueño. La lechosa luz que entra por la ventana se funde con la metálica de los dos fluorescentes que intentan iluminar el pequeño despacho, uno de ellos, además, parpadea, y es lo único que evidencia el paso del tiempo, su molesto clic-clac es como el escape de áncora de un viejo reloj. La pequeña vida refugiada como un pequeño animalito frágil, en el despacho de la comisaría es regida ahora por un tubo fluorescente averiado. El comisario González entorna los párpados, estará pensando sobre las circunstancias del caso que tiene entre manos y el camino a emprender más adecuado para resolverlo, o, quizá, la conversación con su subordinado le haya removido las heces de los recuerdos. El día en que le entregaron el flamante despacho de policía en Madrid, tras haber superado las pruebas de la oposición y los cursos de acceso. El día más feliz de su vida. Y no pudo compartirlo con sus padres y hermanos, no había dinero para costearles el viaje y la estancia a la capital de España, ni siquiera el billete de autobús y la habitación de una modesta pensión. Los trabajos en su pueblo durante las vacaciones del curso escolar, en el campo, junto a su padre y hermanos, para juntar entre todos el magro jornal que le permitiría a duras penas costearse el curso de bachiller ese año en la capital de la provincia. El empeñamiento de su viejo maestro en el pueblo, empeñado en que el chico estudiara, por los menos el bachiller. Que termine el bachiller, decía, el chico es un estudiante brillante, tiene una memoria prodigiosa, puede estudiar la carrera que quiera, yo removeré el Ministerio, si es preciso, para que se le conceda una beca. Sí, señor maestro, no hace falta que nos diga lo que vale el chico, si hubiera nacido en una familia rica, pero ya ve, apenas nos llega para vivir, aunque tenga una beca, la pensión, los libros, y un jornal menos... cómo hacer frente a todo esto. Pero el chico estudió, sacó brillantes notas curso tras curso, renovando su beca. Las primeras oposiciones, una vez graduado, que se

convocaron eran para policía, no podía perder más el tiempo, bastante había explotado a sus padres y hermanos, había que llevar un jornal. Las oposiciones las sacó a la primera. Fue el primero de su familia que iba a trabajar todos los días con traje y corbata. Y su familia no pudo asistir el día de la entrega de despachos...

## 9

A los catorce años su padre lo puso a trabajar de aprendiz en un taller de mecánica del automóvil, eso al menos rezaba pomposamente en el rótulo pintado a la entrada de la cochambrosa cochera donde se encontraba. Así aprenderás un buen oficio y podrás vivir bien, como tu primo el de las motos, le dijo su padre. Ser aprendiz en aquellos tiempos comportaba aguantar todos los malos humores del resto de los operarios, las broncas del encargado y las bromas pesadas de cualquiera de la concurrencia.

—Tú, chico, vete a por tabaco ¿Aún estás aquí? ya tenías que estar de vuelta.

—Es que no me ha dado dinero.

—Lo que te voy a dar es un capón

Y el chico sale corriendo con un pescozón y cinco pesetas para una cajetilla de ideales.

—Chaval, tráeme cuatro tornillos de 1/8 —los trae—. Estos, no. Han de ser de rosca whitworth —dice *güigor*, claro—. ¿No te lo he dicho? cuatro tornillos rosca *güigor* de 1/8. Si naces más tonto, naces botijo.

—Me ha dicho solo cuatro tornillos, no de qué rosca.

El chaval no era tonto, al contrario. Muy listo, y pronto aprendió los entresijos del motor de cuatro tiempos, la hidráulica del sistema de frenos y todo lo que hubiera que saber de la caja de cambios. También aprendió a reutilizar bujías, previo limado de los bornes, y de otras piezas de desecho. El jefe notó que desde hacía algún tiempo faltaban cosas y un día, a la salida, le encontró unas piezas en el bolsillo, de modo que lo puso de patitas en la calle.

No te denuncio por tu padre, que se moriría del disgusto, pero por aquí no vuelvas más.

El muchacho fue dando tumbos desde entonces, pequeños robos al descuido o al tirón, trapicheos con piezas robadas de repuesto del automóvil. Cumplida su mayoría de edad, dio con su cuerpo en la cárcel. Allí fue sodomizado. A su salida, cumplida una breve condena, alquiló su cuerpo para sacarse unos dineros con algunos clientes seleccionados, a la vez que echaba una mano en el taller de motos, cuando a su primo el trabajo le superaba. Su ilusión era tener un día un taller propio, pues la mecánica le gustaba.

El comisario González miraba por la ventana de su despacho distraído mientras su ayudante, el inspector Buendía interrogaba al muchacho. Hoy tocaba niebla. Otra vez la triste luz lechosa que penetra por la ventana es reforzada, levemente, por la blanca y metálica de los fluorescentes. El sempiterno clic-clac del tubo estropeado, marca como un metrónomo el lento ritmo de las preguntas y las contestaciones desgastadas del muchacho. La mañana avanza con el movimiento zigzagueante y silencioso de un reptil.

El comisario parecía abstraído en ese mundo de recuerdos y nostalgias en el que a menudo se sumergía, pero de pronto se vuelve y con voz reposada, dirigiéndose al detenido.

—Mire, muchacho, parece que no entiende su situación. Usted está involucrado en un asesinato. No tenemos pruebas de que usted haya sido el asesino, desde luego, ni siquiera de que haya colaborado en el crimen, pero está metido en esto hasta el cuello. Ahora sí, de lo que tenemos pruebas suficientes es que usted es un mercachifle del sexo, un maricón puto, para que nos entendamos, y con eso tenemos bastante para meterle encima quilos y quilos de mierda, de forma que tendrá que bracear mucho para emerger y salir otra vez a la superficie. Con aplicarle la Ley de Vagos y Maleantes, es suficiente para que pase una buena temporada en la trena. ¿Verdad que ahora sí que lo comprende? Pues vayamos al grano, usted colabora diciéndonos todo lo que sabe, tanto de la víctima, como del caso, y nosotros no sabemos nada de sus oficios y trabajos, que todos tenemos que ganarnos la vida. Es un buen

pacto. Todos salimos ganando, nosotros no perdemos el tiempo como hasta ahora, que parece que estemos en la barra del bar tomándonos unas cañas entre amiguetes, y no es la compañía que yo escogería para eso, y, seguramente, usted tampoco, y usted continúa con sus actividades silbando por la rue. O sea que a cantar, con ritmo y buen tono. Terminemos de una puñetera vez.

El comisario volvió con calma a su posición de contemplador de nubes, pero el muchacho pareció salir de su abulia y comenzó a hablar. Sí, hacía algún tiempo que conocía al tal Mr. Chapelton y no sabía si ese era su verdadero nombre o no, ni tampoco le importaba; sospechaba que no, porque tenía tanta pinta de inglés como él de fraile. Lo requería con frecuencia, una vez por semana, y él acudía, aunque a veces se espaciaban las visitas pasando varias semanas entre una y otra. Siempre para prestar sus servicios sexuales, nada de particular, los servicios normales, nada de aberraciones que él tampoco habría consentido. Sí, el místico en cuestión tenía encuentros con otros chicos, imaginaba que para lo mismo. No había en sus encuentros ninguna muestra de afecto, ninguna confianza, nada, desahogar la necesidad y ¡hala! Sí, conozco a alguno de los chicos que iban por esa casa, no tengo inconveniente en decir sus nombres, aunque de algunos solo conozco el mote. Ahora bien, la víctima trataba por todos los medios de propalar la idea de que los jóvenes iban a su casa a alimentar las pulgas de su espectáculo. Sí, a veces le invitaba a que presenciara una representación de sus “artistas” —pronunciado esto con retintín— porque aseguraba que si no actuaban se entristecían y les entraba una especie de morriña. Que ni por el pago ni por el trato recibido tenía ninguna queja de su cliente, en el pago era largo y su trato con él, totalmente correcto. Sí, también le propuso, mediante un generoso precio, que dejara que sus pulgas se alimentaran en mi brazo, a lo cual me opuse enérgicamente. Por nada del mundo dejaría que aquellos asquerosos bichos chuparan mi sangre.

—Una última pregunta ¿qué hizo el día de autos de cinco a ocho de la tarde?

—Uno se busca la vida como puede, pero no me queda otra que trabajar.

Estuve toda la tarde en el taller de motos de mi primo y luego me fui al bar El Pirulo a tomar unas cañitas con mis colegas.

—Deje las direcciones de ambos establecimientos. Espere a que se termine de redactar la declaración.

Que si he terminado ¿tengo permiso para irme?, que tengo muchas cosas por hacer, Sí, estaré localizable y a la disposición de la comisaria. Que tengan un buen día.

¡Alto! exclamó el comisario, tiene que firmar la declaración. Como ve, somos gente seria, hemos eludido de su confesión cualquier mención a su actividad de servicios especiales, llamémosla así. Si ha dicho la verdad y toda la verdad, que comprobaremos, no tiene de que preocuparse, pero en otro caso... usted ya me entiende, todos nos entendemos ¿verdad?. Cierre la puerta al salir.

Con su habitual parsimonia el comisario explica al inspector que espera que esté de acuerdo con no haber hecho mención en la declaración del chico a su homosexualidad. Estaba convencido de que había dicho la verdad y nada tenía que ver con el asesinato. Nada aportaba al caso el dejar constancia en la diligencia de esa cuestión. Siempre podría haber un juez que se sintiera obligado, por constar en diligencias policiales, a aplicar esa injusta ley de vagos. Una ley que por el simple hecho de que alguien fuera homosexual, sin haber cometido delito alguno, se viera impelido a un internamiento por años, como medida previsor. Esa ley quebranta el principio elemental del derecho penal, ninguna pena sin previo delito. Él no iba a cambiar el mundo, ni el sistema legal español, pero no tenía ninguna obligación de colaborar en la aplicación de leyes legales, sí, por haberse promulgado por la autoridad, pero injustas a todas luces. Su conciencia se lo impedía. En fin, si no estaba de acuerdo con lo hecho, tampoco le importaba mucho, asumía cualquier responsabilidad.

Cómo no iba a estar de acuerdo con su jefe, una de las personas con más discernimiento de las que había conocido. Su razonamiento jurídico era

impecable, esa ley era una aberración que quebrantaba las más elementales normas de la razón, pero, además, admiraba la entereza moral del comisario, que le obligaba a desafiar los procedimientos para ser congruente con sus ideas.

Mis relaciones con Mr. Chapelton eran puramente comerciales, yo regento una imprenta ¿saben? y ese es el motivo de mis visitas a su casa. Había escrito un libro y quería editarlo, nos encargó a nosotros los trabajos de edición. Sí, nuestra imprenta es muy conocida por los excelentes trabajos que realizamos, trabajamos para varias editoriales, también para organismos oficiales, tenemos los mejores talleres de offset. Aquí tienen ustedes una tarjeta, por si precisan de nuestros servicios. La mejor calidad y al mejor precio, es nuestro lema. ¡Ah! Que no les interesa, bueno eso nunca se sabe, también hacemos recordatorios de difuntos, de primera comunión, invitaciones de boda... Bueno, bueno, no se ponga así, me ceñiré al asunto, pero que conste que somos los mejores de la ciudad. Pues como les iba diciendo, atraído por nuestra fama, sin duda, nos encargó la edición de su libro, mejor dicho, su impresión, pues lo editaba él mismo. No, no lo he leído, si tuviera que leer todas la obras que nos encargan, no haría otra cosa. ¿El tema...? Espere, tengo aquí la hoja de pedido. “Manual del adiestrador de pulgas”, en rústica, en cuarto; gramaje del papel 95; grosor, papel offset; mano, 1,10; tipo, Bodoni; nº de ejemplares, 3.000. Lo que más preguntan los profanos es qué es la mano. Pues bien, la mano del papel es su volumen, y se mide en  $\text{cm}^3/\text{g}$ . de modo que un papel tiene “más mano” o “menos mano” que otro para indicar que al tacto da mayor o menor sensación de volumen. Como ven, una edición en rústica pero de calidad y una tirada normal para una obra que se espera vaya a tener buena aceptación. Por lo visto, creía que sería de buena venta; allá él, nosotros imprimimos los libros, los entregamos, cobramos y a *otra cosa rosa*. Hago lo que me han pedido: que les de todos los detalles posibles, yo qué sé si les interesa o no las especificaciones de la edición, son los detalles, tendrán importancia, digo yo, para una investigación policial cualquier detalle es importante, por lo menos en las películas.... Bien, bien, me ceñiré a sus preguntas. Resulta que nuestro cliente nos dijo que salía poco de casa y nos rogó que le lleváramos las galeradas para corregirlas, tratamos de atender a todas las necesidades de nuestros clientes, ese es el motivo por el que visité

su vivienda en varias ocasiones, yo le llevaba las galeradas recién tiradas para que las revisase y recogía las corregidas. No, casi nunca encontré a nadie acompañando al señor, se veía que llevaba una vida muy retirada. Sí, en un par de ocasiones coincidí con un señor joven, bien trajeado y de aspecto cultivado; no crucé ni una palabra con él, ni tan solo fui presentado, o sea que no tengo ni idea de quién pudiera ser. Entregue mi trabajo y me fui. El día del asesinato estuve toda la tarde en la imprenta. ¿Quieren saber algo más? No, pues si hemos terminado continuaré con mis ocupaciones. Que tengan un buen día.

—¡Qué pelma! Yo pensé que no se iba si no le encargábamos cualquier trabajo de imprenta.

—Guárdate la tarjeta Manolito, cuando haga la primera comunión tu chica, te hará un buen precio por los recordatorios, y ya sabes qué es la mano del papel, ya no eres un ignorante. Siempre va bien tener buena mano.

Aparte de todo eso, era la hora del cafelito, ese derecho inalienable del funcionario, aunque no figure en ningún reglamento, del descanso del café a media mañana. El momento de charrar un rato con los compañeros, de hacer bromas, de actualizar la información sobre el desarrollo de la liga de fútbol. Después seguirían con los interrogatorios.

\*\*\*

Que me llamaran a la comisaria a declarar era algo totalmente esperado. La entrevista transcurrió de una manera distendida. Sí, ese es mi nombre y soy empleado de un hospital, como consta en sus notas. Sí, conocía a la víctima. No, no puede decirse que fuera amigo, dejémoslo en conocido, ni siquiera conozco el verdadero nombre de la víctima, siempre se refirió a él como Mr. Chapelton. Sí, estuve varias veces en su domicilio, era invitado a menudo. En

esos encuentros nos limitábamos a charlar y, sobre todo, a presenciar el espectáculo del teatro de pulgas que manejaba. Parecía disfrutar mostrando las habilidades de las que él llamaba sus artistas. Lo conocí casualmente en una charla de bar y me invitó a visitarlo. No, nada tiene de extraño que yo aceptara la invitación y se creara entre nosotros una corriente de amistad. Mi actividad alimenticia, esto es, de lo que como, es de psicólogo, pero mi verdadera vocación es la literatura, como empleado público tengo muchas tardes para escribir y muchas mañanas para pensar (creí notar que esta precisión molestaba algo al joven y probo funcionario de la policía), soy un novelista diletante, con una novela publicada y otras dos que están recorriendo las mesas de las editoriales al encuentro de alguien dispuesto a publicarlas; pues bien, para mis novelas necesito personajes, situaciones, y un domador de pulgas, que aseguraba haber actuado en las principales capitales de Europa. Convendrán conmigo, que es una materia prima muy succulenta para un escritor, de modo que no solo acepté encantado contemplar su espectáculo, bastante aburrido, por cierto, sino que traté que se consolidara, al menos por un tiempo, nuestra relación. ¿Qué género de novelas escribo? No se rían, policíacas. No, no tengo experiencia policial alguna, pero solamente verlos a ustedes, el ambiente de esta comisaría, les aseguro que si me ciñera a la realidad, esa actividad administrativa, funcionarial, rutinaria, no vendería ni un ejemplar; a los lectores no les interesa la realidad, el método, el formulario, sino la emoción, lo inesperado, lo insólito, y para eso está la imaginación. Ya les he dicho que mis veladas con el fallecido transcurrían entre charlas, a mí lo que me interesaba de ese individuo es que me relatara aspectos de su vida, anécdotas, algo interesante que trasladar a los folios. No, ninguna alusión a relaciones sexuales, les aseguro que no hubo nunca ni la mínima referencia a esa cuestión. Sí, en el barrio se rumoreaba el que la víctima recibía bastantes visitas de hombres jóvenes, y, algunos, conocidos por su mala reputación. Casi seguro que era homosexual, pero no puedo afirmarlo. Conmigo, como les digo, jamás intentó ningún acercamiento en ese aspecto. Tengan en cuenta, que los individuos como la víctima, lo digo por mi experiencia como psicólogo y escritor, suelen ser muy introvertidos, incapaces de desarrollar una estrategia de seducción, prefieren pagar para satisfacer sus necesidades, sin crear ningún vínculo de afecto. Una actividad lo más anónima posible. No sé con cuánta gente podría tener relación, nunca había nadie, aparte de él, en su vivienda y no conozco sus actividades habituales. Ahora recuerdo, una vez, al acudir a su

casa, lo encontré charlando con otro individuo y cuando me vieron pareció que les molestaba mi presencia, recogieron rápidamente unos documentos y el anciano despidió a su visita con premura y mostrando cierto nerviosismo.

Por, último, la pregunta era imprescindible: ¿dónde y qué hacía yo la tarde de autos?, pues de guardia en el hospital, ese día me tocaba guardia, podían comprobarlo.

Al joven inspector pareció interesarle mi actividad como escritor y me formuló, fuera del interrogatorio, varias preguntas sobre el método para escribir una novela y, sobre todo, como conseguir su edición: si pensaba que era más útil dirigirse a una editorial, o más seguro contratar los servicios de un agente literario. ¿Y los concursos, que pensaba sobre los concursos literarios? Le contesté con franqueza lo que pienso. Hay que estar en el momento adecuado en el lugar oportuno, si no, ya puedes haber creado la obra maestra de la época, que dormirá en un cajón hasta que se den aquellas circunstancias. Hay que tener en cuenta, además, que obras maestras se dan pocas en un siglo. Le cité el caso de *El tercer policía* de O'Brien, una de las mejores novelas del género, que el propio autor retiró por mala, y tantos otros casos. Cuando logras que un editor lea tu novela, o le eche un vistazo, te dice que el tema no le interesa al público, que por qué no escribes, ya que parece que tienes buen estilo, una novela histórica, algo ambientado en la batalla de Lepanto, por ejemplo, que se vendería bien. Si vas a través de un agente literario, entonces los obstáculos a salvar son dobles, primero conseguir que un agente te haga caso y le eche un ojo a tu manuscrito, luego que crea que puede conseguir que se venda y cobrar unas comisiones que le compensen del esfuerzo y el tiempo empleado en tu obra, luego ese agente ha de disuadir a un editor para que se interese por ella, que crea que los lectores la van a comprar y leer. Los premios literarios son otra cosa, tienes que crear algo sobre lo que los críticos, que suelen formar el jurado, puedan mostrar su erudición y sagacidad, que puedan pontificar sobre lo que has escrito, qué se esconde detrás de tus palabras y por qué lo has hecho, aunque tú, pobrecito autor, ni lo sospechases.

—¿Ha dicho en serio que la vida real de los policías no le interesaba como

escritor del género policiaco?

—Desde luego, ya me dirá. ¿Cómo transcribir en una novela la intrascendente declaración mía de esta mañana, por ejemplo? Hay que apiadarse del pobre lector.

El joven tenía tentaciones de escribir, no cabía duda, y yo me ofrecí para ayudarle en lo que supiera y pudiera.



Su mujer estaba trasteando en la cocina. Manuel entró a saludarla y se besaron. ¿Qué tal ha ido la jornada, mucho trabajo? Pregunta María con una amplia sonrisa y sin esperar contestación. –Ponte cómodo, que la cena estará dentro de poco, pero si me ayudas con la niña, a darle de cenar, bañarla y acostarla, cenaremos después más tranquilos.

Manolo se dirige al dormitorio para cambiarse el traje por otra ropa más de casa. Su hijita viene corriendo a besarle y abrazarle. Es una niña cariñosa, graciosa, y bonita como todas las niñas a su edad. Vamos a cenar, cariño, le dice su padre, y ella le coge la mano y se dirigen al saloncito.

El apartamento es pequeño, muebles de serie, nada de reseñable, es el nido de una pareja joven y feliz. Mientras la pareja cena, ya acostada la niña, que ha exigido que se le contara un cuento, charlan sobre las cosas del día y Manuel cuenta que por fin tienen un caso interesante, extraño y difícil, han asesinado a un viejo actor que tiene en su casa un teatrillo de pulgas, y no hay ningún sospechoso, no ha habido robo, ni aparece ningún móvil para el posible asesino. No puede contarle más porque está sujeto al secreto de la investigación. Pero lo resolverás, cariño, le contesta ella, eres muy inteligente. Lo resolveremos, puntualiza Manuel, lo resolveremos el comisario y yo, más bien él, porque es muy perspicaz y experimentado. Cree que nos han puesto a prueba, mejor dicho, que es una trampa para que fracasemos, pero subestiman la sagacidad del comisario. María lo mira con cariño, qué formidable es, piensa, el número uno de su promoción, de mente ágil y rápida, y sin embargo, admira a ese viejo comisario gruñón.

Por el mero hecho de que el comisario aprecie a su marido, ella ya lo tiene entre sus amores, pero, es que, además, sabe que es un viejo gruñón y

solitario, pero lleno de bondad e inteligencia. Lo que siente ella por el viejo es algo de ternura, lo ve tan solo y tan frágil, que siente necesidad de protegerlo. Proteger a un policía, no debiera ser lo contrario, se pregunta ante la paradoja de sus sentimientos.

—Mira, Manuel, cuando termine el jersesito de la niña, haré otro para tu admirado comisario, a ver si conseguimos que se quite el frío alguna vez.

—No sabes lo que te lo agradecerá, aunque no lo diga, no tanto por el jersey, sino porque tú se lo hayas confeccionado, te tiene un gran aprecio y muchas veces me aconseja que te cuide, que te cuide mucho, que él desde que quedó viudo es como si hubiera quedado truncado, que le falta una mitad.

De pronto se escucha una música como de Mantovani con sus cien violines y las paredes, las cortinas, todo el apartamento se tiñe de rosa, de tanta empalagosa felicidad como se respira en él. Si hubiera un espectador contemplando la escena desde fuera, en un patio de butacas, por ejemplo, saldría corriendo para no empacharse con tanta mermelada de fresa sentimental.



Al entrar en la gélida sala del Instituto Anatómico Forense, un anexo de la vieja facultad de medicina, un edificio decimonónico tan historiado por fuera, como poco funcional por dentro, el comisario exclama: “Te has confabulado con el Gobierno para matarme y que no tengan que pagar mi jubilación”. El médico forense, en su cincuentena, regordete, con una piel sonrosada y brillante, un tipo simpático y agradable y seguidor de Epicúreo, ríe con una sonora carcajada.

—Mi viejo y carcamal amigo ¿a qué debo el inmenso placer de tu visita? ¿Cómo has decidido abandonar tu madriguera en un día tan ventoso como este? Quizá sean los malos vientos los que te traen hasta aquí, a las orillas del Leteo.

Es una sala frígida, revestida de blanco azulejo, habilitada con una mesa de autopsias de otros tiempos con cimera de mármol en su centro. La desnudez de sus paredes, el silencio y el frío que en ella reina, producen una sensación de estar fuera del tiempo, de ser la sala de espera del inframundo.

Los dos viejos amigos se abrazan ante la mirada complaciente del inspector Buendía. Las palabras resuenan en las desnudas paredes de la sala, cobrando reverberaciones extrañas, como si se estuvieran celebrando extrañas liturgias expiatorias en un antiguo templo de bárbara religión. El comisario recrimina al forense la redacción de un informe lleno de tecnicismos y jerga médica de tan difícil interpretación y su amigo sigue riendo ante su fingido enfado, mientras el inspector esboza una sonrisa ante una escena que sospecha que se repite, como un rito, cada vez que ambos viejos camaradas se encuentran.

—Lo has hecho ex profeso para que tenga que venir hasta aquí, para darte importancia, para que los legos tengamos que rogarte que nos ilustres con tu elevada ciencia, o, lo que es más probable, para ocultar tu ignorancia.

—Vamos a ver si nos enteramos todos. Según tú, la muerte se produjo entre las dieciséis y las diecinueve horas y es lo único claro para mí del informe, todo lo demás está lleno de tecnicismos y de esa jerga que utilizáis los médicos. Resulta que de tus manipulaciones sobre el cadáver has llegado a la conclusión de que la víctima murió de una forma rápida, y que después de la muerte o en la agonía, fue atada en la cama y azotada o fustigada con algún objeto, quizá, una correa de cuero, para producirle los moratones y escoriaciones que presenta. Que el asesinato fue lo primero y lo que parece una tortura, a consecuencia de la cual pudiera fallecer el viejo, vino después. O sea un montaje para despistar a los investigadores. ¿Es eso?

—Exactamente, dicho en palabras vulgares, así es. Él o los asesinos tienen conocimientos de anatomía. La autopsia revela que las causas de la muerte fueron una perforación, con un estilete, incluso con una varilla metálica, del hígado de la víctima, al tiempo que con el mismo o análogo instrumento se le perforaba el corazón, aprovechando un espacio intercostal, entre el segundo y el quinto. Estas agresiones producen una grave hemorragia interna, sin embargo apenas se produce derramamiento de sangre al exterior, los pulmones de la víctima se encharcan y la muerte es casi instantánea. Todo muy limpio y muy profesional, el autor o es un sicario experto, o tiene buenos conocimientos de anatomía, tanto puede ser un matarife, un veterinario o un cirujano, eso es cuestión que deberéis descubrir vosotros.

El inspector no salía de su asombro.

—Caramba, jefe, usted intuyó que la escena del crimen era un montaje desde el principio. Le felicito.

El forense fue mostrando las pequeñas perforaciones en el tórax y vientre de la víctima, de donde se desprendía un ligero reguero de sangre seca, y las distintas necropsias producidas por el golpe de algún objeto, quizá, como

había dicho, una correa de cuero, sobre el cuerpo del cadáver. Dio una prolija explicación de por qué había llegado a la conclusión de que estas heridas y escoriaciones se hicieron sobre un cuerpo muerto y comenzó a explayarse sobre otras consideraciones, que el comisario cortó de un modo un tanto abrupto.

—Querido Carlos, no te pongas estupendo, no estamos en una de tus clases de medicina legal. Nosotros tenemos demasiados años para ser alumnos de tus clases en la facultad, a mí casi no me queda pelo. Aquí hace un frío del carajo, o sea que vámonos.

Pasaron todos a la cafetería de la facultad y allí, rodeados de jóvenes estudiantes, en medio de la alegría que suele reinar en estos lugares, el gesto adusto del comisario pareció dulcificarse un tanto. ¿Cafés para todos? Un cortado, para mí, dice el inspector. Yo, un café con gotas, pide el comisario, y dirigiéndose pícaramente al forense ¿No recetáis, los médicos, unas gotas como remedio para todo? Sí, no es mala medicina, a mí también me irá bien un carajillo, la mejor poción contra la humedad de la sala de autopsias; hay que animar un poco este perro día. Pero tú ¿no estás de servicio? Yo estoy de servicio cuando estoy en la comisaría, ahora estoy de excursión del colegio por tu culpa. Pues no sé si lo arreglas, que el profesor permita a sus alumnos tomar carajillos no dice nada bueno en su favor.

Los tres repasan la actualidad de sus vidas cotidianas, los estudios de los hijos, las vicisitudes familiares, lo complicada que está la vida, las perrerías que hay que aguantar en el trabajo. Todo en un clima de camaradería de dos viejos amigos que se encuentran y con la sonriente presencia del inspector, que no termina de explicarse cómo el comisario, antes de realizarse la autopsia ya había barruntado de que nada era lo que parecía.

La conversación termina derivando hacia el objeto de la visita al anatómico. El forense no se explica el objeto de una manipulación tan burda. Los criminales tenían que saber que no engañarían a los médicos forenses, no es lo mismo un moratón producido en un cuerpo vivo, en el que la sangre está circulando, que si se provoca en un cadáver, aunque sea reciente; puede

engañar a un profano, pero no a un profesional. Para qué tomarse tantas molestias. El comisario asegura que precisamente lo hicieron para engañar a profanos. El periodista de *El Caso*, que estuvo merodeando por allí y, aunque las órdenes que él dio fueron tajantes, que por ninguna circunstancia ni excusa se le dejara entrar en el lugar del crimen, logró ver el dormitorio donde yacía el cadáver, incluso sacó fotografías, y tras sus conversaciones con los vecinos y los chismes que se propalaron ¡Ya veis! Toda una plana del periódico llena de afirmaciones sin comprobar, un crimen pasional entre homosexuales, celos, infidelidades, venganzas. Todo aquello que la exaltada imaginación de un periodista especializado en llenar páginas amplificando las tragedias de la vida vulgar hasta elevarlas a la categoría de epopeyas, haya podido concebir. La gente olvidará pronto el caso y quedará para el imaginario popular la creencia de que se trataba de una vulgar riña entre maricas.

Escuchad. El comisario extiende el periódico sobre la mesa y lee en voz alta, “...todos los vecinos coinciden en lo mismo, que la víctima era un homosexual declarado y que recibía en casa la visita de muchos jóvenes. Recogemos el testimonio de Rosa, una de las vecinas: *era un escándalo, chicos jóvenes con pinta de chuletillas que iban a lo que iba, continuamente; yo les tengo prohibido a mis niños que pasen por esa calle porque se comentaba por el barrio que le gustaban los niños a los que atraía para enseñarles un teatro de pulgas o algo así. Lo tenemos denunciado varias veces pero nadie nos hace caso. Si tenía que pasar algo, ya lo decía yo...*”. Y más adelante continúa el periodista: “La escena del crimen es de impacto, cortinajes púrpura y lámparas que emiten una luz roja creando un ambiente de morbosa pasión, y en medio de todo una enorme cama y sobre ella, como una víctima sacrificada en el ara de una diosa de la lujuria, el occiso, cubierto de bergantos y laceraciones, torturado de una manera bestial hasta su muerte, para terminar con un detalle de cruel burla, una escobilla clavada en su culo, como culmen de alguna orgía salvaje o consecuencia de una venganza terrible por pasiones inconfesables...”. Este chico está aspirando al Pulitzer, vaya literatura de folletín. Ya veis, la prensa ya ha resuelto el caso, podemos tomarnos el día libre.



El joven Buendía había pasado el día anterior interrogando a los visitantes de aquella casa, a quienes acudían a prestar esos servicios especiales, cuyos nombres había revelado uno de ellos. Convencido de que el culpable no se encontraba entre ellos, el único móvil plausible para esos marginales habría sido el robo, y no había indicios de que lo hubieran cometido unos ladrones, era un crimen frío y premeditado, enmascarado de crimen pasional, las diligencias las realizaba de manera rutinaria. Pequeños maleantes, no encontraba en ellos ningún móvil, todos pudieron exhibir una coartada, que sería comprobada. Llegó a casa aburrido y desanimado, salió con su mujer y la niña a dar una vuelta por el barrio y realizar algunas compras y se acostó pronto.

Aquí hay algo interesante comisario, llevo media mañana tratando de comprender toda esta maraña de documentos, las famosas carpetas que nos trajimos de la vivienda de la víctima. Eran unas vulgares carpetas de cartulina azul con gomas a los lados, que el inspector Buendía estaba manejando con cuidado, intentando desentrañar los entresijos de extraños contratos, pagarés, letras de cambio. Parecen contratos y efectos de comercio normales, pero leídos con atención revelan una actividad muy lucrativa de la víctima. Son contratos de préstamo, algunos simulando opciones de compra, compra-ventas con pactos de recompra, letras y pagarés postdatados. Vamos, usura pura. El muerto era un usurero en toda la regla.

—Vale, vale, Manolito, que yo no estudié derecho como tú, háblame en román paladino. Las únicas letras de cambio que conozco son las que firmé cuando compré la lavadora y el televisor. Me fueron llegando luego una a una, sin extraviarse ninguna, y tan pronto como me llegaba el aviso del vencimiento corría al banco a pagarlas, me producían un oscuro temor, el ancestral temor

del campesino que llevo en los genes, que nunca ha comprado nada a crédito, ni nunca ha pedido un préstamo. En mi pueblo cuando se sabía que alguien había pedido un préstamo, se decía: esa casa está arruinada, han ido al banco a pedir una hipoteca. Estaba seguro de que si no llegaba a tiempo para pagar alguna de esas fatídicas letras, caería sobre mí una legión de abogados que me dejarían deshonorado y arruinado para el resto.

El inspector adopta un aire doctoral, está feliz por haber encontrado una pista y también por poder mostrar los conocimientos adquiridos en la facultad ante el comisario. Comienza a comentarle alguno de los documentos. Mira, González, este contrato parece que es de una compraventa de un local, pero es algo completamente distinto, tras las generales de todos los contratos se registra el objeto del mismo: “la parte vendedora vende a la parte compradora y esta adquiere la finca descrita en el expositivo del presente contrato por el precio de tres millones de pesetas, cuyo importe la parte compradora entrega en efectivo en este acto por lo que el presente documento es carta de recibo del precio. En este acto la parte vendedora entrega a la compradora las llaves de la finca, tomando posesión de la misma”. Pero observemos con atención que más abajo, en otra cláusula, se dice “la parte compradora ofrece a la parte vendedora una opción de compra sobre la finca descrita en el expositivo por el plazo de un año y por precio de cinco millones. En este acto la parte vendedora u optante entrega en concepto de arras la cantidad de seiscientos mil pesetas”

Ante la impasibilidad que muestra el rostro del comisario, el inspector se ve obligado a dar alguna explicación adicional. Según este contrato, Mr. Chapelton entrega tres millones de pesetas a la otra parte, pero no le entrega tanto, sino tres millones menos la señal de la opción de compra, o sea, solo dos millones cuatrocientas mil. Dentro de un año puede ocurrir que la víctima (se trata de una víctima del usurero, sin duda, pues solo en caso de necesidad se pueden aceptar estas condiciones) no ejerza su opción de compra del local que vendió a Mr. Chapelton, con lo cual ha perdido el local y la señal de seiscientos mil pesetas que entregó, de modo que ha pagado seiscientos mil pesetas de intereses por un préstamo que recibió de dos millones cuatrocientas mil, un veinticinco por ciento de intereses en un año, seguramente más, ya que

el local vendido valdría dos o tres veces la cantidad que pago por él el surero, más las rentas que haya producido el local durante ese año, que también se las queda el usurero. Pero si la víctima quiere recuperar el local, tendrá que recomprarlo por cinco millones, o sea, que por dos millones cuatrocientas mil pesetas que cobró ahora tiene que pagar cuatro cuatrocientas. Si hace cuentas, en este caso los intereses se elevan casi al ciento por ciento, una barbaridad.

El comisario comenzaba a poner cara de aburrimiento ante estas prolijas lecciones sobre finanzas, que nunca le habían atraído, de modo que el inspector, doliéndose de no poder proseguir con su erudita exposición, cambia de asunto y pasa a otros comentarios. Aquí hay nombres de las mejores familias zaragozanas, si esto se publicara sería un escándalo. Fíjese, don Luis Sánchez Lázaro, hijo, se supone, por los datos que aquí figuran, de don Luis Sánchez Pérez, el conocido en toda la comarca como El Rey del Inodoro, tiene prestado un millón de pesetas y firmados un montón de pagarés con los intereses correspondientes. En este caso Mr. Chapelton no ha considerado que tuviera que tomar más precauciones legales para asegurarse el cobro, tan convencido estaba de que cobraría, bien fuera del hijo, bien del padre. Si no paga el hijo, el padre se hará cargo de las deudas del niño para evitar el escándalo.

El comisario felicita con elogios poco habituales el trabajo de su subordinado, aunque no haya entendido casi nada de todo aquel galimatías legal que le ha endosado, y seguramente por este motivo, para evitar que siguiera con sus lecciones magistrales, como cuando a un conferenciante se le comienza a aplaudir antes de que haya terminado, lo felicita dándole unas palmadas en la espalda de aprobación. Como tú dices, aquí están miembros de las familias más conspicuas de la localidad, los Íñiguez del Mulo, los Méndez de la Escorzonera. Ya podemos andarnos con cuidado y no tener ningún tropiezo o nos volará la cabeza. O sea, que entrevístate discretamente con alguno, empezando por el perdis del Luisito ese, el príncipe del inodoro, pero discreción y muy buen tino, Manolito, que nos la jugamos. También será interesante lo que nos cuente este Juan Fernández del Sasogordo, que parece adeudar una respetable cantidad de dinero. Discreción, Manolito, discreción, mano izquierda, ya sabes.



El inspector Buendía saludó al personal de oficinas de la Jefatura Superior, gastó bromas, recibió saludos y palmadas de los compañeros y varias sonrisas del personal femenino, no estaba mal como hombre, joven y atractivo, además del prestigio que entre el personal subalterno le daba el ser inspector. Por ahí, estirados y perdonavidas, los más, deambulaban los de la político-social. No le caían muy bien esos tipos, pagados de sí mismos y convencidos de pertenecer a una casta superior, no todos, claro, pero la mayoría, algunos eran de su promoción y lo saludaban con displicencia. Con el número uno, él pudo elegir cualquier destino, pero su vocación era la del servicio público, cuidar el orden, aparte de haber leído muchas novelas y visto muchas películas de tema policíaco, nunca le atrajo la brigada político-social, eso era otra cosa, no era prestar un servicio a la sociedad, sino a una clase dirigente. Que había que mantener el orden social, de acuerdo, pero mejor dedicarse a lo que hace la policía de todo el mundo, perseguir el delito común.

En el archivo fue recibido con cortesía por el jefe. Ya sabía a lo que venía, a por la ficha del individuo asesinado, Pascual Vázquez Barber, pues bien, no la había enviado porque carecía de antecedentes. Tú mismo puedes comprobarlo, mira, la ficha está en blanco ¿Y no te parece extraño? Si no tiene antecedentes, no tiene porqué tener ficha, no? A mí no me cuentes tu vida, yo me limito a decir lo que hay. Si no hay antecedentes, no hay. No tenemos ningún expediente. Por mucho que insista el comisario, lo que no puede ser, no puede ser, y además es imposible, que dijo Rafael El Gallo.

Al salir, coincidió con una compañera que lo saludó efusivamente, plantándole dos besos en las mejillas. Como iba a tomar un café, se fueron juntos. La chica es atractiva, le sonríe con simpatía, quizá con demasiada simpatía. Habían coincidido en Madrid, en unos cursos en la Dirección

General, tiempos atrás. La puso al día, se había casado y tenía una niña. Ella siguió tratándolo con igual confianza, pero de pronto recordó que tenía que hacer una gestión y aprovechaba el rato del café para resolverla, de modo que le entró mucha prisa. Se despidieron con un beso en la mejilla y un ¡a ver, si vienes a vernos de vez en cuando para tomar un café!

\*\*\*

Aquel día entraba un rayo de sol por la ventana del despacho del comisario y este parecía de buen humor ¿Cómo que tiene ficha, pero que esta está en blanco, cómo es eso? Eso mismo les he dicho, que alguien está fichado o no, pero de tener ficha y no estar fichado no lo entendía, y se me fueron por los cerros de Úbeda: que qué les contaba, que eso es lo que había. Me fijé en un detalle, en una esquina alguien había anotado, DGS. ¿Cómo...?, ¡eso lo explica todo! El expediente ha sido reclamado por la Dirección General de Seguridad, por eso no hay nada aquí. Desde Madrid pedirían que se les remitiera y Conchita, ya la conoces, la que trabaja en el archivo, que como lleva muchos años sabe latín y griego, por si alguien en algún momento reclaman la ficha, para que no la puedan culpar de extravío o negligencia y eludir cualquier responsabilidad, ha anotado en una esquina las siglas del organismo al que se remitió. Bien, bien, pues, ¡hala!, un oficio a la DGS solicitando todos los antecedentes por ser necesarios para la investigación.

Más tarde, atendió a una señora que denunciaba una agresión física de su vecina. Me tiró del pelo y tuve que defenderme arañándole la cara. Luego otra denuncia por robo de una cartera y algunos asuntillos más de parecida importancia. El inspector y el comisario intercambian impresiones sobre el extraño asunto que tienen entre manos. El móvil pasional, yo creo que se cae por sí solo. Ninguno de los posibles amantes que hemos entrevistado tenía interés en su desaparición, les pagaba bien, era un cliente nada conflictivo. Tampoco hay indicios de que tuviera alguna pareja estable. Coincido con el aprendiz de novelista en que esta clase de tipos no suele tener relaciones estables, no sienten afecto por sus semejantes, sus necesidades de cariño, si

tienen alguna, las vuelcan en sus animales. Padecen cierta patología que les impide mantener una relación continua con alguien a quien no dominan por completo, con alguien que piense por su cuenta, por eso vuelcan su afecto en los animales que le obedecen ciegamente. Con la única persona con quien parece que existía cierta corriente de simpatía es, precisamente, con el escritor ¿Pero qué motivos podría tener este para matarlo? Ninguno aparente. Las causas del crimen hay que buscarlas en otros ámbitos, no sé en cuales, si obtenemos el expediente que tiene la Dirección General, seguro que nos da pistas fiables. Pero, desengáñate, Manolito, que a nosotros no nos facilitarán esa información, y por aquí alguien sabía que no la tendríamos. No seas tan desconfiado comisario, cómo no nos van a facilitar toda la ayuda que puedan estando encargados de esclarecer el caso. ¿Nos jugamos un café, Manolito? Hecho, comisario.

La mañana estaba ya muy avanzada y ya era hora de ir recogiendo los papeles y volver a casa, para proseguir por la tarde los trabajos.

Uno de sus hitos existenciales, sin duda, fue el primer día de clase, en aquel colegio de Madrid. Imbuida por las ideas de la Normal, Sabina se sentía muy responsable de la formación de aquellos chicos inquietos y alegres. Una escuela pública, obligatoria, laica, mixta, inspirada en el ideal de la solidaridad humana eran los principios que debían inspirar a las escuelas de la República. No solo había que enseñarles matemáticas, geografía, gramática; por muy importante que fuera el que adquirieran esos conocimientos, todavía lo era más el que se formaran como buenos ciudadanos, defensores de los valores de la democracia, la tolerancia, la cooperación, el respeto a las instituciones de la República. Todos ellos, los jóvenes maestros, tenían una misión que cumplir, una misión cuasi sagrada, moldear las almas de aquellos niños en los principios de la democracia y la convivencia.

Salía de la pensión por las mañanas con una alegría que le desbordaba. Caminaba hacia el nuevo grupo escolar de la calle Lope de Rueda, un colegio construido según los principios de funcionalidad e higiene, con pasos ágiles, disfrutando del cielo madrileño y de los efluvios que emanaban del cercano parque de El Retiro. Las aulas luminosas, el edificio se distribuía en un cuerpo central y dos alas, de modo que todas las aulas recibieran la luz natural, esa luz madrileña tan pura y dulce en los días soleados. Algunas mañanas, los profesores sacaban a los chicos del colegio a la calle e iban al parque a recibir las clases, había que impartir una enseñanza participativa y al aire libre, cuando ello fuera posible. Esas mañanas rientes de sol y de gritos y risas de los niños, de gozosa alegría de vivir y de ser joven, era la mejor paga que podía recibir, no importaba que su sueldo apenas cubriera el gasto de la modesta pensión donde se alojaba, no necesitaba mucho, era mañosa y algunas ropas se las confeccionaba ella. La patrona de la pensión, una viuda extrovertida y maternal, le dejaba la máquina de coser y aún le aconsejaba y

ayudaba en esos menesteres.

Un día notó que le seguía un joven oficial, no se había fijado en su graduación, le pareció poco pudoroso mirarlo directamente y menos, detenidamente. Lo veía de reajo, con disimulo. Sí, no cabía duda, la seguía, se hacía el encontradizo. El chico no estaba mal, joven, delgado, resultaba muy atractivo con su uniforme militar. Estuvieron algún tiempo con ese juegucito tonto, él siguiéndola, saliéndole de improviso de una esquina, ella mirándolo de reajo. Pasaba el tiempo sin que él se decidiese, de modo que había que hacer algo, se dijo, si no ese pasmado no daría el paso, podrían llegar a viejos con ese fatigoso y tonto juego, había que darle un empujoncito.

Aquél mediodía en que ella volvía a la pensión lo vio de nuevo, estaba resuelta, simuló un tropiezo y quedó recostada en la pared como si se hubiera lastimado, él corrió a socorrerla cortésmente, señorita, ¿se ha hecho daño? Me he torcido el pie, me duele al caminar. Apóyese en mi brazo, vayamos a algún dispensario. No esperó a que se lo dijera otra vez, se colgó de su brazo, quizá, con demasiada determinación, como si dijera, ¡ya es mío! no me lo quitará nadie, es mío. No, no es necesario, si reposo el pie durante un rato, se me pasará, no creo que sea un esguince, solo una torcedura. Entraron en un café para que reposara el pie, tomaron un aperitivo, quedaron para ir al cine el sábado próximo y al año justo se casaban. Así de sencillo. A veces, entre risas, le recordaba a su marido, “lo que tiene que hacer una para casarse”, en alusión al fingido esguince.

El día de su boda fue el segundo de su vida para marcar con piedra blanca. Ella con su joven teniente, según decían los invitados, formaban la mejor pareja que pudiera darse. El pasillo que formaron los compañeros de armas de su marido a la salida de la iglesia, los confeti que les arrojaron; parecía vivir en una nube, una nube de azúcar rosada, como las que le compraba su madre cuando era pequeña en las ferias de San Juan en Soria. Lloros de la madre. El bullicio de los parientes más cercanos de ambas familias, que se habían desplazado a Madrid para asistir a la ceremonia, únicos invitados al acontecimiento, conociéndose y confraternizando; el banquete, los vinos, los licores, sus hermanos amoscados ligeramente, riendo todos, bailando unos

pasodobles. Las escenas se mezclaban y confundían en su recuerdo como retazos de una película pasada a gran velocidad.

El tiempo que siguió fue el más feliz, el arreglo del pequeño pisito, por fin tenía casa propia, le proporcionó mucha ilusión y muy buenos ratos. Para coronar tanta felicidad, al tiempo justo, el nacimiento de su hijo, sano y sin problemas, el más bonito del mundo, al menos, eso le parecía a ella.

Ellos tres formaban un mundo completo y perfecto, vivían como en una cápsula, tan pronto como Román terminaba sus tareas en el cuartel y ella su trabajo en la escuela, corrían a casa, para disfrutar del niño y de la mutua compañía. La nación, mientras tanto, evolucionaba a pasos de gigante, tras un periodo ilusionante por el nuevo régimen republicano, bajo la presidencia de Azaña, llegó el parón propiciado por la CEDA y las revueltas de Asturias, y luego el gobierno del frente popular, lleno de zozobras y tensiones sociales, las disensiones entre los seguidores de Prieto y los de Largo Caballero. Pero Sabina y Román permanecían ajenos a estos acontecimientos, dentro de su pecera amniótica. Europa se encaminaba al naufragio y las primeras vías de agua se abrían en España, pero ellos no se percataban de ir a bordo de ese pesado buque que iba dando bandazos. La catástrofe, que devastaría todo a su paso, se inició en España, como se comprobaría después, ante la indiferencia de las potencias europeas, un dieciocho de julio de 1936. El teniente fue acuartelado de inmediato: es una algarada de unos cuantos militares revoltosos que se han pronunciado en Marruecos, en unos pocos días, como mucho, semanas, se ha apaciguado, dijo Román a su mujer, mientras la besaba a ella y al niño para despedirse. Salió de casa como quien va a realizar un trabajo fuera de la ciudad, para unos días, y ya no volvió sino en los escasos permisos que le concedieron.

Román, ya capitán, había sido movilizadado en el último esfuerzo realizado por el ejército republicano, la ofensiva del Ebro, y Sabina y el niño se trasladaron a Barcelona para estar más cerca y más seguros que en ese Madrid sitiado y resistente. En los permisos de Román se aferraban al deseo de ser felices como esa planta que arraiga y sobrevive en la grieta de la pared rocosa, o como la garrapata que se agarra con una fuerza sobrenatural al

mullido vellón que se le ofrece. Ese día habían ido a comer los tres a Can Culleretas y luego dieron un demorado paseo internándose por el Raval, para tomar unos cafés y un helado para el niño en Casa Almirall. Las sirenas comenzaron a sonar ululantes, negros heraldos de destrucción. En breves momentos docenas de bombas cayeron sobre la zona, mientras ellos se resguardaban en un subterráneo refugio. El paréntesis de normalidad había terminado.

Una mañana Román apareció con una camioneta y un compañero, cargaron la ropa que pudieron coger y con Sabina y el niño salieron hacia La Junquera. Todo estaba perdido, había que huir, las tropas franquistas estaban a pocos kilómetros de Barcelona. Por el camino se quitó su uniforme militar, que tiró a la carretera, y se puso ropas de paisano. Poco después de pasar la Junquera se quedaron sin combustible.

La estrecha carretera que discurría por el collado que va de la Junquera a Le Perthus estaba atestada de gente que huía del avance de las tropas, una multitud abigarrada, hombres, mujeres, ancianos, niños, cargando bultos y maletas, en las caras pintados el miedo y la fatiga. Se sumergieron en ese río humano. En el pueblecito hispano-francés de Le Perthus todo era confusión, se hallaba repleto de personas que buscaban inútilmente un alojamiento, una salida hacia esa Francia que tocaban con los dedos. Era imposible hallar alojamiento, la multitud lo llenaba todo. El niño le dijo a una señora del pueblo que se parecía a su abuela y la señora se enterneció, le dio una manzana y a su madre le dijo “espereu una mica”, entró en su casa y le dio unas mantas, “prengui aquestes mantes, la nit serà freda”. Pasaron la noche en un pajar, arrebujados los tres en la mantas y cubiertos de paja.

Al día siguiente los gendarmes separaron a los hombres de las mujeres, ancianos y niños, los hombres fueron cargados en camiones y partieron no se sabía hacia donde. Sabina y el niño lloraban despidiéndose, y de pronto se encontraron solos. Unas señoras repartieron tazones de café con achicoria, al menos tomaban algo caliente. Sabina y el niño fueron conducidos a un tren, que partió a desconocido destino cuando estuvo lleno.





En el portalón de la historiada fachada modernista luce el rótulo de Casino Industrial, Mercantil y Agrícola. Se han olvidado de los que pescan en el río y de los que hacen leña en el monte, pensó el joven inspector. Se identificó al conserje de la entrada, dando su nombre, no su condición de policía. El señor Sánchez me ha indicado que le diga que lo espera en el salón de fumadores, puede usted subir por la escalera, es el primer piso, o por el ascensor que está a la izquierda; el conserje le informó con toda la seriedad que parecía requerir el caso, para hacerle notar la excepción que suponía su acceso al edificio, que estaba restringido a los socios.

Cuando logró hablar con Luis, a la salida de una clase en la facultad, tras dos días seguidos de infructuosa espera, hasta que Luisito se decidió a acudir a clase, sobre el interés que tenían ambos de conversar, Luisito le pidió que no lo llamara a casa, que prefería que se encontraran en el casino, para lo cual dejaría en la conserjería orden de que lo dejaran pasar.

Ampuloso vestíbulo y escalera imperial que accede a la planta superior, escayolas con grutescos, cuernos de la abundancia, capacetes de mercurio y símbolos alusivos a la industria y al progreso, adornan paredes y barandas. En un descansillo, el busto de un prócer local. Al internarse por las salas, gastadas alfombras que amortiguan el ruido de los pasos, reposteros y tapices, algo deteriorados, cubren amplios vanos, cuadros con retratos de antiguos presidentes y benefactores, mientras otros representaban idílicas tareas agrícolas o monumentales fábricas, todos ellos oscurecidos por el tiempo y reclamando una limpieza que haga renacer sus primitivos colores, muebles antiguos, que han tenido una más lozana juventud. Cincuenta años atrás, para ingresar en esta institución, no solo se requería el aval de dos antiguos socios, sino que ningún otro se opusiera. Allí solo ingresaban los miembros de las

doscientas familias de orden de la ciudad y aquellos que, gracias a su esfuerzo personal, habían alcanzado el estatus necesario. Ahora la institución ya no vivía sus mejores tiempos y se había democratizado bastante, dando cabida a miembros de la clase media sin mayores restricciones. Un cierto aire de decadencia se extendía por sus salones y cámaras. Los sirvientes, alguno contando casi con la antigüedad del edificio, lamentaban que los actuales socios ya no fueran aquellos caballeros de antaño, tan distinguidos, sino gente corriente, algunos, incluso, francamente vulgares, y durante sus muchos ratos de ociosidad evocaban la figura de don mengano, aquel que era incapaz de leer un periódico que hubiera sido ya hojeado y había que servirle el café nada más llegar e hirviendo, y la de don zutano siempre con chistera.

Penetró en el salón, poca concurrencia, aquí, arrellanado en un sofá un socio leía el periódico, allá, dos cuchicheaban, y más allá en un sillón, alguien descabezaba una siesta. Desde el fondo vio levantar una mano para identificarse, Luisito se levantó y fue hacia él con paso decidido. Buenas tardes, señor Buendía, vamos a una salita, estaremos más tranquilos. Juan – dirigiéndose a un camarero – vamos a la salita azul, a mí me tres un güisqui con hielo y a mi amigo.... el inspector... Yo una cocacola, gracias.

En la salita, una vez servidas las bebidas y advertido el llamado Juan de que nadie les moleste, comienza la conversación. El inspector trata de explicarle que no se trata de un interrogatorio, solo obtener alguna información que pudiera ayudarles a resolver el caso del asesinato del domador de pulgas y por eso no le había convocado en la comisaría, pensaba que sería más fácil una conversación informal. No obstante, informaba con seriedad el inspector, usted puede no contestar a mis preguntas, en ese caso sería citado a comparecer en comisaría, incluso podría hacerse acompañar por un abogado, si lo creyera conveniente, pero seguramente preferirá esta entrevista informal que a nada le compromete. En todo estaba de acuerdo Luis. Pasaron pues al meollo del asunto, entre los papeles de la víctima se habían encontrado algunos que concernían al joven Sánchez, concretamente un préstamo a un interés elevado y unos pagarés, no era necesario que le dijese que esos documentos podían ser comprometedores, pero de lo que hablaran esta tarde nada quedaría registrado y por tanto no era una conversación oficial, sino un

mero cambio de impresiones, no obstante podría no contestar a nada y lo comprendería. El muchacho, que parece empezar a preocuparse, dice que está dispuesto a hablar del asunto que a su entender carece de trascendencia, lo único que le preocupa es que se entere su padre, porque entonces tendría una buena discusión familiar, pero en lo concerniente al asesinato no le inquieta en absoluto.

Sería unos días antes del crimen cuando fue a solicitar a la víctima un préstamo. Necesitaba dinero con urgencia para saldar una deuda y no paró mucha atención en los intereses que le cobraban. Los pagos eran cómodos, mensuales, o sea que podría ir haciéndoles frente sin demasiados problemas. El inspector no comprende cómo puede tener esa deuda siendo que recibe una generosa asignación mensual para sus gastos, a lo que el joven contesta que ha estado interviniendo en alguna sesión de juego, precisamente aquí, en el casino, puntualiza, y ha sufrido una mala racha, otras veces le ha ido bien, confiesa con una sonrisa. No le inquieta la devolución del dinero, porque si no llega con su asignación, su tía Margarita, viuda, sin hijos, madrina suya, cuyo marido la dejó bien colocada, con una saneada fortuna, siendo él su único heredero, le dejará el dinero, ya lo ha hecho otras veces, añade. La única reprimenda que me dirige, más bien advertencia, pues al no tener hijos propios me ha visto siempre como si fuera su retoño, consiste en aclararme que lo que me gaste ahora no lo recibiré después.

A pesar del nerviosismo que muestra el muchacho, por otra parte natural, se ve involucrado en un crimen y se ha descubierto que contrae deudas de juego, al inspector le parecen convincentes sus afirmaciones de que él no puede ser el asesino, pues no tenía motivos para ello, ha acudido otras veces a pedirle prestado dinero, siempre se lo ha devuelto, y en este momento, aunque el importe es algo más elevado que en otras ocasiones, tampoco habría motivo para cometer nada menos que un asesinato, no está loco. Aunque no tuviera el comodín de su tía Margarita y hubiera que acudir a su padre, todo quedaría en una pequeña bronca familiar sin mayores consecuencias. Cómo iba a cometer un asesinato por tan poca cosa, ni por algo de más importancia, se siente incapaz de matar a un simple animalito, menos a una persona.

Antes de levantarse de sus asientos para dar por terminada la entrevista, el inspector le inquiriere si recuerda lo que hizo el día del crimen. Tras meditar un poco el joven rememora: veamos, ese día estuve en la facultad por la mañana, y por la tarde había quedado a las cuatro con un amigo en el Golden Club, esa persona se retrasó bastante, total, saldría de allí sobre las cinco y media, más o menos, después estuve con unos amigos hasta la hora de cenar, en un par de bares, comí y cené en casa de mis padres, como es habitual. Al día siguiente leí en el periódico el horrible asesinato, por su sordidez me pareció obra de algún loco. Los nombres de los amigos con los que pasé la tarde, por si quiere comprobarlo, son Julio, Mariuchi y Pepita. Ya le anoto en un papel los nombres completos, también le pongo los números de teléfono, en cuanto a mi estancia en el Golden, con preguntar a cualquier camarero se lo confirmará.

Ambos se levantan de sus asientos, mientras el inspector manifiesta que no cree que sea necesario molestarlo más. Procurará informarse, sin que ella tenga que enterarse, de las circunstancias de esa tía Margarita. ¿Puede facilitarme sus apellidos y dirección? Le garantizo que la información será indirecta, no a través de ella. De nuevo anota estos datos en el papel y se lo vuelve a entregar al inspector. Tras todo esto dan por terminada la reunión. Se estrechan la mano y el joven acompaña cortésmente al inspector hasta el inicio de la escalera.

El inspector camina hacia su casa pensativo, no avanzan nada en la investigación, se ha hecho tarde y tiene ganas de estar en casa con su niña y su esposa, olvidarse de este asunto por unas horas. Al llegar a su domicilio su esposa le recibe visiblemente nerviosa y alterada. ¿Dónde te metes todo el día? pregunta a guisa de saludo. ¿Qué ocurre? ¿Pasa algo? La niña, le explica, la niña tiene fiebre, muy alta y a ti no hay modo de localizarte, he llamado a la comisaría, no estabas, nadie sabía dónde estabas, y la niña con fiebre, que no le baja con nada.

Más tarde en el hospital el pediatra les dice que no han de preocuparse, un pequeño resfriado, los niños tienen propensión a que les suba la fiebre con facilidad, es una defensa de esos pequeños cuerpecitos. Temperaturas que a una persona mayor le harían delirar, en un pequeño tienen una importancia

relativa. Que le administren un cuarto de aspirina dentro de un par de horas o tres, para aliviarle el malestar y pueda dormir, pero no abusen de la aspirina, solo en caso de que presente evidente malestar, y desde luego que trascurren al menos doce horas entre una toma y otra, nunca más de un cuarto de aspirina ¿eh? . La fiebre bajará ahora porque le he administrado un antitérmico suave, pero hay que dejar actuar al organismo que está luchando contra el rinovirus. Miren, continúa el doctor en sus explicaciones, unas sencillas instrucciones para el caso: mantengan la habitación de la niña confortablemente fresca, que lleve ropa ligera, sobre todo que beba líquidos, zumo de naranja o agua, agua sola, agua, lo mejor, tenerla bien hidratada, y que descansa. Si la fiebre se le disparara, que no creo, no es el caso, pero si ocurriera, lo mejor es sumergirla en agua fría. Ante la cara de sorpresa de la madre, el médico insiste en que es el mejor remedio ante un subidón de fiebre, no por ahora, que no va a pasar, sino por si ocurre en alguna ocasión, hay que evitar que una subida fuerte de fiebre pueda producir al niño convulsiones que puedan afectar a su cerebro. Despidiéndose de la pareja “y, por supuesto, si el estado de la niña se agravara, llámenme”.

El médico tiene dilatada experiencia con estos padres primerizos que se alarman considerablemente ante el menor malestar de sus hijos, ignoran la enorme vitalidad de que están dotados estos pequeños y aparentemente frágiles cuerpecitos, capaces de superar por sí mismos cualquier contratiempo.

Vuelven a su domicilio más aliviados, pero hay en ella un muda mirada de reproche. Manuel prefiere que le suelte todo lo que piensa, que no se guarde nada. Al final estalla, un aluvión de reproches, que si últimamente no se ocupa de ellas, que no le importa nada más que su trabajo, que aparece por casa, come sin hablar y desaparece toda la tarde, que a saber por dónde anda, que nadie sabe por dónde está, que a saber por qué lugares se mete, qué ambientes frecuenta, y ahí se quedan metidas en casa ella y la niña, que parece que no tiene padre, que es un realquilado que se hospeda en su casa. Manuel acusa el golpe dolorosamente, cómo pude dirigirle todos aquellos improperios, si para él el mundo se reduce a ella y la niña, cuánta incomprensión e injusticia hay en sus palabras. Trata de explicar que está realizando unas investigaciones sobre

las que tiene que mantener el mayor secreto, pero es peor, cualquier cosa que diga será un nuevo motivo de acusación. Qué investigaciones secretas ni que niño muerto, protesta ella, como si el caso de ese asqueroso tío de las pulgas afectasen a la seguridad nacional. A ver si nos van a declarar la guerra los rusos por eso y nos lanzan una bomba atómica. Déjate de cuentos que no me chupo el dedo, lo que pasa es que le has pillado el gusto a esos sitios que dices que frecuentan los sospechosos, llenos de pelanduscas. Que los hombres sois unos idiotas redomados, mucho maquillaje, muchas medias negras de costura y de tacón de aguja, mucho enseñarlo todo con esos vestidos escotados, pero las ves por la mañana a la luz natural y echas a correr. Que ella, claro, con la niña y la casa, ni tiene tiempo, ni ganas de maquillarse y pegarse media mañana arreglándose.

Ya aparecieron las primeras manifestaciones de celos. Manuel descubre que el matrimonio es bastante complicado, que no todo es amor y salsa rosa, que el camino está lleno de abrojos. La abraza y trata de calmarla recibiendo gestos de desplante de ella. La niña echa a llorar y ambos corren al dormitorio.

\* \* \*

Don Juan Fernández de Sasogordo le ha citado en su despacho. Las oficinas de su empresa se encuentran en una calle céntrica de la ciudad, en un moderno edificio de oficinas, que desentona bastante con el entorno, hermosas casas de vecinos mandadas edificar por la burguesía local en los años veinte o treinta.

Los primeros atisbos de la primavera han hecho su aparición, algunos ciruelos bordes que hermocean la calle han comenzado a florecer, el paseo hasta el lugar de su cita resulta agradable, la mañana es risueña, el sol sonrío en lo alto y él saluda sonriente a vecinos y conocidos, está contento, se ha

reconciliado con su mujer, esas pequeñas discusiones domésticas tienen el premio de la reconciliación. ¡Oh, deliquio! esas reconciliaciones pueden llegar a mostrarse como un trasunto del jardín de las delicias. Se referirán a algo como esto cuando se dice que a uno la vida le sonrío.

Más tarde llegará a comprender que estos serán los mejores años de su vida, los más felices, cuando el mundo se hizo pequeñito para caber en el modesto apartamento de una pareja joven de casados, cuando hubo que dismantelar su pequeño estudio para dar cabida a la habitación de la niña, cuando la vida era una rutina solo rota por algún catarrillo de la niña, las visitas al pediatra, una fiesta de cumpleaños o una noche en que la abuela se hizo cargo de la pequeña y ellos pudieron salir a cenar con unos amigos y después ir al cine.

En el vestíbulo de la oficina, “Construcciones y Promociones Sasogordo” ha leído en la entrada, es luminoso y amplio, muebles actuales de color claro y una señorita que le sonrío y le pregunta si tiene cita con don Juan. Consulta una agenda y lo acompaña a una salita de espera. “El señor Fernández lo recibirá en seguida, tenga la bondad de esperarle mientras le anuncio su llegada”.

Revistero con revistas de actualidad para llenar los tiempos de quienes esperan, música tenue en el hilo musical, sillones y sillas de diseño moderno, el ambiente es confortable. En las paredes cuelgan fotografías de algunos proyectos realizados por Construcciones y Promociones Sasogordo. Al poco vuelve la señorita, que debe llevar la sonrisa pintada en la boca, porque nunca la abandona, y le acompaña al despacho del señor director, al menos eso reza en un pequeño rótulo en la puerta del despacho.

El tal Fernández es un señor ya entrado en años, elegantemente vestido y con una prominente frente agrandada por unas entradas que ya son una prometedor calva, se mueve con gestos tranquilos y afectados, dándose la importancia que sin duda tiene. Ambos, el señor director y su visitante, se sientan en unos silloncitos que entornan una mesa de centro donde luce un buqué de rosas.

El señor Fernández pregunta a qué tiene el honor de su visita y advierte de que es un hombre muy ocupado, de modo que solo puede dedicarle unos minutos. El inspector le informa que han encontrado unos contratos de compraventa de una finca y unas letras de cambio firmadas por él en la casa de un usurero que ha sido asesinado en extrañas circunstancias y están investigando el caso, que se trata de una visita preliminar para aclarar alguna circunstancia y no de un interrogatorio oficial, por tanto tiene derecho a no comentar nada, si lo cree oportuno, si lo prefiere será citado formalmente y podría ir acompañado de su abogado si lo cree oportuno, pero que si desea ayudarles en la investigación, le quedará muy agradecido, ya que les evitará papeles y diligencias enojosas.

—¿Se trata del asesinato ese del domador de pulgas? No creo que tenga ninguna relación conmigo, pero si puedo ayudarles, lo haré encantado. A cambio les pido discreción, tengo una empresa y mi obligación es salvaguardar su reputación. Ya sabe como es el mundo de los negocios, unos rumores sobre supuestas dificultades te pueden cerrar el crédito y hundir la empresa más solvente. Adelante, pregúnteme.

El inspector le informa de que han analizado un contrato, y los antecedentes de que disponen, encontrado en el domicilio de la víctima, en el que figura él como gerente de Construcciones y Promociones Sasogordo. Aunque el contrato recoge la compraventa de una finca, que su compañía vende a la víctima, han llegado a la conclusión de que en realidad se trata de un préstamo usurario, dadas las condiciones leoninas en que se formaliza la venta, tal como se desprende del propio contrato, y eso es lo que les obliga a comprobar la verdadera naturaleza de las relaciones entre las partes. Conscientes de que una falsa alarma podría perjudicar a su compañía, y conociendo la fragilidad sobre la que se asienta el crédito comercial, es por lo que están haciendo una encuesta discreta, acudiendo al interesado en primer lugar, sin órdenes oficiales, ni nada que pueda dañar ese buen crédito.

El señor Fernández manifiesta que se hace cargo de la naturaleza de la entrevista, agradece al inspector su discreción, con lo que prueba su profesionalidad, y asegura que podrá aclararlo todo sin sombra de duda.

—Estoy llevando a cabo un gran proyecto urbanístico. Hemos comprado, digo *hemos* porque tengo otros socios metidos en el asunto, bastantes fincas que hoy son rústicas, pero que en el próximo plan urbano de la ciudad serán calificadas como solares, dispuestos para edificar. Estos terrenos se encuentran en la zona natural de expansión de la ciudad, por lo que el plan urbanístico no tendría que hallar obstáculos para su aprobación, pero al parecer hay otros intereses contrapuestos que llevarían a la futura expansión de la ciudad por otros ejes menos adecuados, que exigirían más costos para su integración en la trama urbana de la ciudad consolidada, mayores inversiones en llevar a esos sitios los servicios de suministro de agua y vertido y de energía eléctrica y mayores costos del futuro transporte urbano, pero, ya se sabe, en este mundo de la construcción se mueven poderosos intereses, y no siempre se resuelve lo más adecuado para el ciudadano. Lo que le voy a decir a continuación es estrictamente confidencial y si me lo preguntan en el marco de una encuesta oficial, negaré que se lo haya dicho ¿entendido? Bien, para asegurarme la operación, que es de gran envergadura financiera, he tenido que buscar apoyos, ya me entiende, algún pez gordo dentro del ayuntamiento que pueda defender con éxito nuestra opción, que, insisto, es la más racional desde el punto de vista urbanístico de la ciudad, y nunca pensé que pudiera sufrir ningún obstáculo.

El inspector le reitera de que la entrevista es informal, solo tiene el objeto de despejar dudas y poder dirigir las pesquisas de forma más eficiente, que nada de lo que diga podría ser utilizado oficialmente en el procedimiento, por tanto puede hablarle con franqueza.

—Pues verá, ese contrato que tanto les ha llamado la atención, y que no puedo negar que exista, pues es cierto y está redactado y firmado por mí con toda la consciencia, no es, ni lo que dice, ni lo que a ustedes les parece. Mi sociedad goza afortunadamente de buen crédito en la plaza, y también, lógicamente, entre los establecimientos bancarios, o sea, que si hubiera estado necesitado de fondos no habría acudido a ese usurero, que en eso están en lo cierto, es, o era, un usurero bastante desalmado, con levantar el teléfono, cualquier banco me lo habría prestado a un interés normal, incluso, puedo asegurarle que puedo pactar una rebaja de intereses sobre los habituales del

mercado, de hecho, es lo que hago. Desde luego, no es un contrato de compraventa de una finca, cosa que ustedes ya lo han adivinado, pero tampoco de préstamo a un interés más que usurario, leonino, ni el prestamista es el finado Pascual Vázquez Barber, que gloria haya, aunque lo dudo. Nada es lo que parece, ni siquiera lo que no parece, me explicaré, el beneficiario de esa operación no es quien figura en el contrato, sino otra persona, pues no sé si habrán notado que el repetido contrato recoge una cláusula que permite la cesión de todos los derechos y obligaciones de él dimanantes a favor de terceras personas, y esa tercera persona es, precisamente, el caballo negro que le he mencionado, quien ha de llevar a buen término la operación. Aquí el señor Vázquez no actuaba ni de comprador, ni de prestamista, ni de nada, sino de mero testaferro, testaferro que, por otra parte, me fue presentado, pues yo no tenía el dudoso placer de conocerlo. La persona de quien le hablo y el domador de pulgas tendrán los vínculos que sean, que a mí ni me interesan, ni me importan, vínculos tan fuertes como para que alguien confíe en ese usurero. A mi anónimo apoyo en el ayuntamiento lo llamo caballo negro, ya que es lo opuesto a un caballo blanco, pues si llamamos así en el mundo de los negocios a quien aporta los fondos para una operación dudosa, el elemento que yo le digo tiene por misión hacer todo lo contrario, no aportar ni un céntimo, a la inversa, cobra una jugosa comisión, para que la operación deje de ser dudosa y se convierta en cierta ¿Me ha comprendido? Ante la inclinación de cabeza afirmativa del inspector, añade: Como comprenderá, a nadie metido en la operación que le estoy describiendo, y que es lo único que me vincula a la víctima, le conviene la muerte de este testaferro, pues su asesinato añade un contratiempo más para el buen resultado de la operación.

El inspector da por terminada la entrevista asegurando que por él no habrá de soportar más molestias y si fuera preciso aclarar algo se le citaría de forma oficial en la comisaría, donde, insiste, podrá acudir con su abogado. Se despiden y de nuevo la señorita de la perenne sonrisa lo acompaña a la puerta.

Con el gabán puesto, las solapas subidas, cubierto por su sombrero, envuelto en el humo de un apestoso farías, se encontraba el comisario González en su destartado despacho revisando unos expedientes. Pasa, Manolito, pasa.

El inspector Buendía, con una amplia sonrisa, saluda al comisario y se sienta frente a él en una de las sillas del escaso mobiliario de su despacho para dar cuenta a su superior del resultado de sus pesquisas. He vuelto a inquirir entre los vecinos para ver si me daban alguna pista sobre el asesinato del domador de pulgas. Negativo, chismes de vecindad. He revisado con los de la científica las muestras y las huellas. No hay ningún objeto, restos o señales que sean extraños a lo que podríamos encontrar en cualquier casa. Nada de la posible correa de cuero que pudo servir para infringir a la víctima las laceraciones que presentaba, ni de los instrumentos del crimen, las cuerdas utilizadas son fragmentos de otros que existían ya en la vivienda, pues no forman parte de ninguna bobina nueva que pudiera darnos pistas sobre su origen. En cuanto a las huellas, hay una infinitud, todas pertenecen al propietario o a los individuos que hemos interrogado. Para ser una persona solitaria, recibía muchas visitas, pero nadie de los que hemos localizado parece tener un móvil para haberlo matado, todos presentan una coartada verificada. En cuanto a los antecedentes de los posibles sospechosos, te resumo: alguno de los que lo visitaban, seguramente por los motivos que conocemos, tiene antecedentes por pequeños hurtos, y algunas breves estancias en la cárcel, pero nada importante. El impresor carece totalmente de antecedentes.

Desde la calle llegan voces de alguna concentración de gente que protestan por algo. Al rato, suenan sirenas de coches policiales, algarabía, pasos presurosos, ruidos secos, que ambos, comisario e inspector, identifican como

disparos de balas de goma. El ruido parece acercarse y luego se aleja, incluso se va diluyendo.

—¡Bah! No nos concierne, Manolito. Manifestaciones y algaradas de estudiantes. No tienen mucho que hacer y así se entretienen y tienen excusa para no asistir a clase. Nosotros a lo nuestro, Manolito. Que se ocupe de ello la policía armada y los de la social. Continuemos.

—A mí, González, me preocupa la situación social, no es para tomársela con la tranquilidad con que tú te la tomas.

—No te olvides que yo he pasado una guerra y una dura posguerra. Esto de ahora no es nada. Cuatro chiquillos que tienen necesidad de desahogarse.

A pesar de la opinión del comisario, las cosas no van nada bien. Empezaba la larga agonía del régimen. El franquismo, como un toro muy poderoso, pero herido de muerte, se aculaba contra las tablas lanzando fuertes cornadas contra todo. Fuertes arrancadas de muerte. El año 1969 discurría entre grandes tensiones sociales, huelgas de obreros, manifestaciones estudiantiles que alcanzaron su culmen con la no aclarada muerte del estudiante Enrique Ruano, oficialmente se precipitó por una ventana mientras estaba detenido en la Dirección General de Seguridad, aunque según algunos rumores se les fue la mano en los interrogatorios, todo ello desembocaba en la declaración de un estado de excepción tras otro, decretando una estricta censura de prensa y la suspensión de las garantías de los ciudadanos. Para complicar la situación, unos activistas vascos bajo las siglas de E.T.A. comenzaban su larga lista de atentados, el año anterior habían asesinado al jefe de la brigada social de Bilbao, el inspector de policía Melitón Manzanás, acto que conmovió profundamente a los estamentos oficiales y desató una fuerte reacción represiva.

—¿Qué hay del expediente del muerto?

—Nada, inspector. Volví a Jefatura para ver si me daban noticias. No hemos recibido ningún informe desde Madrid. El jefe de archivos me vino a

decir, con circunloquios, que nos olvidáramos del expediente, que no diéramos mucho la lata con el tema, que no gustaba en Madrid tanto celo. En fin, creo que trataba de darnos un buen consejo al decirme que no nos complicáramos la vida, no merecía la pena.

—Bueno, veré que puedo hacer, todavía me quedan amigos por Madrid. En el paisaje de este asunto el único que no encaja es el novelista ¿Qué sabemos de él?

Buendía se removió en su asiento, parecía compungido de no poder proporcionar nada útil a su superior y amigo, le dirigió una mirada de desaliento.

—Oficialmente es francés, tiene apellidos franceses, se crió y educó en el vecino país. Vino a España hace unos años. Convalidó sus estudios franceses aquí, optó por una plaza de especialista en psicología clínica y se la dieron. Soltero, su vida transcurre normalmente, tiene amigos con los que sale a divertirse, tiene una amiga con la que parece flirtear, pero nada serio, digamos, no un noviazgo, porque, a veces, sale con otras chicas. Vamos, una vida normal, sin otro particular. Tal como nos dijo, tiene publicada una novela y parece que está en vías de que le editen otra. En cuanto a la coartada, la he comprobado, el día de autos tenía guardia, he comprobado su ficha de entrada y salida del hospital, quince horas hasta las veinte horas, no lo he confirmado con el supervisor porque no lo he creído necesario, la ficha prevalecería en todo caso.

—Sí, pero, de su vida anterior, cuando vivía en Francia ¿qué sabemos?

Buendía muestra un gesto melancólico y de cansancio.

—Negativo, comisario, negativo. Al ser ciudadano de otro país nada podemos averiguar, la policía francesa no colaboraría con nosotros, que no tenemos ningún indicio, por otra parte, para incriminarlo, tal y como están las relaciones con ese país, nada buenas. Solo si pudiéramos encontrar pruebas suficientes para incriminarlo el juez podría pedir una comisión rogatoria, pero

aun así dudo que tuviera mucho éxito. Desde Madrid, por vía diplomática, quizá, se consiguiera algo.

El comisario tosió con una tos seca de fumador, comprobó que su cigarro se había apagado de nuevo y trató de hacerlo tirar. Estos farías, cada vez tienen más trancas y tiran peor, pero es lo que hay, y eso que me las manda un amigo directamente desde la fábrica de Galicia, porque las de Logroño todavía son de peor calidad. Volvió a toser y aspiró con fuerza para insuflar oxígeno a su puro y hacerlo arder. Volviéndose al inspector, con tono sugerente:

—Francés, pero habla el castellano como si fuera su lengua materna, con toda la soltura. Mira, Manolito, como parece que os caéis bien, el novelista y tú, digo, porque ambos sois algo poetas ¿por qué no quedas con él, fuera de servicio, como alguien que busca su amistad, sin carácter oficial, por supuesto, a ver que le sonsacas? No en comisaría, desde luego, quedáis a tomar un café, por ejemplo, o os vais de excursión al Moncayo, o a jugar al marro, lo que sea.

La propuesta era un tanto insólita, ir por ahí en plan de amigos con un posible sospechoso, pero nada de lo que surgiera de la privilegiada cabeza del comisario podría parecerle al inspector Buendía como desatinado, muy al contrario, lo concibió como una excelente idea. El viejo comisario se sumergió en sus cavilaciones mientras la ceniza del cigarro le caía por la chaqueta del ajado traje ante su total indiferencia. El inspector creyó conveniente retirarse y dejarlo sumido en los profundos pensamientos que, a no dudar, darían con la solución del caso.

Más tarde, Buendía cenaba con su mujer viendo la televisión, que en blanco y negro les traía imágenes de lo mal que lo estaban pasando en el resto del mundo, huelgas, desastres naturales, guerras, mientras aquí, mostraban al Caudillo tirando de una palanca que por arte de magia ponía en funcionamiento las turbinas de un gran pantano que había mandado construir, para producir no se sabe cuántos quilovatios de electricidad, suficientes para abastecer a un montón de hogares. El muchacho le comenta a su mujer que

alguna tarde tendrá que estar de servicio. Un servicio un poco raro ¿sabes? Es una buena idea que ha tenido el comisario, quedar con alguien relacionado con el crimen del empresario del teatro para sonsacarle, en plan de amistad, lo que pueda saber. Tendré que quedar el día y a la hora que quiera él, o sea que ya te lo adelanto. Su mujer asintió, pero le recordó que una tarde tenían que ir a comprar ropa para la niña, que toda se le estaba quedando pequeña. Crecía como una planta a la que se riega todos los días, añadió. En el televisor aparecía ahora una señora diciendo lo agradecida que estaba a su esposo por haberle regalado una lavadora para su cumpleaños, se había terminado el restregar la ropa, y lo recibía, al llegar a casa, con un beso y unas pantuflas para que descansara de su dura jornada de trabajo. Ninguno de los dos hacía caso al aburrido programa de televisión, ambos ofrecían una expresión beatífica pensando en lo bonita, lo lista y lo grande que se estaba poniendo la niña.



Partieron varios trenes, el suyo iba atestado de mujeres y niños. Pasaban los postes de telégrafo por las ventanillas, taludes y faldas de montañas cubiertos de árboles, más allá comenzaron a ver prados y granjas de cuyas chimeneas salía un humo lento y pacífico que se elevaba hacia un cielo nuboso y gris. Llegaban a estaciones donde paraban un tiempo. En sus andenes algunos aldeanos con aspecto tranquilo y feliz. A Sabina ese espectáculo le sorprendió, parecía algo nuevo. Hacía tanto tiempo que no veía gentes tranquilas yendo a sus quehaceres o, simplemente, charlando entre ellas, humo que no saliera de ningún incendio o explosión, sino de hogares que se le antojaban confortables, casas con los tejados intactos, que ese paisaje le pareció insólito. En alguna estación el vagón marchaba hacia atrás, luego hacia adelante, otra vez hacia atrás, en complejas maniobras del tren para cambiar de vía, desenganchar vagones, enganchar otros, o para que el que les servía de vehículo quedara unido a otro tren, que tomaría el rumbo que fuera. Ni sabían dónde estaban, ni adónde se dirigían, abandonados de la mano de Dios.

Tras incontables horas llegaron a una estación que no era de pueblo, más grande y con más ajetreo que las demás, el rótulo decía “Clemont-Ferrand”. Allí fueron invitados, su hijo y ella, a abandonar el tren. Quedaron de pie en el andén, junto a su hato con los pocos efectos personales que traían. Apareció una señora que les dijo pertenecer, eso creyó entender Sabina, a los servicios sociales del ayuntamiento y los introdujo en un automóvil dirigiéndose hacia la ciudad.

Lo poco que vio en el trayecto le produjo una agradable impresión, era una ciudad tranquila, limpia, con gentes que caminaban sin apresurarse, llena de tiendas abiertas a esa hora que exhibían en sus escaparates multitud de

mercancías. Clermont-Ferrand en aquellos tiempos no llegaba a los cien mil habitantes, era una ciudad muy provinciana, todo lo provinciana que puede llegar a ser una ciudad francesa del interior, y casi todo giraba alrededor de la fábrica de Michelin, quien no trabajaba en ella tenía al hijo o al hermano trabajando allí, o bien se ocupaba en algún taller auxiliar o empresa cuyo principal cliente era l'Usine, como familiarmente la llamaban los locales.

Un matrimonio ya mayor, sin hijos, los recibió. La asistente social, tras presentarles al matrimonio, madame y monsieur Batardon, les explicó que tendrían ella y su hijo alojamiento y comida en la casa, además de un sueldo, a cambio de ayudar a la madame en las faenas domésticas y en el taller de confección del marido. *Vous êtes couturière, n'est-ce pas ? Oui*, contestó Sabina. Para la ficha que le habían rellenado había dicho que su profesión era modista, *couturière*, había precisado el funcionario. Pensó que sería más fácil hallar trabajo de costurera, que de maestra; ni siquiera, a esas alturas, podría exhibir un título oficial de maestra, el nuevo régimen le habría quitado la licencia para enseñar, le habían llegado voces de grandes depuraciones entre los maestros, sobre todo los jóvenes que habían obtenido el diploma durante la república.

Monsieur Batardon, de edad poco definida, frizando los sesenta, autoritario, poco amable, alto y delgado, exhibía una figura que no habría resultado desagradable a no ser porque su afilada nariz destilaba continuamente un humor que le obligaba a llevar siempre el pañuelo en la mano. Sabina descubrió cuando le estrecho la mano para saludarlo, que su contacto era frío y húmedo. Su esposa, algo gruesa y baja de estatura, sus ojos eran acuosos, su mirada, estúpida, desprendía toda ella un aire de nulidad, de carecer de voluntad propia. Pronto Sabina conocería su débil personalidad, totalmente sustituida por la de su marido.

Cuando lo extraordinario se instala en la habitualidad se convierte en lo normal, así Sabina terminó por encontrar en la nueva rutina que suponía su vida de exiliada cierta sensación de regularidad. Sus sólidos conocimientos de gramática francesa adquiridos en la Normal le permitieron desenvolverse pronto con facilidad en la nueva lengua, una vez que su oído se hizo al

cantarcillo de los franceses meridionales. Sin embargo, el vacío dejado por Román se había convertido en una gran masa oscura que pesaba sobre su alma de un modo insoportable, sobre todo en las monótonas tardes frente a la máquina de coser. El trabajo en el taller de monsieur Barton era sencillo, casi todo se reducía a subir bajos y hacer pequeños arreglos en los uniformes de trabajo de l'Usine y los días eran monótonos e inexplicablemente largos.

Fue a las oficinas de la Cruz Roja para ver si podían averiguar el paradero de su marido. No está en la lista, señora, pero eso no es extraño, tenemos miles para localizar, cada quince días nos llegan nuevas relaciones, no se preocupe, en cualquier momento aparecerá. Lo importante es que no está entre los muertos y desaparecidos. Tenga esperanza. También esto terminó convirtiéndose en una rutina, su visita quincenal a las oficinas de la Cruz Roja, donde ya la recibían con cierta simpatía. No está en la lista de los aparecidos, ni tampoco en la de los desaparecidos ¿Dónde está? Se preguntaba. En un mundo intermedio, entre nosotros y los que ya no están entre nosotros, en una especie de seno de Abraham. Su hijo, que había comenzado a ir a la escuela maternal, crecía sano y bien alimentado, eso le daba fuerzas para continuar.

Pasados unos meses un acontecimiento trastocó la plácida vida de la villa, miles de personas, procedentes del norte del país, invadieron calles y plazas. Habían llegado en todos los medios de transporte, tren, autobuses, coches particulares, buscaban ansiosos alojamiento, todos los hoteles, pensiones y albergues estaban completos, y al no encontrarlo seguían camino. A ella este masivo éxodo le resultaba algo *déjà vu*, pero para los ciudadanos de la pequeña población supuso una gran convulsión, sobre todo porque desconocían si a ellos también les tocaría emprender la marcha. La Wehrmacht avanzaba inexorablemente sobre territorio francés, sin encontrar barreras a su paso. De pronto, cerca de la ciudad, detuvieron su progreso. El viejo mariscal Petain había firmado una capitulación con Hitler y Francia quedó dividida en dos, la Francia ocupada, con capital en Paris, y la Francia controlada, con un gobierno títere instalado en la vecina localidad de Vichy. A las pocas semanas se fueron levantando los improvisados campamentos que se habían instalado en la plaza de la catedral y en el parque de Blaise Pascal, los hoteles se fueron vaciando, y largas procesiones de coches cruzaron la ciudad hacia el norte.

Era el reflujo de los parisinos regresando a sus casas.

Cuando ya comenzaba a desesperar le llegó a través de su patrón la buena noticia, alguien le informaba que su marido estaba vivo y salvo, se hallaba en el maquis de la resistencia que se había hecho fuerte en el macizo de Vercors. Eso está cerca de la frontera con Suiza e Italia, antes de llegar a los Alpes, su acceso es difícil, añadió su patrón como información adicional.



No me digan que no resulta insólito el que un inspector de policía te llame para quedar contigo y hablar de literatura, pues eso exactamente es lo que ocurrió. Uno ya es mayorcito para que le vengán con cuentos, pero negarme era tanto como confesar que tenía algo que ocultar. Encantado, le dije, aunque ahora estoy bastante ocupado, solo tengo un rato libre por la noche, así que quedamos en vernos una noche y tomar unas copas.

Mire, inspector Buendía, vamos a algún lugar discreto, porque no es muy normal que el inspector que está investigando un crimen, del que yo puedo ser sospechoso, pues no solo conocía a la víctima, sino que estuve varias veces en su casa, vaya por ahí tomando copas con alguien implicado, como si fueran dos coleguillas. Eso me sirvió para encaminarlo a una sala de fiestas, que, siendo entre semana, estaría medio vacía, y, además, cortaríamos pronto.

Parecía algo desorientado en la oscura sala en la que se extendían unas mesas de velador, pantallita con luz en cada una de ellas, alrededor de una pista, que lo mismo servía para que bailaran las parejas que lo desearan, como para que exhibieran sus prodigios los artistas que actuaban en ella. Dos o tres parejas se encontraban en la sala, un grupo de amigos que debían festejar algo y poco más, la orquesta del local estaba atacando un bolero (atacando puede ser el verbo más preciso para la ocasión) y dos parejas bailaban a su cadencioso son, ausentes del resto del mundo.

Pedí dos gúisquis y como respuesta a sus requerimientos comencé a comentarle cómo veía yo el género policíaco. Pues la verdad, la literatura policíaca, sencillamente, no existe en este país. No sé a qué atribuirlo, yo creo que es por la falta de sentido del humor del sistema político, no está el horno para bollos, en confianza. He de reconocer que tampoco hay mucho en los

países de nuestro entorno, en Francia está el Comisario Maigret de Simenon, es cierto, pero es belga, y los belgas, ya se sabe, tienen un peculiar sentido del humor y todo les va bien, porque el *Arsenio Lupin* de Leblanc, es un fósil, no se le puede tener en cuenta, y lo mismo en Italia. Sí, hablo de humor porque en toda buena novela policíaca hay un fondo de humor, negro, si se quiere, pero humor al fin. En España, como mucho, se puede encontrar alguna novelucha de gánsteres, libérrimas copias de obras americanas en ediciones infames. Eso es todo. Yo mismo, que he podido publicar una en una edición aceptable, estoy traduciendo mis escritos al francés, porque en Francia puedo tener algo de suerte. Realmente esta especialidad, donde tiene arraigo y se la considera a la altura de cualquier otro género, es en la cultura anglosajona.

El inspector parecía seguir con interés mis palabras y no me interrumpía para nada, de seguir así pronto terminaría mi rollo y debería de someterme a su interrogatorio, tomé un trago y seguí, mirando como un náufrago alguna tabla donde asirme.

Ahí es nada, maestros como Raymond Chandler, sus obras no solo tienen intriga, sino que son profundos estudios psicológicos de sus personajes. ¿Que no le suena de nada? Desde luego no encontrará hoy traducida al español ninguna novela suya, yo las he leído en francés, pero seguro que le suena su detective *Marlowe*, y si no, la película de Alfred Hitchcock *Extraños en un tren*, cuyo guion escribió Chandler, aunque basado en una novela de Patricia Highsmith, otra de las grandes del género, ha escrito otros guiones para el cine, pero para mí su mejor novela es *El sueño eterno*, que se llevó al cine con un guión en el que intervino Faulkner. Anterior a Chandler tenemos a Dashiell Hammett, de cuyas novelas han salido buenas películas, incluso todo un novelista consagrado como es Truman Capote, no tuvo ningún empacho en escribir *A sangre fría*, un verdadero thriller.

Estaba ya agotando mi discurso, cuando llegó la ayuda que hacía rato estaba implorando, en la figura de la Margot y la Meri (no, Mary, sino, “la Meri”, y el tratamiento de “la”, con todo el derecho del mundo) una morenaza sevillana de Triana y una trigueña cacereña, que se acercaban con la mejor de sus sonrisas contoneándose. Ambas me conocían, desde luego, pero hay que

reconocer que eran unas profesionales desde el moño hasta la punta de los tacones de aguja que llevaban, y se hicieron las extrañas al verme con un desconocido. No sabían qué terreno pisaban y optaron por lo más sensato, me saludaron como si yo hubiera entrado por primera vez en el establecimiento.

Con el inevitable “¡hola, guapos! qué solitos estáis ¿nos invitáis a una copa?”, se sentaron a nuestro lado sin esperar respuesta. El inspector pareció encogerse y evitar el contacto de la sevillana. A ella le descubrí una sonrisa pícaro al rozarle con sus generosas ubres. El inspector respondía a cada uno de estos contactos con una especie de ligero espasmo, como si le aplicaran una leve corriente eléctrica. Dejé que disfrutara un rato de esas seguramente para él nuevas, o al menos olvidadas, vibraciones, pero cuando vi que la mano de la chica comenzaba a explorarle la entrepierna, decidí que era el momento de dar por terminado el juegucito: bueno chicas, tomaros esa copa rápidamente y abriros, porque aquí el colega y yo tenemos negocios que resolver y vosotras no formáis parte del consejo de administración. Las copas, que contenían un brebaje de un color similar al güisqui, quedaron intactas sobre la mesa y la Margot, le espetó a la Meri: “venga, tú, mueve el culo, que estos son unos malajes”. Y levantándose, aun nos dedicó una sonrisa para decir, “vosotros os lo perdéis, pero para que veáis que no os guardamos rencor, aunque no os lo merezcáis, les diremos a las compañeras que no os molesten”.

Para que aquello no se convirtiera en la noche más larga del año fui decididamente al grano, a lo que sospechaba que verdaderamente le interesaba al inspector: le habrá extrañado que esté traduciendo mis novelas al francés, yo soy perfectamente bilingüe, aunque prefiera escribir en español, lo encuentro más sonoro y más rotundo para una novela de gánsteres y policías, el francés es más melódico, seguramente mejor para un romance de amor. Mi soltura con el castellano viene de una chacha española que teníamos en casa. Pasaba gran parte del día con ella, porque mis padres marchaban a trabajar por la mañana y no volvían hasta mitad de tarde, trabajaban en una de las fábricas del cinturón industrial de Lyon. Esta chica, era bastante joven y alegre, era muy habladora, se pasaba el día contándome historias de su tierra, cuentos, supersticiones, de todo, de modo que casi puedo considerar al

español, junto al francés, como lengua materna. Más tarde frecuenté los círculos de emigrados españoles que trabajan en Francia, son muchos, puede haber un millón en estos momentos, de chicas de servicio, ni le cuento, muy apreciadas, por cierto, para seguir practicando el castellano. Sus eternas referencias a su país de origen y sus constantes elogios a su patria me hicieron cobrar un vivo interés por conocerla. Para abreviar, me gradué como psicólogo y aunque allí tenía trabajo de sobra, porque había muy pocos especialistas, apenas si se están formalizando estos estudios, mi ilusión era conocer este mítico país y aquí estoy. Soy un descendiente de los Manet o los Mérimée, o de tantos otros franceses fascinados por la insólita España. Llegué, había una plaza vacante de psicólogo clínico, mi especialidad, porque no encontraban ningún especialista formado en España. No lo podían encontrar, no existen esos estudios aquí, salvo algunos cursos de doctorado en la facultad de filosofía y letras, pero en el hospital tenían casos de dificultades de conducta que no eran derivables a psiquiatría, porque carecen de ese tipo de patología. Les vine como “pedrada en ojo de boticario”, como por aquí se dice, de modo que me contrataron. Esta es la breve historia de mi vida, nada de particular, desde luego, salvo porque me fascina la psicología humana, y por lógica derivación, los temas policíacos.

Otra vez vino la campana salvadora, un presentador estaba anunciando el primer pase del espectáculo. Se despejó la pista de las escasas parejas que estaban bailando, y todos nos dispusimos a disfrutar de las maravillosas distracciones venidas de los mejores cabarets de Berlín y París, que nos prometía el presentador. Apareció la vedete cantando una canción con aire pícaro; luego otra chica parodió una especie de striptease, pero como mucho se quitó, con gran prosopopeya, eso sí, los largos guantes hasta más arriba del codo y un faldellín, para quedar cubierta con un body, más de eso no lo habría permitido la moral de la época y el empresario se habría arriesgado a una fuerte multa; las coristas con el clásico body y bastón, tocadas con una chistera, se esforzaron por bailar moviendo el pompón de su trasero y realizando con esfuerzo pasos de *leg up*; salió otra vez la vedete y, por fin, el cómico de turno contando unos cuantos chistes de sal gruesa para animar a la escasa concurrencia. Con el anuncio de que dentro de una hora volvería a representarse el segundo pase, concluyó el espectáculo.

Como no estaba en nuestro ánimo volver a disfrutar de esa maravilla, la sala no era el Lido, desde luego, a pesar de que el presentador dijera que las estrellas del espectáculo venían de triunfar en los mejores cabarés de París y Berlín, fingí un bostezo, y le insinué a mi acompañante que deberíamos irnos, lo que le pareció de perlas. Aboné las consumiciones, con las consabidas protestas del inspector (este es uno de los aspectos de la educación española que más me admira, el ardor y energía con la que se defiende el derecho de pagar las consumiciones de bares y cafeterías). Salimos a la calle, con evidente alivio de ambos, nos despedimos con un fuerte abrazo, como si fuéramos dos condiscípulos que volvían a reencontrarse después de varios años de haber abandonado la facultad. Y eso fue todo.

El inspector Buendía llegó a su casa con cierta molestia en el estómago producida por los güisquis que, a no dudar, no eran de solar conocido, por mucho de que en la etiqueta de la botella pusiera Chivas Regal 12 años. Trató de entrar sin despertar a la pequeña y a su mujer, sin encender la luz, de manera que fue tropezando con todos los muebles y enseres de la casa. La niña echó a llorar, su mujer le dirigió una mirada feroz y él cayó sobre la cama como un fardo. A la mañana siguiente su mujer seguía de morros: no sé dónde pudiste meterte anoche, echabas un pestazo mezcla de alcohol, tabacuzo y perfume barato que tiraba para atrás. Él trató de explicarle que no podía elegir el sitio de la entrevista, que fueron a una sala de fiestas donde la gente fumaba y bebía, en fin, que son cosas del trabajo, que no siempre se puede elegir. Pues espero que estos trabajitos extra no se prodiguen, díselo así a tu admirado comisario. Que los haga él, al fin y al cabo no tiene familia a la que incomodar, replicó mientras le servía el café y las tostadas. Cuando uno está casado ya sabe que tiene obligaciones. Por allí habría cuatro pelanduscas, de esas que a los hombres os encandilan mientras os arrasan la cartera. Había algo de celos en sus palabras, de hembra que ejerce su derecho de posesión sobre el macho que es de su propiedad exclusiva. Mujer, para mí esto forma parte del trabajo, que sé distinguir cuando uno está de juerga y cuando se está de servicio. Te aseguro que no fue una diversión, muy al contrario, yo estaba a lo que estaba y tan pronto como pude me marché. Como única contestación a sus protestas recibió otra admonición: ¡ah! y lo de las pulgas, también, que lo resuelva él que es tan listo. No me faltaría otra, que me llenases la casa de

pulgas. Esto último es lo que más le dolió al joven, el asunto del crimen tomado a chacota, menospreciar así su trabajo, pero optó por callar e irse en cuanto pudo.

Salió a la calle contrariado y contestó a los “buen día, señor Buendía” de los conocidos con gruñidos. Los porches del paseo estaban concurridos a esa hora, sobre todo por oficinistas y funcionarios que se dirigían al banco o al organismo donde trabajaban, comprando el periódico en alguno de los quioscos, los plátanos de sombra permanecían desnudos pero ya atisbaban la primavera cercana, los tranvías atestados de gente que iban o venían al trabajo chirriaban con estrépito. Poco a poco se fue olvidando del rifirrafe familiar que le había causado un profundo disgusto, quizá, porque barruntaba y se resignaba a que poco a poco, con el tiempo, el dulce carácter de su mujer fuera cambiando a algo menos almibarado.

Al poco rato de llegar a la oficina entró en ella el comisario, como siempre, a pesar de que la mañana no era muy fría, encogido dentro de su gabán, las solapas subidas, las manos en el bolsillo, la cabeza cubierta con su sempiterno sombrero y resoplando. Tras decir algo que podía traducirse por “buenos días a todos”, corrió a encender la estufa eléctrica de su despacho y se sentó a su lado sin despojarse de las prendas de abrigo.

—Buenos días, comisario —saludó Buendía, cerrando tras sí la puerta del despacho.

—Hola, Manolito ¿Cómo va todo?

Buendía le explica que la noche pasada había tenido una entrevista con el novelista, tal y como le había pedido. Que ¿qué había sacado? Un dolor de estómago, una sensación de que su cerebro era de corcho, un olor nauseabundo a humo de tabaco (en este punto, el comisario sacó un faria del bolsillo superior de su chaqueta y comenzó a la ardua tarea de prenderle fuego) y una discusión con su mujer. De información, bien poca, en realidad nada que no supieran ya: que el interfecto era de nacionalidad francesa, que había sido criado por una chacha española ya que sus padres desaparecían del domicilio

durante una parte importante del día para ir a trabajar, lo que explicaba el dominio del español, que frecuentó los círculos de emigrantes españoles para reforzar su conocimiento del idioma, que estudió psicología y vino a España porque quería conocerla, lo contrataron en el hospital, ante la ausencia de psicólogos formados en nuestro país, y hasta hoy.

El comisario luchaba con su faria para que no se apagase, era de las que tiraban con dificultad, ahumando a su joven amigo, que estoico soportaba el odioso humo que le irritaba las mucosas, y para un buen observador no habría pasado inadvertido algún gesto en la cara del comisario que revelaba que se estaba divirtiendo. ¿Por qué has discutido con tu mujer, si me permites la pregunta, que no quiero meterme en tu vida, entiéndeme, por esta entrevista? El inspector le explicó que la entrevista fue anoche en una conocida sala de fiestas de la ciudad y llegó a casa un poco tarde, y su mujer no está acostumbrada a que él salga de noche solo y eso la contrarió, pero que la cosa carecía de importancia.

—Manolito, un consejo: vete alguna vez solo o con un amigo a tomar unas copas, aunque te aburras, pero que tu mujer se acostumbre a que alguna vez, cuando se revuelva sobre sí, no te vea pisándole las faldas. Hazme caso, muchacho.

Tan acertado que está siempre el comisario en sus juicios profesionales, sin embargo en el tema de las relaciones dentro de un matrimonio andaba un tanto despistado y sus ideas muy anticuadas, de modo que no había que hacerle ningún caso. Continuó dando al comisario algunos detalles más de la conversación aunque carecían totalmente de interés.

El comisario disfrutaba con disimulo al escuchar los pormenores de la broma que le habían gastado al joven inspector, pero eso formaba parte de la formación de esa policía renovada, con estudios de derecho y educación esmerada. Tosió para interrumpirle: ese pollo es más listo de lo que parece. En fin, cuando llegue la información que hemos solicitado sabremos si nos dice la verdad, aunque como muy acertadamente me comentaste, nada podemos esperar de la tan admirada Francia, que tan poco puñetero caso nos

hace. Como tengo que ir a Madrid a una reunión de comisarios sobre el nuevo organigrama de las comisarías, haré alguna indagación por mi cuenta entre mis contactos.



Había quedado con su amigo Simón para comer juntos en una taberna de la calle Mayor y lo esperaba en la barra tomando una caña. Cuando llegó Simón, ambos se abrazaron efusivamente.

—Vaya Simón, viejo carcamal, se te ve muy bien. La vida es bondadosa contigo, porque somos de la misma edad, y estás hecho un muchacho.

Simón le contestó con similares elogios, “mi querido amigo Andrés, el comisario González, a ti sí que se te ve bien”, la verdad es que ninguno de los dos parecía un chaval, tenían barriga, entradas ya pronunciadas y con mucha benevolencia se les podría calificar de maduros de buen ver.

Entraron al comedor, y comenzó una animada conversación. Qué ¿cómo por Madrid?, ¡ah, ya! una de esas reuniones para recibir órdenes, nueva reorganización de los servicios, menos autonomía y más partes y formularios, lo de siempre. Ya se había enterado de lo de Emilia, y lo había sentido mucho, pobre, era joven, qué buena y simpática era. Y tú quedarías desecho, claro, la soledad a estos años se lleva mal. Toñi, mi mujer está bien, y los hijos muy grandes, el mayor ya se ha casado Y tu hijo, ¿todavía por Londres? Que siga por allí, que aquí, ya ves, las cosas no pintan nada bien, cada dos por tres hay manifestaciones y la policía armada a porrazos. Esto no tiene buena pinta, Andrés, que te lo digo yo, dile a tu hijo que siga por ahí fuera. El día que ese señor del Pardo muera esto puede terminar como el rosario de la aurora. En provincias estáis más tranquilos, pero aquí, en Madrid, no te voy a contar, cuando salgo de la Dirección, ni me atrevo a dirigir la mirada hacia los ventanucos que dan al sótano, no quiero saber nada de lo que pasa allí abajo. Pues yo ya ves, relegado a los archivos, aunque no me quejo...

El camarero los interrumpe para solicitar la comanda. Aquí hacen unos callos de muerte, Andrés, atento. ¿Qué tenéis de cuchara? ¡Ah! Lentejas estofadas, pues para mí eso, las lentejas y unos callos, que los tengo prohibidos en casa y voy a aprovechar, y aquí el amigo, que te diga. Ambos pidieron lo mismo, y una frasca de vino. No, nada de gaseosa, que se inflan los callos e igual después salimos del establecimiento volando como ese de la alfombra mágica.

—Lo que te iba diciendo, a los archivos, bien tranquilo que estoy, creen que me hacen una putada y es lo mejor que me podía ocurrir. Nosotros, Andrés, los de las promociones de la república, no les ofrecemos confianza. Nos tienen que ir ascendiendo por escalafón, qué remedio, pero eso es todo. Mírate a ti, con lo brillante que eras. No, nada de modestia, brillante, que te lo dice un compañero, que no tengo por qué darte jabón. Después de tantos años de servicio estás de jefe de una comisaría de tres al cuarto, y yo, jefe de sección de archivos.

Detuvieron la conversación mientras les servían los platos. En tanto, Simón elogiaba el aroma que despedían las lentejas: como en casa, aquí se come como en casa, cocina casera auténtica, y limpieza, mucha limpieza.

El local se estaba llenando, voces, saludos, parroquianos habituales, los camareros iban de mesa en mesa recibiendo con una sonrisa bromas, mientras tomaban la comanda, contestando que la familia seguía bien, que Romualdito había sufrido unas paperas, que a don Zenón hacía días que no lo veían por allí. Reinaba la franca camaradería que solía llenar estas tabernas y mesones en los alrededores de la Plaza Mayor, cuando todavía no había aparecido esa especie invasora capaz de destruir cualquier ecosistema, que se denomina turismo de masas.

Pidieron los postres, sendas natillas y leche frita. Los dos acercaron sus cabezas adoptando un tono confidencial y de extremo secreto: en cuanto a lo que me encargaste, no puedo hacer nada. El expediente está clasificado como alto secreto. Ni yo puedo consultarlo, tendría que firmar en el libro y se me pedirían explicaciones de inmediato. Olvídate del tema, Andrés, no hagas

mala sangre, dentro de cuatro días la jubilación y, ¡hala!, a olvidarte de este complicado mundo, hasta tendrás que entregar la placa y la pistola. Yo soy como tú, tengo la necesidad de hacer las cosas bien, pero, claro, dentro de nuestras posibilidades. No estamos llamados para implantar la justicia en el mundo, si lo estuviéramos se nos habrían facilitado los medios ¿no?. ¿Un coñac, con el café? Anda, sí, que este encuentro hay que celebrarlo, a saber cuánto tiempo pasará para volvernos a ver de nuevo. Brindemos por nosotros, tantos años de conocernos y no hemos discutido ni una sola vez. En cuanto a lo del chico francés ese, ni sueñes con que nos dirijamos a la gendarmería francesa en petición de ayuda, en el insólito caso de que se decidieran a pedir información no nos harán ni puñetero caso, te lo adelanto, las relaciones con el vecino país son francamente malas, explican que no pueden colaborar con una dictadura, ellos, el país de la libertad y los derechos humanos.

Cuando el comisario Gómez cogió el autobús que le llevaría a la recién estrenada estación de Chamartín a la espera de un tren que le devolviera a su ciudad, llevaba el ánimo bastante decaído. El encuentro con su viejo colega y amigo, aparte de la alegría que supuso volver a verlo, le puso en evidencia el implacable paso del tiempo, cómo los años habían vencido su ilusión y energía. La decadencia que se había apoderado de ambos. Parecía ayer cuando acababan de ingresar en el cuerpo y parecía que el mundo les pertenecía. Sus correrías por los bailes y cafés madrileños, los fines de semana. Ese Madrid, hoy abolido, que se mostraba alegre, bullicioso, abriendo el escote de sus avenidas a los paseantes a la salida de los cines y teatros y a los automóviles, escasos pero rutilantes, reflejando en sus cromados las luces de los establecimientos elegantes. Le embargaba la sensación de una decadencia universal, no solo ellos habían sido abatidos por los años, el propio Madrid parecía sin pulso, una gran urbe provinciana, de gentes apáticas sin ilusión, como si el tiempo se hubiera detenido y todo marchara por pura inercia a la espera de un acontecimiento que no acababa de llegar, que hiciera despertar y recobrar la pulsión de la vida.

Cuatro largas horas por delante hasta que el tren lo devolviera a su ciudad daban mucho de sí, para dormir, para fumar sus apestosos farías y hasta para pensar, algo que el comisario detestaba, pues siempre sus pensamientos

volaban a tiempos ya remotos e irremediabilmente perdidos. El inexorable paso del tiempo es algo que le angustia. Le angustia, fundamentalmente, porque no lo comprende, no termina de explicarse que hubiera una época en la cual, si no puede decir que el tiempo dejó de existir, al menos no experimentó su transcurso irremediable, los días se sucedían a las noches y nada hacía prever que este ciclo se agotara, era joven y al día siguiente seguía siendo tan joven como el anterior. ¿Cuándo dejó de ser joven? ¿En qué día? No tenía contestación a esa pregunta, lo único que podía decir es que de pronto tuvo la sensación de que su juventud había quedado atrás, perdida en un tiempo brumoso, mítico e irrecuperable, que ya no volvería a ser joven jamás, y a partir de entonces sintió cómo el tiempo aceleraba su veloz carrera, que los días huían y se perdían a lo lejos. No bien había acabado un año, que ya se acercaba el fin de otro. Desde que quedó viudo, se sintió ya irremediabilmente viejo, aunque para el común de la gente no fuera sino un hombre maduro, pero con la muerte de su esposa quedó como un olmo que partido por el rayo, ha perdido la mitad, al menos, de sus ramas, mortalmente amputado. Absorto en sus meditaciones y envuelto en el humo de su faria de pronto advierte los aspavientos que hace una pasajera para ahuyentar el humo de su cara, una forma de mostrar su molestia. El comisario se levanta, pide disculpas a la señora y sale al exterior del vagón para apagar su cigarro. Vuelto a su asiento se sumerge otra vez en sus pensamientos. Ahora piensa que quizá el tiempo no transcurra, que está ahí desde la eternidad contemplándonos, que somos nosotros los que nos deslizamos por él, que surgimos, estamos un rato y desaparecemos, mientras él permanece impertérrito. Realmente el tiempo no existe, somos nosotros los que desde que nacemos comenzamos a desaparecer, y para eso tanto ruido y esfuerzo, en lugar de dejarnos deslizar plácidamente por su espalda. Termina por dormirse.

Tan pronto como Sabina supo que su marido estaba vivo trató de establecerse cerca de él, de modo que haciendo un hato con las escasas ropas que poseían y de la mano de su hijo salió por la mañana, tras despedirse brevemente del matrimonio Batardon, con dirección a Lyon. Nada la ataba a Clermont- Ferrand y la hospitalidad del matrimonio había sido pagada con creces.

En Lyon fue extrañamente bien recibida, todo le pareció muy sencillo, encontró trabajo de costurera fácilmente y también un modesto apartamento, barato. Su hijo encontró plaza en un colegio. Quizá la ocupación alemana había hecho reflexionar a los franceses y vieran con más simpatía a los desgraciados refugiados españoles.

En Lyon la vida aparentemente se regularizaba, ella tenía un trabajo que le permitía vivir, recibía regularmente cartas de su marido, su hijo iba todos los días al colegio. El mundo se desangraba en una cruel guerra, pero la regularidad parecía haber llegado a su vida.

Un miembro de la resistencia que se hacía llamar Tom Pouce le hacía llegar regularmente cartas o notas de su marido refugiado en el macizo de Vercors. Para ir a su trabajo, Sabina debía cruzar el Ródano, que atraviesa la población, por el puente Gallieni. Un día volvía de su trabajo caminando tranquilamente hacia su apartamento, al poco de pasar por el puente, por la rue Berthelot, frente a una vieja escuela de medicina que la Gestapo había ocupado y convertido en su sede, y que por eso mismo, Sabina atravesaba con aprensión, cambiando de acera cuando tenía que pasar por ella, vio como salía de ella aquel individuo conocido por Tom Pouce y cuya verdadera identidad desconocía. Si bien nunca le gustó aquel individuo de maneras corteses y de estrambótica elegancia, que usaba un monóculo, y vestía ropas de corte

anticuado, y que siempre le pareció un hipócrita de poco fiar, desde que lo vio salir de la sede de la Gestapo su desconfianza hacia él se acrecentó, aunque nada podía hacer para evitarlo, era quien la mantenía informada sobre su marido.

Y de repente un día, golpes secos en la puerta. ¡La Gestapo! Siempre ocurre de madrugada, cuando los que van a ser detenidos se sienten más vulnerables. La desprotección de la noche, las sombras llenas de amenazas, el barrunto de un día que se acerca preñado de tristeza. Todo contribuye a doblegar el ánimo del detenido, a que ofrezca la menor resistencia. Desde que se enteró del atentado en el que, al parecer, habían muerto tres alemanes, sabía que esto podía ocurrir. Por eso, con una excusa, dejó a dormir a su niño en la casa de los vecinos, un matrimonio francés que les mostraban mucha simpatía. Extrañamente lo presentía, se diría que los estaba esperando.

—Vístase, rápido, y acompañenos. No es necesario que coja nada, no estará fuera mucho tiempo.

Entre el grupo de guardias creyó ver a un sujeto, bigote recortado, sombrero flexible, gabán gris, que vestía una camisa azul mahón. Falangista, seguro, pensó. Ya no cabía duda de lo que ocurriría.

Subió a la caja de un camión ocupado ya por varias personas, hombres y alguna otra mujer. Caras lívidas, gesto abatido, silencio absoluto. Continuó la peregrinación por las desiertas calles de Lyon. Una parada, y al poco rato, otro detenido subía al camión. Lento y angustioso viaje nocturno, las calles mojadas reflejaban tristes la incierta luz de las farolas, puertas y ventanas cerradas herméticamente, ni un solo rayo de luz se filtraba de ellas, ni un solo rumor, ni siquiera un ladrido o los pasos de un madrugador, nada, parecía que la ciudad hubiera quedado desierta por algún raro fenómeno. El camión de la muerte, a su paso todo quedaba desierto. Los detenidos no se atrevían ni a mirarse entre ellos, los ojos miraban hacia su interior, la negra bilis les subía estómago arriba.

Cuando el camión enfiló la calle que conducía a la prisión de Montluc, ya

sabían su destino. El portalón, único vano abierto en el severo muro que constituía la fachada de la vieja “Prison Militaire”, como rezaba sobre la entrada, y que le daba un aspecto de fortín militar, se cerró tras ellos. Sabina creyó leer un rótulo con la leyenda “lasciate ogni speranza, voi ch’entrate” —si no está, debería estar, piensa— a la entrada de este otro infierno peor que el de Dante, el reino de Klaus Barbie, el mundo de la crueldad y la abominación.

Llegados, los prisioneros son bajados a empujones del camión. Se les hace formar en el helado patio de la prisión. Alborea, un rosado y frío resplandor, el rocío se hiela sobre la cabeza, cara y manos de los detenidos. Pasada media hora comparece un oficial alemán, que pasa lista, los prisioneros contestan con voces apagadas. Penetran en la lóbrega cárcel, puertas de hierro que se abren y se cierran a su paso, pasillos deshumanizados. Ordenan volver a formar. Otro recuento, una fila delante de una mesa donde un soldado realiza una sumaria ficha de cada uno, mientras se les despoja de todos sus efectos personales y aditamentos, bolsos, relojes, joyas, gafas, cinturones, corbatas, cordones de los zapatos. Se les dirige a una larga galería iluminada con unas tristes luces que emanan de bombillas cubiertas con una malla metálica, a ambos lados de la misma se abren unas pesadas puertas de madera con varios cerrojos y un pequeño agujero que permite ver lo que pasa dentro. Son empujados en varias de las celdas de esa galería; seis u ocho en cada una, un espacio de cuatro metros cuadrados, sin ningún amueblamiento. Quedan hacinados en los cubículos. Ninguna información, ninguna instrucción. Almacenados como objetos.

El silencio de la galería se rompe de vez en cuando con el ruido de las botas de los carceleros y órdenes breves, precisas, emitidas como un grito. Ruidos de cuerpos que se arrastran o caen pesadamente al suelo como sacos, lamentos, quejidos. Es imposible saber si ya es de día, ni medir el tiempo que pasa, una sensación de intemporalidad, de no existencia, de estar fuera del mundo de los humanos. La bilis sube del estómago a la garganta, la negra bilis del miedo.

A las pocas horas el pequeño cubículo atestado de gente es un infierno. El

suelo está cubierto de excrementos, faltaba el oxígeno, algunos han perdido el conocimiento, o puede ser que hayan muerto. La realidad es mucho más cruda de lo que se decía en voz baja sobre el horror que había impuesto Klaus Barbie en el establecimiento carcelario. Barbie, recientemente llegado a la ciudad para hacerse cargo de la seguridad local, como capitán de seguridad de la 4ª sección de la Gestapo, el que sería con el tiempo conocido como *El Carnicero de Lyon*, por su extrema crueldad y sus numerosos crímenes, a pesar del poco tiempo que llevaba entre ellos ya se había dado a conocer extendiendo el horror por la ciudad.

Sabina se evadió de la realidad, quizá como una reacción natural para resistir, y retrocedió a los pasajes felices de su vida. Su juventud en Soria, la felicidad de una vida sencilla con sus padres y hermanos, sus amigas del colegio. Una vida rodeada de afecto familiar, de alegres y simples diversiones disfrutadas con sus amigas, sus primeros flirteos con los jóvenes de su edad. La alegría de las fiestas patronales de San Juan, los bailes en el casino. Los breves, pero intensos veranos en su ciudad, cuando el clima se hacía muy benigno y se podía pasear plácidamente por El Espolón y la Alameda, gastando bromas a los chicos. Sus estudios en La Normal, la alegría de obtener el diploma de Magisterio. Luego la preparación de las oposiciones y, por fin, la obtención del título de maestra nacional. Su destino en Madrid. Comenzar a salir en serio con un chico, con Román, un joven teniente que sería el hombre de su vida.

La tortura finalizó al día siguiente de madrugada. A empujones fueron sacados de la celda, algunos hubieron de ser arrastrados por el pasillo de la galería, porque no podían tenerse en pie. Sin discriminación de edad o sexo, fueron conducidos en grupos de diez en diez a un largo patio franqueado por dos altos muros de cemento, donde fueron sumariamente fusilados.



Ya de vuelta, el comisario González llama al inspector Buendía a su despacho. Se le ve preocupado, cosa extraña en él. Había sido llamado de Jefatura para informar sobre la marcha de la investigación y no podía ofrecer grandes cosas, desde luego ninguna conclusión, ni siquiera una hipótesis preliminar. El caso no es que estuviera abierto, es que no había nada, estaban como el primer día, a pesar del trabajo realizado. No era frecuente que no hubiese descubierto nada, en otros tiempos ya lo tendría resuelto o a punto de resolver ¿estaría perdiendo facultades?

—Veamos, Manolito, veamos qué hemos hecho, qué nos queda por hacer y a qué conclusiones hemos llegado. Me han llamado a capítulo y seguro que no es para darme una gratificación, a lo peor para darnos largas vacaciones.

—Trabajo hemos realizado mucho, eso no nos lo podrán negar, González, tengo a toda la comisaría comprobando las coartadas que todos parecen tener, pero resultados, bien pocos.

El inspector con el expediente en la mano comienza a enumerar las diligencias practicadas. Una cosa hay que descartar, dadas las circunstancias: el suicidio. Manolito, no te pongas estupendo, eso es más que una evidencia. Sí, evidente, bien, pero en casos de muerte no natural, lo primero que hay que hacer es ver si se trata de un suicidio. El comisario no responde y ante su silencio, el inspector continúa. Tal como el forense les explicó, y el comisario había intuido —recalca esto para ver si levanta un poco el ánimo del comisario, que no parece estar en su momento más eufórico—, parece que el o los asesinos trataron de revestir el crimen con circunstancias que le dieran una apariencia de un asesinato pasional, pero las diligencias practicadas hasta ahora no permiten sustentar esa hipótesis, no tenía amantes, que se sepa, solo

sexo pagado y pagado generosamente, como han afirmado los profesionales que lo visitaban. Todos estos son sospechosos, sí, pero no tienen ningún móvil para cometer el crimen, alguno se ha dolido por perder un buen cliente. Claro, que de esta gente marginal cualquier cosa puede esperar uno: un acceso de locura, un pronto, y, lo que es más promisorio, que hubieran actuado como sicarios. Aunque todos ellos tienen coartada, que los chicos de la comisaría han estado comprobando, y son ciertas. Algunas, basadas en testimonios de amigos, pueden ser más falsas que un duro de goma, pero no se puede llevar ante el juez a un presunto culpable que no tiene móvil y además cuenta con una coartada, ya me dirás, nos manda a paseo.

—¿Sicarios, dices?

—Sí, es un campo de investigación que hay que explorar, aunque quizá no nos lleve a ninguna parte. Me explicaré, hay personas varias personas que podrían beneficiarse de la muerte de este individuo, personas importantes, que le debían cantidades más o menos grandes de dinero. Lógicamente, si muere, además de desconocerle herederos, las deudas podrían quedar saldadas. A ninguno de estos posibles autores intelectuales los considero con redaños suficientes para matar por propia mano, pero alguno de ellos sí que podría ser capaz de contratar a un ejecutor por dinero. Sin embargo, tenemos el inconveniente de que los “visitantes” que hemos interrogado tienen todos, como digo, una coartada para la tarde del crimen, y el sicario debería ser uno de ellos porque se le facilitó la entrada y al perro de la víctima no le inquietó la visita, además, queda un último detalle para descartar este supuesto, ninguno, que se sepa, es asesino profesional o tiene conocimientos de anatomía o cirugía, que es lo que nos indicó el forense.

-¿Y qué me dices del pollo novelista ese? Del que hemos hablado tanto. No tiene un móvil que conozcamos, pero trabaja en un hospital y desconocemos qué ha sido de gran parte de su vida. Habla un perfecto castellano y pudo coincidir con la víctima en Francia. Quizá haya algún hecho, desconocido para nosotros, que pudiera generar una venganza. Pero esto no lo sabremos, por el mutismo de la Brigada Central de Información y por las malas relaciones que mantenemos con Francia. Hay un hecho a tener en cuenta, la víctima ocultaba

deliberadamente su verdadera identidad, casi nadie la conoce, se hacía llamar por ese ridículo nombre, que él llamaba artístico, de Mr. Chapelton, lo que sugiere un oscuro pasado.

—Que trabaje en un hospital no nos permite pensar que tenga buenos conocimientos de anatomía y cirugía, su especialidad es la de psicólogo, y la psicología se estudia en las facultades de letras, es una disciplina que nada tiene que ver con la anatomía del cuerpo humano y sí con la mente. Lo más importante es que tiene una coartada sólida, la tarde del crimen estuvo toda la tarde en el hospital, está la tarjeta de asistencia picada a la entrada, las quince horas, y a la salida, las veinte horas, la he visto con mis propios ojos.

El comisario hubo de dar la razón a su ayudante y reconocer que había hecho un concienzudo trabajo, pero ambos concluyeron en que estaban más perdidos que un ciego en el museo de El Prado. Más que el barco del arroz, como dicen en Cádiz, jefe —apostilló el inspector.

La primavera comenzaba a mostrar su risueña cara, soplaba una suave brisa, fresquita pero no el helador cierzo de otros días, de haber tenido el comisario humor de fijarse en los árboles urbanos, habría notado algunos brotes florales en los cerezos bordes del paseo; y, como los ailantos, mostraban ya sus pequeñas flores de un amarillo desleído o un blanco sucio; pero su talante, a pesar del inminente cambio de estación, no había mejorado mucho. Por otra parte, la primavera solía obsequiarle una molesta rinitis y su mente no vagaba por el parte meteorológico, sino por el motivo real de la cita que tenía dentro de unos minutos en la Jefatura Superior de Policía. ¿Qué querrán estos de arriba, ahora?, se preguntaba.

En jefatura saludó a viejos compañeros, no era habitual verlo por allí, trataba de no pisar esa casa a no ser por causa de absoluta necesidad. Según él estaba llena de pelotas, burócratas e ineptos. Saludo a la secretaria del jefe, una antigua y eficiente funcionaria del cuerpo administrativo con una afectuoso “Buenos días, Antoñita ¿va bien todo?” A lo que la aludida contestó con el mismo afecto, advirtiéndole que pasase al despacho. Lo estaban esperando.

Aquello no parecía una reunión de trabajo, más bien un tribunal inquisitorial. Centrado en su mesa de despacho, el jefe superior, flanqueado por el inspector jefe de la brigada de investigación criminal (el jefe de la BIC, como comúnmente lo llamaban) y por un inspector zascandil, que sin que nadie supiera muy bien cuál era su cometido, solía estar metido en todos los caldos. El comisario González hojeando el expediente relató pormenorizadamente todas las diligencias practicadas en el caso. Se le escuchaba con cierta displicencia, uno semejaba más interesado en las volutas del humo de su cigarrillo, otro daba vueltas a una pluma estilográfica y el otro atisbaba posibles musarañas por el techo. Al terminar su exposición, el jefe superior tomó la palabra y con aire autoritario peroró

—Creo, señor comisario González, que en este asunto se ha excedido en su celo profesional. Esto no son unas diligencias preliminares.

Aquí protestó el comisario alegando que no se le habían encomendado unas diligencias preliminares, sino la investigación del caso. Tras un tira y afloja dialectico sobre la extensión de las órdenes, el jefe zanjó la cuestión:

—En el caso de que el oficio no concretara este punto, se daba por supuesto, estos asuntos los lleva siempre la BIC. Pero no nos perdamos discutiendo este aspecto menor. El asunto parecía bastante claro, y así lo han expuesto los medios de comunicación, con las pesquisas que han hecho por su cuenta, incluso dan escabrosos detalles que lo corroboran, se trata de un crimen perpetrado por asociales, un caso de celos, de venganzas personales, para entendernos, un asunto de maricas, vamos. Todo el mundo lo ve así excepto usted, que se ha ido por caminos y vericuetos accidentales molestando a personas muy honorables de esta comunidad, gentes de orden, sin tacha alguna. Sepa usted que tengo una queja muy enérgica del gobernador civil por este cúmulo de diligencias realizada por usted y los funcionarios a sus órdenes cerca de estas personas, visitando sus despachos, preguntando a miembros de la familia, creando una alarma innecesaria y muy molesta. También se le ve a usted obsesionado por un expediente de la víctima que es inexistente, y así se le ha hecho saber por activa y por pasiva. Tiene usted una carrera como funcionario irreprochable y muchos años de experiencia en el cuerpo, con lo

que me resulta sorprendente su actitud actual. En fin, como muestra de respeto a su expediente, olvidaremos esta desgraciada actuación, las diligencias pasan a donde debieran estar, a la BIC, cuyo jefe está aquí presente. De necesitar algo de usted él se lo pedirá, en caso contrario absténgase de hacer nada relacionado con este asunto. Olvidemos el desgraciado tema y no se hable más. Buenos días, señor González.

Sin esperar réplica el jefe se levantó y estrechó la mano del comisario, dando por terminada la entrevista.

El comisario salió bufando del despacho y casi ni se despidió de su amiga Antoñita, que lo miró asombrada. Corrió, más que anduvo, por pasillos y escaleras hasta que ganó la calle. Casi reventaba de ira. ¿Tan poco me conocen? Cómo podían pensar que él se plegara a una actuación tan indigna. Cargar el muerto —nunca mejor dicho— a cualquiera de esos desgraciados, de esos marginales desheredados de la sociedad y dar carpetazo al asunto. Eso era impensable en él. Sí, eran pequeños delincuentes, carne de presidio... Pero que se les castigase por los delitos que cometiesen, no por los de otros. No hagas malasangre, Andrés, como te dijo Simón, dentro de cuatro días, jubilado. No te alteres, que lo único que vas a conseguir es que te suba la tensión, la vida es así y tú no la vas a cambiar. Hay que confiar en las nuevas generaciones, en estos chicos que están entrando en el cuerpo, como Manuel, jóvenes, preparados, con las neuronas nuevecitas y sin una larga y pesada historia detrás, déjales a ellos la labor. De pronto, un cosquilleo le subió por la nariz obligándole a emitir un fuerte estornudo. ¡Malditas flores! Exclamó.

El inspector Buendía llegó muy disgustado a su casa. Informó a su mujer de cómo les habían quitado el caso y cómo habían tratado tan soez e injustamente al comisario. Su mujer hizo lo que pudo por consolarlo y le recordó que habían quedado con los Ruizpérez a cenar y después ir al cine, que se olvidara del tema y tratase de pasarlo bien, un día que podían. La niña está con su abuela, apostilló. Tienes el tiempo justo de ducharte y cambiarte, nos esperan a las nueve en el Puertochico.

Los Ruizpérez eran un matrimonio amigo, de circunstancias parecidas a las

suyas, edad similar y con un niño pequeño de los mismos años que su hija. Salían juntos siempre que podían y se lo pasaban bien. La cena transcurrió como era habitual con animadas conversaciones sobre resfriados de los niños, calendario de vacunas, intercambio de recetas para que comieran pescado y verdura, que a ninguno de los dos niños les gustaba, gracietas, salidas y ocurrencias varias de los pequeños, muestrario de fotos, ligeras críticas a los abuelos por sus creencias trasnochadas sobre la educación y crianza de los hijos... En fin, el tiempo transcurrió veloz y cuando se dieron cuenta ya tenían que salir pitando para el cine.

He sacado entradas para una película —dijo uno de ellos— que me han dicho que es muy buena, un espaguetti-western, *Hasta que llegó su hora*, del Sergio Leone, ese que hace esas películas modernas del oeste. Trabajan, nada menos, que la Caludia Cardinale, que me parece la mujer más guapa del mundo, aparte de lo aquí presente —risitas de las chicas— Henry Fonda y Charles Bronson, y la música, como siempre, de Ennio Morricone, una pasada de película.

Partieron alegres y divertidos hacia la sala de cine y al inspector Buendía se le había olvidado completamente el desagradable incidente de la mañana.



Nací en Madrid, para gran alegría de mis padres, jóvenes y confiados. La vida parecía sonreírles y yo, al verles reír, también reía, y entonces reíamos todos mucho, mucho. Esa historia de la chacha española que de niño me hablaba en castellano es una pura invención mía para justificar ante la policía mi dominio de esta lengua. Sin embargo el mundo no debía ser tan maravilloso como creíamos, porque a algo más del año de nacer estalló una horrible guerra, cuya consecuencia inmediata fue la movilización al frente de mi padre, que era militar, con lo cual quedé solo con mi madre. Aunque yo no me enteraba de mucho, de vez en cuando se oían unos horribles ruidos y mi madre corría conmigo en brazos para refugiarnos en lugares oscuros con otra multitud de gente, fuera se escuchaban explosiones. De vez en cuando venía mi papá a estar con nosotros unos días, y entonces era una gran fiesta en casa, todo eran risas y bromas. Un día nos marchamos de Madrid, yo había dejado de andar a cuatro patas y a trompicones y ya caminaba como el resto de la gente. Subimos a un tren atestado de personas y lleno de ruido y tras muchas horas llegamos a otra ciudad, también muy grande, que era Barcelona, donde la gente hablaba muy raro. Aquí también corríamos, bastantes veces, para refugiarnos en lugares oscuros mientras estallaban las bombas. Mi papá venía a estar con nosotros unos días alguna vez. Gran fiesta, salíamos a pasear, me compraban helados y, de pronto, ¡hala! todos a correr. A mí me hacía gracia eso de que se oyeran unos silbidos muy fuertes, yo me tapaba los oídos porque me resultaban desagradables, y todos, a ver quién llega antes, a bajar por unas escaleras y a estar ahí quietos en esos sitios oscuros y húmedos durante un rato unas veces corto y otras muy largo.

Un día mi madre y mi padre llenaron unas maletas y en una camioneta salimos de casa y emprendimos una larga marcha hacia un lugar desconocido. La carretera estaba llena de coches, de carros, de burros, de gente que tiraba

de carros, de gente que caminaba, de gente que se empujaba, gente y gente, llevando maletas, bultos, muebles, todos por el mismo camino. De pronto aparecieron unos aviones, negros, haciendo un ruido muy desagradable, y la gente salió corriendo de la carretera y otros se echaron al suelo. Cuando desaparecieron los aviones algunos continuaron echados en el suelo. Llegamos a un pequeño pueblo donde había gente que hablaba como en Barcelona y otra que hablaba más raro. Una señora me dio una manzana y me sonrió. Las personas iban de un sitio para otro, no sabían adónde iban, daban vueltas, iban volvían, como tontos. Se hizo de noche y los tres, mi papá, mi mamá y yo, fuimos a un pajar y nos envolvimos en unas mantas y dormimos los tres muy juntos allí sobre la paja, eso me pareció divertido.

Al día siguiente, mi papá nos abrazó muy fuerte, me dio dos besos, me dijo que cuidara de mi madre y entonces unos gendarmes lo subieron a un camión con otros hombres. Partieron camiones y camiones llenos de hombres. No comprendía porque mi papá se iba en esos camiones con esos otros hombres en lugar de quedarse con nosotros. No sabía que ya no volvería a ver a mi padre. A mi mamá y a mí nos subieron a un vagón de tren. Antes unas señoras nos habían repartido tazones de leche caliente muy acuática, mi mamá dijo, “esto no es café, es achicoria”, pero estaba caliente.

El vagón iba lleno de mujeres y niños, y algunos hombres viejos. Después de esperar mucho rato, el tren comenzó a marchar. Marchaba y marchaba, con un ruido rítmico que a mí me producía sueño y mi madre me decía que durmiera. Llegábamos a estaciones, donde nadie subía ni bajaba, en algunas nos daban por la ventanilla chocolatinas o galletas, en otras bajaban mujeres y niños y se despedían de los que quedábamos en el tren, deseándonos suerte. El tren volvía a ponerse en marcha, los árboles y postes de telégrafo pasaban por la ventanilla, y mi mamá me abrazaba y yo me dormía en sus brazos. Tras días de marcha en ese tren llegamos a una estación donde, por fin, nos dijeron que bajásemos, que habíamos llegado.

Habíamos llegado a una ciudad que se llamaba Clermont-Ferrand. A mí me extraño mucho ver a la gente paseando tranquilamente por las calles, entrando y saliendo de las tiendas, que estaban todas abiertas, que los edificios

estuvieran todos en pie, que no hubiera escombros ni casas reventadas, no ver fachadas y monumentos envueltos en sacos terreros, que no vinieran aviones para hacer correr a las personas. Tanto los mayores, como los niños iban bien vestidos y decían cosas raras que yo no entendía, mi mamá me dijo que hablaban así porque eran franceses y todo lo decían en francés, porque esa ciudad no era de España, sino de Francia.

Una señora nos acompañó a una casa donde vivían un señor y una señora, eran madame y monsieur Batardon. Allí íbamos a vivir, nos alojamos en una habitación de aquella casa. A mí, monsieur Batardon, yo siempre lo llamé así, me parecía antipático, no me gustaba nada, en cambio madame Batardon, no, esa me parecía buena, me miraba como si yo fuera un monito o un ser extraño, a veces me acariciaba el pelo, pero lo hacía muy suavemente, como si tuviera miedo a romperme, se echaba de ver que esta señora no sabía cómo se trata a un niño.

Yo comencé a ir a una escuela con niños de mi edad. Al principio se reían de mí porque me equivocaba al hablar, empleaba palabras que ellos no entendían, y se reían, pero pronto hablé como cualquiera de ellos y se olvidaron de mis dificultades iniciales. Por la mañana me daba monsieur Batardon, para desayunar, un gran tazón de leche con una rebanada de pan con mantequilla y se iba. Hacía mucho tiempo que yo no había visto mantequilla, y mucho más probarla, mientras comía madame Batardon me miraba con su mirada acuosa, con una ligera sonrisa y era entonces cuando quería acariciarme, pero tenía miedo de que yo me rompiera. A veces ella me llevaba a la escuela, o venía a buscarme.

Un día, buscando a mi mamá, que trabajaba en el taller de Monsieur Batardon, entré en el local, estaba oscuro y no había nadie, al fondo, en un apartado hecho con mamparas acristaladas, que utilizaba Monsieur Batardon como oficina y para vigilar desde allí la marcha del taller, vi una lucecita y hacia ella me encaminé, abrí la puerta y descubrí que Batardon estaba echado sobre mi madre, esta se incorporó y me miró muy asustada, yo cerré y salí corriendo. No comprendía qué podía estar haciéndole Monsieur Batardon a mi mamá, algo malo, pensé, pero no me atreví a preguntarle nada a mi mamá. Con

el tiempo he comprendido que había una relación directa entre este hecho y los enormes tazones de leche y rebanadas de pan con mantequilla que me daba Monsieur Batardon.

Una mañana, mi mamá me levantó temprano y metió nuestras cosas en una maleta y con las que no cabían hizo una fardo. Me dijo, vámonos a otro sitio para estar cerca de tú padre. Nos despedimos del matrimonio Batardon, madame Batardon me dio galletas y vi que sus ojos estaban más acuosos que de costumbre, nos fuimos a la estación y tomamos un tren, que nos condujo a una ciudad mucho más grande, a Lyon. Mi mamá me dijo que papá estaba en las montañas, cerca de allí y que a lo mejor podría venir a vernos, que había recibido una carta en la que decía que tenía muchas ganas de vernos y que me mandaba besos, muchos besos.

En Lyon fui bastante feliz, teníamos un pequeño apartamento para vivir mi mamá y yo solos. Yo iba a la escuela. En la escuela había un gran retrato del mariscal Petain y todas las mañanas, antes de empezar las clases, de pie delante del retrato decíamos en voz alta ¡Travail! Famille! Patrie!

Pronto tuve muchos amigos y al salir de clase nos metíamos por los traboules y nos perseguíamos corriendo unos tras otros, escondiéndonos por aquellos pasadizos, subiendo y bajando sus escaleras, aunque alguna vez *je suis débaroule par ces escaliers* (rodé por esas escaleras) y si me hice daño, no me acuerdo. Los *traboules* son pasadizos subterráneos que hay en la parte vieja de Lyon, que es donde vivíamos, muy útiles para pasar de calle a calle, sobre todo cuando llueve.

En la casa vivían dos chicos, uno de ellos de mi edad, más o menos, y el otro algo mayor, que eran muy amigos míos, íbamos juntos al colegio, jugábamos, yo pasaba a su casa muchas veces e incluso comía con ellos, o merendábamos juntos. Cuando me sentía solo en casa me pasaba a casa de ellos, aunque muchas veces me entretenía en mi casa jugando con madame Poutrone, una muñeca grande de cartón donde mi mamá colgaba los vestidos que tenía para entregar, y que yo imaginaba que era una señora que vivía con nosotros. Un día mi madre me dijo que tenía mucho trabajo y que me iba a

dejar en casa de estos vecinos y como llegaría a casa muy tarde, que me quedara a dormir con ellos. Al día siguiente los padres de estos chicos me dijeron que mi madre había tenido un accidente y que había muerto, una bomba había estallado y mi madre pasaba por allí entonces y le alcanzó la explosión. No voy a contar lo desolado que me quedé. Este buen matrimonio me acogió en su casa, me criaron junto a sus dos hijos, como si fuera uno de ellos. Al fallecimiento de mi padre y como no pudiendo localizar a mis parientes, terminaron por adoptarme y cederme sus apellidos, adquiriendo la nacionalidad francesa. Para mí son mis padres, porque a los míos verdaderos apenas los conocí y guardo borrosos recuerdos de ellos. Voy con frecuencia a visitarlos y sus hijos son mis hermanos.

Con el tiempo, estudié en la universidad de Lyon y me gradué como médico. Como siempre me ha interesado el alma humana, tan compleja, capaz de los actos de maldad más abyecta y de los gestos de generosidad y amor hacia su prójimo más elevados, me informé de unos cursos de posgrado sobre psicología que comenzaban a impartirse, así pues, me matriculé en la facultad de letras y curse esos cursos, obteniendo un diploma en psicología clínica. Esta profesión comenzaba a tomar auge, sobre todo para tratar casos de expatriados aquejados por traumas de las guerras en Argelia e Indochina, desviaciones de conductas que no habían tenido solución, ni cabida, en los tratamientos siquiátricos.

Iba a recibirme quien seguramente era el único español vivo del maquis que operó por la región de Isère y la Drome, durante la ocupación alemana. Posiblemente conoció a mi padre y sería el único que podría darme noticias fidedignas de lo ocurrido a mis padres, pues nunca he recibido una explicación clara. Todo aquel episodio de la accidentada muerte de mis padres se halla envuelto en una especie de leyenda, agravada por la reticencia de las gentes a hablar de los hechos acaecidos durante aquellos tristes tiempos. Todavía quedaban muchas heridas abiertas, una higiénica amnesia social envolvía esos hechos. En los círculos de emigrados españoles en Lyon se hablaba del capitán Román como un ser mítico, se había convertido en un referente para ellos que les permitía resistir la nostalgia y el vacío del exilio o la expatriación voluntaria, y a pesar de las muchas charlas que mantuve con

los más viejos, poco en limpio saqué, realmente todos hablaban de oídas, ninguno lo había conocido personalmente, pero me dieron el nombre de Bibiano, había sido compañero de mi padre en el maquis por lo que debiera conocerlo. Las últimas noticias que tenían de este viejo partisano es que vivía en una residencia de jubilados por algún pueblecito del sur del país.

A través de los servicios sociales pude localizarlo y aquí me encontraba, en la puerta del moderno edificio donde residían los ancianos que no tenían familia o, de tenerla no podían hacerse cargo de ellos. Si mis sospechas eran ciertas por fin conocería algo de mis padres, ese deseo tan largamente acariciado. No podría saber, sin embargo, nada más que la huella que hubieran podido dejar en alguien que los conoció, o al menos, que trató a mi padre.

Mientras espero en el vestíbulo, la señorita que atiende la recepción me explica cómo el señor Ayerbe, “desde que supo que usted venía a visitarle, está muy animado, el pobrecito señor no recibe visitas, está muy solo, y me dijo que usted le traía los recuerdos de su juventud. Pensé que sería alguien de su edad, pero es muy joven, no termino de encajar los tiempos. Ya le he avisado, y bajará en seguida, tome asiento para esperarlo, pueden pasar al saloncito para hablar, estarán tranquilos allí”.

El vestíbulo era aséptico como el de un hospital, la señorita de la recepción vestía una bata blanca y una pequeña y coqueta cofia, pero a pesar de su esbelta figura, sus rubios cabellos, su boquita pintada de rouge y su deseo de mostrarse amable, me producía la impresión de algo asexuado, como el ángel que pueda estar a la puerta del más allá para recibir a los recién llegados. El silencio que reinaba en el lugar quedaba apenas roto por murmullos de palabras dichas en voz baja, como si los comunicantes tuvieran miedo de alzar la voz y despertar entes maléficos. Limpieza extrema y luz, una luz blanca que hacía perder el relieve de los objetos. Había penetrado en un mundo algo irreal, de tránsito, algo entre aquí y otra parte, muy difícil de definir.

Al poco apareció quien debía ser Bibiano Ayerbe. El viejo republicano tenía aspecto de eso, de viejo republicano español, bajo de estatura pero

corpulento, ancha cara y facciones nobles, una sempiterna boina, no de alas anchas como las francesas, sino de bajo vuelo, casi como un casquete, como las que llevan los campesinos aragoneses, cubría su cabeza, una noble cabeza de pelo blanco rapado. Al verme se quitó la boina en señal de respeto, y eso que estoy seguro de que no se la quitaba ni para dormir, y yo me adelanté abriendo los brazos para recibirlo en un abrazo. Una ancha sonrisa iluminó su cara. ¡El hijo de Román, de mi amigo Román!, exclamó casi en un sollozo. Estuvimos un tiempo abrazados y noté la cálida acogida de su cuerpo bajo las ropas.

Nos retiramos a la salita de visitas y allí le ofrecí un paquete de tabaco que él rápidamente escondió en un bolsillo.

—Estas brujas no me dejan fumar, me quitan los cigarrillos, que ya no sé dónde esconderlos, me dicen que el tabaco me va a matar, lo que me va a matar es la soledad y la falta de libertad; yo, libre como un pájaro toda mi vida, zascandileando por montes y trochas, y ahora recluso en esta cárcel, porque esto es una cárcel, muy limpia, muy luminosa, con jardín, pero una cárcel, a las siete y media, diana, a las doce a comer, a las diez se apaga la televisión y todo el mundo a la cama. Una cárcel.

El viejo se explayaba en sus reivindicaciones, que como su pensión la pagaban los servicios sociales del municipio y no tenía familiares que protestasen, hacían con él lo que les daba la gana.

—Yo he dado mi sangre por este país, en el maquis y contra los italianos, y ¿sabes cómo nos pagó De Gaulle?, poniéndonos en la frontera española y ¡hala!, nos dijo, a echar a Franco de España. Cuatro piraos mal armados, en el valle de Aran, nos volvieron a partir la crisma...

Dejé que se explayara todo lo que quisiera porque seguramente necesitaba contar la falta de consideración que tenían con alguien como él. Un ejemplo de esos españoles que perdieron todas las batallas y de todas salieron descalabrados. Era todo un carácter y desde luego no parecía precisar de ningún pariente que le sacara las castañas del fuego.

—¡El hijo de Román, el pobre!. Si te viera ahora, tan joven, tan distinguido, buen mozo, con unos rasgos que tanto lo recuerdan, porque tu padre era guapo, ya lo creo, yo a su lado no tenía nada que hacer con las chavalas, aunque yo he corrido lo mío, no creas, pero él, tan bizarro, tan elegante y culto...

Una joven asistenta nos interrumpe para preguntarnos si deseamos tomar algo o necesitamos cualquier cosa.

—Nada, preciosa, que me dejes contar mis batallas a este amigo; para una vez que encuentro a alguien que me escucha...

E intenta darle una palmada en el trasero, que la chica evita, más divertida que contrariada, exclamando “*¡Oh ,le vieux maquisard espagnol!*”

—Aquellos tiempos fueron muy duros, aunque tú, tan pequeño, también los conociste. Pero de niño, por muy duro que sea, todo cae bien. ¡Quedar huérfano tan niño! Tu padre y yo nos conocimos en el campo de Saint-Cyprien, que es a donde nos condujeron a los hombres nada más cruzar la frontera. Campo de Saint-Cyprien, le decían, una playa, una inhóspita playa rodeada de alambres de espino y de unos congoleños grandes como armarios, que sonreían siempre, con unos dientes blanquísimos que destacaban en su tiznada cara, pero a la vez que reían eran capaces de accionar el percutor del fusil; pocas bromas con ellos. En una playa, amontonados como ganado, nos dieron tablas para construir unos barracones, las letrinas, el mar que se lo traga todo, las duchas, el mar que también provee de todo. Tu padre y yo nos dijimos que era más peligroso permanecer allí que desafiar a los congoleños, total, que una noche nos fuimos. —Con una risita, añade—: no sé si esa noche habría o no vigilancia, o como era noche cerrada y ellos negros como el tizón, no los vimos, el caso es que nos fuimos. Nos despedimos a la francesa.

El anciano se extiende en contar su periplo hasta conectar con la resistencia francesa, porque mientras tanto, los alemanes estaban invadiendo Francia. Hala, así sabréis lo que es bueno, dice que pensó.

—Nos escondíamos por el día y caminábamos de noche. Yo he sido pastor y me oriento bien por el monte con las estrellas, y caminar por trochas y veredas es lo que me ha tocado siempre, o sea que avanzábamos hacia el Este, siempre hacia el Este, donde estaba la frontera suiza, que dicen que era neutral, porque llegar a Italia era como salir de Málaga para caer en Malagón. En una ocasión llegamos a una granja de una señora, tu padre en un correcto francés y con sus gentiles maneras, aunque desharrapado, parecía un caballero, no yo, que era un gañán, le dijo que no tuviera miedo de nosotros, que éramos militares españoles perseguidos por ideas políticas. La señora, aun joven, cuyo marido, según dijo, había sido movilizado y estaba en el norte repeliendo a los alemanes, se apiadó de nosotros. Si voy a ser sincero, creo que se conmovió más por tu padre que por mí, porque yo veía en su mirada esa cosa que se nota cuando a una mujer le gustas. Total, que nos escondió por unos días, nos pudimos aseo y afeitar, nos facilitó ropa usada de su marido, nos alimentó. Llegaron noticias de que los alemanes ya estaban en el corazón de Francia y para no comprometerla, un buen día le dijimos que nos íbamos, que nos podía venir muy bien algún mapa de la región. Nos dio provisiones para unos días, nos despidió con muestras de cariño, esperando que si su marido se encontrara en esta situación, se encontrara con alguien que le ayudara igual, y nos deseó buena suerte.

El republicano entorna los ojos para recordar y continúa explicando como a medida que las tropas alemanas avanzaban sobre Francia ellos recibían más muestras de apoyo de la población, alguno, quizá pensase que en un futuro podría verse en la misma situación que la de aquellos expatriados. Ya no tenían que esconderse, sino avanzar con precaución. Cuando se enteraron de la capitulación del gobierno francés y la creación del estado títere de Vichy, decidieron unirse a la resistencia que se estaba formando cerca de la frontera con Italia, en una zona boscosa y arriscada, entonces su única preocupación era no toparse con las patrullas de gendarmes que vigilaban la zona, aunque no con mucho celo. Con facilidad se les informaba de por dónde solían patrullar, para evitarlas. Por fin llegaron a la zona de Vercors y entraron en contacto con las partidas de partisanos, convirtiéndose en otros más de ellos.

Aquí Bibiano sale de su ensoñación y le comunica a su amigo que está

hasta la boina de no poder fumar, y que el paquete que le ha regalado le quema en el bolsillo, o sea, que van a salir a dar un paseo por el jardín y por allí hay zonas en las que solo suele estar el jardinero, que es amigo suyo y no lo denuncia.

Era una dulce mañana de primavera, un sol no demasiado poderoso sonreía en el cielo y una suave brisa traía aromas de los prados cercanos. La fragancia de la Provenza. Pasear con aquel viejo guerrillero de cuerpo de acero, maltratado por los años, pero no vencido, y alma de niño, es una de las buenas sensaciones que me han quedado impresas en la memoria. No era mi padre, pero era lo más cercano que podía tener de él. Encendió un cigarrillo y aspiró el humo con avidez exteriorizando su placer. Le prometí que cada día de mi estancia le llevaría tabaco. Solo de paquete en paquete, ¡eh!, porque si no me lo requisarán. Utilizaba viejas palabras hoy en desuso (soplo, requisita...), pero que estuvieron en la orden del día en algún tiempo. Cómo no evocar el recuérdalo tú y recuérdalo a los otros estando en su compañía

Por eso otra vez hoy la causa te aparece  
como en aquellos días:  
noble y tan digna de luchar por ella.  
Y su fe, la fe aquella, él la ha mantenido  
a través de los años, la derrota,  
cuando todo parece traicionarla.

Como Cernuda nos advierte, lo que importa y nos basta es la fe de uno, no importa que la causa aparezca perdida o que por muchos haya sido traicionada. Bibiano volvía a vivir aquellos épicos días en que la ilusión se renovaba y emergía de nuevo, su particular guerra en otras tierras que no eran las suyas, con desconocidos compañeros que no eran de su pueblo, ni siquiera de su país, contra esa hidra de cien cabezas, que cortada una volvían a crecer dos, el fascismo, y manteniendo intacta su fe hasta el día de hoy. Pero yo tenía unos intereses más concretos: saber que había sido de mis padres. Le ataje para que se centrase sobre lo que supiera del final de mis padres.

—Verás, yo no conocía a tu madre personalmente, pero la vi en una fotografía suya que siempre llevaba consigo tu padre, era muy guapa, al menos en la foto, joven, delgada, sonreía cuando le hicieron la foto, y parecía feliz. Tu padre me habló tanto de ella, en las obligadas guardias ociosas, que casi podría describírtela. Fue una gran felicidad para tu padre el saber que vosotros, tu madre y tú, estabais bien y que os habías establecido en Lyon. Teníamos una densa red de confidentes y apoyos en la zona lionesa, desde el primer momento hubo orden de protegeros. Así, tu madre encontró pronto un trabajo de costurera y un apartamento barato, y comenzó a recibir cartas de tu padre a través de uno de nuestros más ubicuos agentes, cuyo nombre de guerra era Tom-Pouce. Ese fue el grave error que os condujo a la tragedia. El individuo que se hacía llamar Tom Pouce, gozaba de prestigio y confianza entre los partisanos de Vercors, se movía bien entre los altos mandos alemanes y los del gobierno de Vichy, era agente teatral y él mismo llevaba un teatro de pulgas. Sí, de pulgas, no es para reírse, algunos mandos alemanes se lo rifaban para que les amenizara las veladas con las asquerosas pulgas, que vestía con uniformes de ingleses y alemanes y ejecutaban parodias de batallas. O sea, que tanto los oficiales de Petain como los de Hitler le encargaban organizar las veladas, con artistas locales, para divertirse y esto le permitía entrar y salir con toda la libertad de los cuarteles generales de ambos. Nos proporcionaba información puntual y exacta de los movimientos de tropas y patrullas, que nos resultaban de gran utilidad. Lo que no sabíamos, para nuestra desgracia, es que en realidad se trataba de un agente alemán.

Bibiano todavía se reprocha aquel enorme fallo de la resistencia, como si le fuera imputable a él y su conversación adquiere tonos sombríos.

—En una ocasión nos facilitó una información valiosa y muy precisa: un alto oficial alemán iba a trasladarse desde Clermont-Ferrand a Lyon con escasa escolta, el territorio estaba dentro de la Francia de Vichy y ofrecía seguridad, el golpe de mano resultaba sencillo y de gran difusión propagandista a favor de la resistencia, así que se preparó la acción que resultó todo un éxito: un alto oficial alemán y sus escoltas muertos en un ataque de los partisanos, eso reforzaba nuestro prestigio en la región.

Nunca lo hubiéramos hecho. En realidad, aquel oficial formaba parte de un grupo de altos mandos del ejército alemán que se oponían a Hitler, encabezados por Tresckow, sobrino de un mariscal boche. La inteligencia militar alemana sospechaba de ellos, pero no tenían ninguna prueba de su desafección, y se trataba de oficiales de gran prestigio dentro del ejército, nada podían hacer contra ellos, así que nos utilizaron para eliminarlo.

Tampoco supimos valorar la reciente llegada a Lyon, para hacerse cargo de la seguridad de la zona, ante la ineficacia de la gendarmería de Vichy, de Klaus Barbie, el que más tarde sería conocido como el Carnicero de Lyon, por su extrema y fría crueldad. La reacción de Barbie ante nuestro atentado fue brutal, treinta ciudadanos lioneses, diez por cada alemán muerto, fueron pasados por las armas, entre ellos tu madre. Las víctimas no fueron elegidas al azar, como en otros casos de represalia, sino de una lista que el llamado Tom Pouce les había proporcionado. Gran parte de nuestra organización de apoyo civil fue desmantelada. Barbie se anotó un gran triunfo a nuestra costa.

Las últimas palabras fueron pronunciadas en un sollozo, el viejo partisano todavía se culpaba de aquella catástrofe.

—No pudimos vengarnos, cuando fuimos a por Tom Pouce, había volado. Al parecer se había refugiado en territorio español, su país, con la ayuda, claro está, de la inteligencia alemana.

Durante un tiempo siguió pronunciando para sus adentros “no pudimos vengarnos, no pudimos vengarnos...”

Me contó la desesperación de mi padre, ante lo ocurrido, el desprecio a la vida que manifestó a raíz del suceso, y, por fin, su muerte en una posterior acción del maquis. La mañana había adquirido un tinte sombrío y la despedida fue triste.

\* \* \*

A la mañana siguiente volví a visitarlo. Esta vez Bibiano ya me esperaba en el vestíbulo. Avanzó hacia mí con los brazos abiertos: Vamos, muchacho, vamos al jardín, que hace una mañana preciosa, dijo en voz alta para que se enterara la chica de la recepción. Llegados a su rincón favorito, le di el paquete de tabaco, que escamoteó rápidamente, y sacó de ni se sabe donde un cigarrillo que encendió rápidamente. Yo no fumo, pero nunca me preguntó si me molestaba el humo, seguramente no concebía que a alguien pudiera molestarle ese incienso laico.

Tan pronto como había disfrutado de unas cuantas aspiraciones de aquel humo, se puso a contarme aventuras vividas con mi padre

—... y entonces le dije apuntándole con mi *luguer*, un pistola fantástica, alemana, porque eso sí, esos boches iban bien equipados, la industria alemana tiene usía, tú boche, le digo, dame una excusa, aunque sea pequeña, una excusa para volarte los sesos. El tío no movía un musculo, seguro que por el culo no le entraba ni un alfiler...

Aguanté un rato su perorata, hasta que pude encauzarle hacia lo que a mí me interesaba, la verdadera identidad de aquel Tom Pouce. Desgraciadamente no sabía el nombre del individuo.

—Para los confidentes y la red de apoyo en el exterior utilizábamos nombres de guerra, como protección, los métodos de interrogatorio de Klaus Barbie eran terribles. Se decía que en algunas ocasiones había hecho desollar vivo a alguno; el desgraciado moría desangrado tras una larga y dolorosa agonía. Pero en Lyon quedaba gente de la dirección de la guerrilla que conocían su identidad, porque fue muy buscado, lo que ocurre es que se refugió en España con la cobertura de los servicios secretos españoles, y por tanto todo lo que se intentó contra él fracasó. Pregunta por allí, por Lyon, me aconsejó el viejo, tú pregunta.

Tras la información obtenida de mis entrevistas con el viejo Bibiano me

dispuse, siguiendo sus consejos, a desvelar la verdadera identidad de Tom Pouce, culpable de la muerte de mis padres, consultando a los viejos *maquisards* de la zona. Ante el nombre de mi padre todas las puertas se me abrían. El capitán Román había sido mitificado, convertido en un héroe de la resistencia por su arrojo y valor. Más bien era temeridad, aquellos actos de heroísmo que me relataban manifestaban un desprecio absoluto por su vida, que seguramente a raíz de la muerte de su esposa, no valoraba en nada.

Quien se ocultaba bajo el ridículo nombre de Tom Pouce era un mediocre artista de teatro, llamado Pascual Vázquez Barber, que solía organizar las diversiones de los oficiales de la Gestapo en Lyon y que había logrado cierta popularidad entre ellos por la actuación de su teatro de pulgas, una curiosidad que tenía éxito entre aquellos fanáticos de Hitler. Dada su fácil entrada en los cuarteles de la Gestapo, obtenía informaciones que pasaba a la guerrilla, con lo que se ganó la confianza de los partisanos, pero en realidad era un agente de los servicios de inteligencia de la falange española, que colaboró activamente en el desmantelamiento de la red de apoyo civil que los partisanos habían organizado en la zona. Su principal servicio fue, precisamente, la información que suministró a la inteligencia alemana de la lista de confidentes y enlaces del maquis, que llevó a la detención y fusilamiento posterior de la mayor parte de ellos. La red, pacientemente conseguida por la insurgencia, quedó prácticamente desmantelada. Entre los fusilados se encontraba mi madre, no por formar parte de esta red, sino como castigo contra uno de los rebeldes.

Una vez aclarada su identidad y sabiendo que el traidor se encontraba en España, donde había logrado refugio tras su felonía, decidí planear mi venganza, no solo por ser el causante de la muerte de mis padres, sino por la sangre de otros veintinueve inocentes vertida por su traición. Vengaba en él toda una larga lista de ultrajes y humillaciones, segar en flor la vida de dos inocentes, la indignidad a la que se vio constreñida mi madre para poder mejorar mi dieta durante un periodo crítico de mi infancia, mi triste orfandad.

De los hechos que voy a relatar ha pasado mucho tiempo, el suficiente para que haya prescrito el posible delito que cometí a los ojos de las leyes de los hombres, porque desde el punto de vista de la justicia natural, como principio

moral llamado a restablecer el orden justo de las cosas, mi acción fue una mera ejecución de ese principio. Para que los descendientes de aquellas víctimas inocentes puedan llegar a saber que se realizó ese acto de justicia vindicativa, es por lo que, en el último tranco de mi vida, vengo a confesar mis actos, no para descargar mi conciencia, que en este aspecto se encuentra totalmente aquietada, muy al contrario, seguramente no podría dormir tranquilo si hubiera fracasado en mi acción, si no hubiera sido capaz de llevarla a cabo; las voces de todos aquellos inocentes me habrían perseguido recriminándome el no haberles hecho justicia, yo, el único habilitado para realizar ese acto reparador.

De inmediato me trasladé a España, mi patria, donde se encontraban mis auténticas raíces. El encuentro con mi país, tan ensalzado por los viejos exiliados a quien tantas veces escuché sus rememoraciones nostálgicas, me produjo un cúmulo de sensaciones contradictorias. La lengua, era la de mi madre, la de tantas horas de escucharle cuentos y anécdotas, aún más, me recordaba el arrullo de sus nanas, era como volver a mi infancia, la oía con arrobo, con esa cadencia elegante, tan distinta al cantarillo del francés meridional. Las gentes francas y sencillas con las que trataba a diario en mi auténtico país me resultaban vagamente familiares. Pero veía una nación sumida en una apatía total, era como la corte de la bella durmiente, todos dormitaban a la espera de un acontecimiento que devolviera la vigilia y la actividad a todo un pueblo. Se hablaba de la democracia como de una esperanza lejana, que un día llegaría para despertar a ese pueblo dormido, en tanto la vida transcurría entre una insípida rutina sin grandes ilusiones colectivas. Yo, que llegaba de una sociedad moderna y activa, orgullosa de sus derechos, que reivindicaba en todo momento, me veía sumergido en otra extrañamente sometida y resignada.

Mis estudios de psicología me abrieron el mundo del trabajo, no existiendo esos estudios de modo regular en España, ni siquiera tuve que homologar mi diploma francés, se aceptó de inmediato sin más trámites. Solicité una plaza de psicólogo clínico, vacante desde su creación, por no encontrar especialistas para ocuparla, en un hospital y comencé a trabajar en él. Deliberadamente oculté mi condición de médico porque habría sido un

obstáculo para mis planes. En aquel tiempo en España solo se realizaban algunos cursos piloto de psicología para el doctorado en filosofía y letras de la universidad de Madrid, y quizá en alguna otra, pero muy escasos, de modo que nadie los relacionaba con la medicina.

Traté de conectar con el citado Pascual Vázquez, que entonces se hacía llamar Mr. Chapelton, como nombre artístico. Me hice asiduo de un bar donde él solía desayunar, de modo que no me resultó difícil entablar conversación con él, al principio sobre cosas banales, comentarios de fútbol y de algunos sucesos locales, pero fui enfocando los temas hacia lo interesantes que me resultaban las pulgas como insectos que habían hecho de su alianza con el hombre su modo de vida. Le brillaron los ojos y comenzó a contarme habilidades de esos animalitos confesándome que él era un buen adiestrador de ellos. Entusiasmado por encontrar a alguien interesado en su afición, me invitó a conocerlos en su casa. A cambio de soportar soporíferas sesiones sobre pulgas me gané su confianza.

Había llegado el momento de realizar mi plan. Se precisaba mucho sigilo y eficacia. La entrada en su domicilio me la facilitaba la propia víctima. La existencia de un perro complicaba el plan, pues podía alertar a la vecindad, pero el perro me conocía y salvo menear el rabo y lamerme las manos no manifestaba otra inquietud al verme. Un narcótico lo mantendría fuera de acción el tiempo necesario.

Mi coartada sería perfecta y sólida. Mis consultas se desarrollaban por la mañana, mientras, por la tarde, redactaba los informes, realizaba las tareas burocráticas, y, extraoficialmente, aunque la cosa era conocida por muchos compañeros, incluso visto con simpatía por el prestigio que me confería el haber publicado novelas y regalado entre ellos alguna, redactaba mis obras o las corregía. Por la tarde la luz de mi consulta estaba encendida y yo realizando un trabajo que requería concentración, de modo que no era molestado. Fichar a la entrada, encender la luz de mi despacho, desparramar por la mesa expedientes y papeles, por si alguien entraba, cosa no probable, que pensara que estaba momentáneamente en alguna otra dependencia, o simplemente en los servicios, salir sin ser visto, todo ello era tarea sencilla y

ensayada; volver más tarde, sin ser notado, recoger todo y fichar la salida, también. En esto consistía la prueba de que toda la tarde había estado trabajando en mi consulta. En cuanto al móvil del crimen no era fácil de descubrir, mis apellidos franceses concedidos por mis padres adoptivos y mi nacionalidad del vecino país borraban las huellas de mi verdadero origen español, dadas las dificultades de transmisión de información entre los dos países. No era fácil, pues, descubrir el motivo de mi acto, relacionar la huida a Francia de mis verdaderos padres, su martirio y la intervención de la víctima en todo ello. Existía riesgo, por supuesto, pero lo asumí íntegramente.

Yo tenía el mandato superior, al menos eso he creído siempre, de realizar este acto de justicia, quitar la vida a un ser abyecto que había traicionado la confianza de los suyos y los había enviado al suplicio. Pero mis principios éticos me impedían hacer sufrir innecesariamente al reo, había que realizar la ejecución de una manera limpia y rápida. Llegado el día en que la acción justiciera iba a ser consumada me dirigí a la casa del felón, me franqueó la puerta, acaricié al perro, que vino alegre como siempre a saludarme, y mientras su dueño trasteaba por la cocina, le administré un narcótico. Cuando Vázquez o Mr. Chapelton, volvió al salón, actué rápido, una perforación en el hígado y a continuación, mientras se doblaba sobre sí por el dolor, le introduje el estilete directo al corazón por el espacio intercostal, cayó al suelo como un fardo y tras breves convulsiones, murió. Sufrió mucho menos que sus víctimas, aquellas tuvieron que vivir durante un tiempo la tortura y la agonía de saber que iban a ser asesinadas, sin saber de qué modo.

Después dispuse todo como si el crimen se hubiera cometido en el ardor de una orgía sadomasoquista o causado por una venganza por un sádico. Sabía que no podía engañar a un médico forense experimentado, pero al menos sembraría dudas razonables y en un primer momento las pesquisas se dirigirían hacia el grupo de homosexuales que lo visitaban. Tiempo suficiente para deshacerme de toda la ropa, zapatos incluidos, que llevaba puesta durante el acto, a pesar de que actué en todo momento provisto de unos guantes y calces sanitarios, por su hubiera quedado algún rastro de ella en la escena del crimen; la incineradora del hospital se tragó todo.

Durante todo este tiempo me he preguntado si una vez cometido el ajusticiamiento me he sentido en paz conmigo mismo. He de confesar que no, la muerte de un semejante no restablece el daño social causado, esa muerte no reparó el dolor causado a las treinta víctimas y a sus allegados, ni devolvió el orden social alterado. Pero también, a fuer de ser sincero, he de confesar que si aquellas muertes de inocentes hubieran quedado sin castigo, si hubiera que llegar a la conclusión de que la maldad había salido, una vez más, triunfante, tampoco, en ese caso, me habría sentido satisfecho en lo profundo de mi ser.

Si para Juan de Ávila, aunque el prójimo no merezca ni ser sufrido, ni amado, ni remediado, hay que darle lo que no merece, yo, que no soy ningún santo fraile, no he de estar necesariamente de acuerdo. El negro crimen que había llevado el dolor a tanta gente reclamaba su vindicación, por otro lado, no podemos estar completamente seguros de que esta acción no formara parte de la justicia divina, y yo fuera su brazo armado. Esa justicia tan difícil de comprender en muchas ocasiones.



- ü Hipatia (Charles Kingsley)
- ü Shakespeare (Victor Hugo)
- ü Vida de Kant (Kuno Fischer)
- ü El Greco de Cossío. Edición ilustrada, revisada y actualizada.
- ü El mundo secreto de Arturo Soto (José María Collado)
- ü Sed (Rafael Moya Valgañón)
- ü España negra (Darío de Regoyos y Émile Verhaeren)
- ü Diario de Nicaragua (Andrés Fuertes)
- ü Idearium español (Ángel Ganivet)
- ü Introducción al flamenco y cancionero (Rafael Moya Valgañón)
- ü El corazón de las tinieblas (Joseph Conrad).
- ü Conocer a... el arte moderno (Servando Gotor). En preparación
- ü Conocer a... Mata Hari
- ü Conocer a... Brujería y exorcismos en España
- ü Conocer a... El Gran Capitán
- ü Conocer a... los Borgia
- ü El Quijote y su época (José de Armas y Cárdenas)
- ü Cuarto y mitad (Carlos de Francia Blázquez)
- ü Pasarela (Carlos de Francia Blázquez)
- ü Las constituciones españolas. Textos completos
- ü Informe sobre la Ley Agraria de Jovellanos y las Cartas de Cabarrús.
- ü Las Nacionalidades (F. Pi y Margall)
- ü Abogados (Servando Gotor)
- ü La Horda, (Vicente Blasco Ibáñez). En preparación
- ü Huella de almas (Francisco Acebal)
- ü Aires de Mar (Francisco Acebal)
- ü Batiéndome en retirada (JAVI)
- ü Ossa Árida — El Papa Luna (Servando Gotor)
- ü Molière por Moratín (El médico a palos y La escuela de los maridos)
- ü Nerón. Su vida y su muerte
- ü Diálogos del Orador (Marco Tulio Cicerón, con notas de Servando Gotor)
- ü Aequilibrium (Ángel Ferrer)
- ü Esta sombra no es mía (Juan Serrano)
- ü Merodeando el desnudo femenino (Narciso de Alfonso)
- ü Entre las ruinas del cielo (Servando Gotor)
- ü Todo amor es grande (Propercio en la versión de Mariano Berdusán)
- ü La invención de la Taberna (Antonio Envid)
- ü El color de mi cristal (Mariano Berdusán Cabellos)
- ü A beneficio de inventario (Antonio Envid)
- ü Bárbara Blomberg (Servando Gotor)

- ü Serafita (Honoré de Balzac, con traducción de Narciso de Alfonso)
- ü Confusión de confusiones (José de la Vega, edición y notas a cargo de Antonio Envid)
- ü El guacamayo azul (Narciso de Alfonso y Servando Gotor)
- ü La tía Tula (Miguel de Unamuno)
- ü ¿Crisis? Nunca pasa nada (Servando Gotor)
- ü Niebla (Miguel de Unamuno)
- ü Aura o las violetas (J. M. Vargas Vila)
- ü Cajal. Cuentos y enredos (Servando Gotor)
- ü El amor y las moiras (Servando Gotor)
- ü El tenue aroma de la acacia (Antonio Envid)
- ü El Papa del Mar (Vicente Blasco Ibáñez)
- ü La ciudad sin faro (Servando Gotor)
- ü Los amantes de Teruel: las dos versiones íntegras y una reseña crítica de Larra (J. E. Hartzzenbusch).

# Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[También en lecturas-hispanicas.com](http://lecturas-hispanicas.com)